

IVÁN FRANKÓ
ZAJAR BÉRKUT

IVAN FRANKO
ZAJAR BÉRKUT



IVÁN FRANKÓ
ZAJAR BÉRKUT

Cuadro de la vida social de la Rusia Carpática del
siglo XIII

Traducción del ucraniano de Stepán Ryzvaniuk

Ilustraciones de Valeri Rudenko

KIEV
EDITORIAL «DNIPRO»
1982

La colosal herencia artística del escritor ucraniano Iván Frankó (1856—1916) perdura como testimonio de la proeza humana de este magno hombre. Iván Frankó poeta, prosaico, dramaturgo, filósofo y traductor, ha sido portavoz de las ideas más progresivas de su época. Defendió la justicia social y la igualdad entre los hombres con la fuerza ardorosa propia de los que aman la verdad y luchan contra la tiranía, lo que motivara sus arrestos y persecución.

El tema de su novela "Zajar Bérkut", escrita en 1882, es la lucha de los eslavos contra la invasión tártaro-mongola en el siglo XIII.

...Un valle pintoresco en los Cárpatos. En pacífica comuna viven allí ganaderos y leñadores.

Dos jóvenes enamorados. El padre de la joven, un arrogante boyardo, se niega a que su hija contraiga matrimonio con un joven de alcurnia plebeya. La orgullosa y soberana muchacha está dispuesta a luchar decididamente por su amor. Pero le espera una dura prueba. Las hordas del kan Batiy se acercan a los Cárpatos. El padre de la joven se pasa al bando enemigo, mientras que el de su amado, el sabio anciano Zajar Bérkut, alza en armas al pueblo para defender la traicionada libertad.

Así se desarrollan los acontecimientos de la novela. En su fondo histórico se topan seculares pasiones humanas, se destacan caracteres vigorosos. Las nobles ideas de humanismo y justicia que sirven de base a la obra poseen una gran fuerza atractiva.

**ІВАН ФРАНКО
ЗАХАР БЕРКУТ**

**Образ громадського життя
Карпатської Русі в XIII віці**

*Los hechos de los luengos años
ha leyendas del profundo antaño...*

A. S. PUSHKIN

I

¡Qué incómodo y melancólico se siente uno ahora en nuestra región de Tujla! Cierto es que tanto el Striy como el Ópir siguen bañando sus verdes orillas cubiertas de grava; en verano sus praderas siguen entapizándose con hierbas y flores, en sus aires puros y transparentes revolotea, al igual que en tiempos remotos, el águila real. ¡Mas cómo ha cambiado lo demás: sus bosques, aldeas y gentes! En tiempos pasados los espesos e impenetrables bosques cubrían casi todas sus extensiones, excepto los prados alpinos, confluyendo con los valles hasta los mismísimos ríos. Después se derritieron como nieve al sol, se aclararon, se redujeron y, desapareciendo en algunos sitios, dejaron descampados; en otros lugares sólo dejaron tocones carbonizados y por una parte que otra se descubren tímidamente entre ellos mustios abetales o enebros más mustios aún. Otrora allí reinaba el silencio y no se oía más que la trembita¹ de algún pastor en el lejano pastizal montañés o el bramido de uros o ciervos en las espesuras. Hoy en esos pastizales los cabañales acucian vociferando a los bueyes y en los barrancos y bosques se llaman entre sí los leñadores, serradores y carpinteros, carcomiendo y talando, como gusanos inmortales, la belleza de las montañas de Tujla, los seculares abetos y pinabetes, transportados luego río abajo, serrados en grandes troncos, hacia otros aserraderos o convertidos allí mismo en tablas o chillas.

¹ Trembita: Instrumento musical popular de viento de los ucranianos que viven en los Cárpatos.

Pero lo que más ha cambiado es la gente. A simple vista parecería que hubiera crecido su "cultura", pero lo que realmente ha crecido es sólo su número. Hay más aldeas y jútores¹, más jatas² en las aldeas, aunque en esas jatas hay más pobreza y miseria. El pueblo se ve demacrado, oprimido, sombrío y, con los ajenos, tímido y torpe. Cada uno se preocupa de sí mismo, sin comprender que ello fracciona sus fuerzas, debilita la comunidad. ¡Otrora no era así! Había menos gente, pero, ¡qué gente era! ¡Qué vida bullía en esas montañas, entre esos impenetrables bosques, al pie del poderoso Zelemeña! Durante siglos el cruel destino se mofaba de ese pueblo. Rudos golpes quebrantaron su bienestar, la miseria quebró su carácter libre, fuerte, y sólo recuerdos confusos del ayer refieren a los bisnietos de una vida más feliz de los antepasados. Y cuando a veces hilando lana áspera la anciana mujer, sentada junto al horno, empieza a relatar a sus pequeños nietos de la antigüedad, de las incursiones de los esperpentos mongoles y de Bérkut, el jefe de Tujla, los niños escuchan emocionados y sus ojillos pardos brillan llenos de lágrimas. Y al terminar el asombroso relato pequeños y ancianos, suspirando, murmuran: "¡Oh, qué hermosa fábula!"

— ¡Sí, sí! — dice la vieja mujer cabeceando —. ¡Sí, sí, chiquillos! ¡Para nosotros hoy es una fábula, pero en tiempos pasados eso fue realidad!

— ¿Es posible que aún vengan tiempos como esos? — pregunta alguno de los mayorcitos.

— Dicen los viejos que vendrán, pero sólo a las puertas del fin del mundo.

¡Qué incómodo y melancólico se siente uno ahora en nuestra región de Tujla! Los relatos sobre tiempos y gentes de la antigüedad se interpretan como cuentos. Los hombres de hoy, criados en la pobreza y la opresión, entre cadenas milenarias y la resignación, no quieren creer en ellos. ¡No importa! El pensamiento del poeta se remonta a aquellos tiempos viejos

¹ Jútor: Caserío.

² Jata: Casa campesina ucraniana.

y reanima a los que entonces vivían, y el del corazón puro y sentimientos verdaderamente humanos reconocerá en ellos a sus hermanos, a gente animada, y en su vida, tan diferente a la nuestra, notará mucho de lo que se podría desear a nuestros tiempos "culturales".

Eso sucedió en 1241. En las montañas de Tujla reinaba la primavera.

Cierto día maravilloso las selvosas lomas del Zelemeña se llenaron con sonidos de cuernos de caza y con gritos de múltiples cazadores.

Tugar Vovk, el nuevo boyardo tujoleño, había organizado una gran caza mayor. Estaba celebrando el comienzo de su nueva vida: no hacía mucho el príncipe Danilo le había regalado en Tujla extensos pastos alpinos y toda una llanura al pie del Zelemeña. Al poco tiempo de haber llegado a las montañas se construyó una bonita casa y, celebrando su primer festín, hacía conocimiento con los boyardos de los alrededores. Después del festín salieron de caza a los bosques de Tujla.

La caza mayor no es un mero entretenimiento, sino una dura lucha, a menudo sangrienta y a muerte. Los uros, osos y jabalíes son rivales peligrosos; raras veces lograban derribarlos con flechas, tampoco podían hacerlo con jabalinas arrojadas a la pieza de más cerca. El arma decisiva era una pesada lanza, con la cual había que atacar al enemigo instantáneamente, casi cuerpo a cuerpo, a mano propia y aplicando todas las fuerzas. Un golpe falso ponía en gran peligro la vida del cazador, si éste no lograba resguardarse en algún refugio seguro y sacar su espada o una pesada hacha para defenderse.

Por lo tanto, no hay nada de particular en que Tugar con sus huéspedes haya salido de caza como a la guerra: con reservas de flechas y jabalinas, con criados y raciones de emergencia, hasta se había llevado a un experto curandero que sabía conjurar las heridas. Tampoco era de extrañar que Tugar

y sus huéspedes llevaran todo el armamento caballeresco, a excepción de las corazas, las cuales les retendrían en su marcha por sobre los árboles derribados y las espesuras. Sorprendía sólo el hecho de que Miroslava, la hija de Tugar, no queriendo separarse de su padre, había decidido ir de caza junto con los huéspedes. Los habitantes de Tujla, viéndola altanera entre los invitados, valerosa, como un esbelto álamo entre robles rechonchos, la seguían admirados con la mirada, diciendo:

— ¡Qué mujer! Debiera haber nacido varón. Sin dudas que, siendo hombre, habría sido más perfecto que su padre.

Ese era un gran elogio, pues Tugar Vovk era fuerte como un roble. Ancho de hombros, achaparrado, con toscas facciones y ásperos cabellos negros, él mismo se asemejaba a uno de aquellos feroces osos tujoleños contra los que iba a guerrear. Era también difícil encontrar ótra igual a su hija Miroslava. No tenemos en cuenta sus encantos y belleza o su buen corazón, ya que en este aspecto muchas jóvenes de su misma edad podrían comparársele, aunque superarla, pocas. En lo que no podían igualársele era en su congénita libertad de movimientos, en su fuerza excepcional, en su audacia y firmeza, propias solamente de los hombres que se formaron entre luchas constantes contra las adversidades. A primera vista se notaba que Miroslava había crecido en la libertad, que su formación había sido masculina y que en su hermoso y desarrollado cuerpo de mujer vivía un espíritu fuerte dotado de grandes capacidades. Ella era hija única de su padre, la madre había muerto durante el parto. Su niñera, una anciana campesina, le había enseñado a hacer toda clase de labores manuales desde edad muy temprana; siendo ya mayorcita, su padre, para hacer menos desagradable su soledad, la llevaba consigo por doquier. Consintiendo su carácter vehementemente le enseñó a manejar las armas caballerescas, soportar cualquier infortunio y afrontar el peligro sin temor. Cuanto más dificultades vencía, tanto más vigorosa se hacía su voluntad, tanto mejor se revelaba su fuerza corporal y la de

su espíritu franco y decisivo. No obstante, Miroslava nunca dejaba de ser mujer: cariñosa, buena, con sentimientos fogosos y un rostro modesto y púdico. Todo combinaba en ella con tan admirable y encantadora armonía que, viéndola o escuchándola aunque sea una sola vez, uno era incapaz de olvidar su rostro, su cuerpo, su voz hasta el fin de sus días; la recordaba clara y distintamente en los mejores momentos de su vida, al igual que la primavera hace recordar hasta a los caducos su primer amor.

Era el tercer día que estaban de caza. Muchos renos y uros de melenas negras cayeron batidos por las flechas y jabalinas boyardesas. Por encima del raudal montañés, en el verde claro del medio del bosque, se hallaban las tiendas de los cazadores, por todas partes humeaban grandes hogueras, sobre las cuales en ganchos colgaban peroles, giraban asadores, hervía y se asaba la volatería matada para los huéspedes. El tercer y último día de caza estaba dedicado al propósito principal y más peligroso: a la redada de osos.

La abrupta colina, separada de otras por espesuras formidables, poblada de enormes hayas y pinabetes, cubierta de ramas y árboles caídos, desde tiempos remotos era la guarida preferida de los osos. Allí, según lo afirmaba el guía Maxim Bérkut, joven serrano tujoleño, se encontraba la hembra ursina. Los animales salvajes de allí infundían miedo a todas las inmediaciones y a todos los pasturajes.

Aunque los osados pastores solían matar a uno que otro animal con flechas y hachas o atraerlo a la trampa, donde un pesado tronco que le caía encima le partía el lomo, el número de animales era demasiado grande para que ello pudiera aliviar notablemente la situación de los contornos. Por eso era natural que cuando el recién llegado boyardo Tugar Vovk anunció a los tujoleños que quería organizar una gran batida de osos y pidió que le dieran un guía, los tujoleños no sólo se lo concedieron en persona de Maxim Bérkut, el más audaz entre los serranos tujoleños, hijo del venerable anciano Zajar, sino que, además, enviaron a iniciativa propia todo un desta-

camento de batidores armados con arcos, flechas y jabalinas para ayudar a los boyardos. Toda esa multitud de gente tenía que rodear la guarida y, de una vez por todas, limpiarla de esos animales salvajes.

Desde la madrugada misma entre los cazadores había gran circulación y reinaba un tenso ambiente de aguardo. Desde medianoche los criados de los boyardos estaban preparando para los huéspedes comida para todo el día y llenando las cantimploras con miel espumosa y jugo de manzanas. Los cazadores tujoleños, a su vez, se preparaban afilando los cuchillos y machetes, calzándose sólidas botas de cuero de uro sin curtir, metiendo en las pequeñas bolsas de campaña carne curada, pan redondo, requesón y todo lo que les podría servir en la dura marcha de todo un día. Maxim Bérkut, quien sólo en esos momentos que precedían a la empresa más importante y difícil, sintió plena seguridad de sí mismo, que era dueño absoluto de ese pequeño destacamento, daba órdenes relacionadas a la misión con gravedad y sensatez verdaderamente autoritarias, no se olvidaba de nada ni en nada se daba prisa, pero tampoco en nada se retardaba. Todo lo hacía bien y a tiempo, sin embrollos ni alboroto; estaba donde hacía falta y sabía poner orden en todo. Maxim Bérkut era el mismo tanto entre sus compañeros tujoleños, como entre los boyardos y sus criados: tranquilo, suelto de palabras y movimientos, como un igual entre los iguales. Los compañeros lo trataban como él lo hacía con ellos, con facilidad y soltura, reían y bromeaban, pero cumplían todas sus órdenes estricta y rápidamente y con tan buena voluntad y prontitud, como si en esos momentos se dispusieran a hacer lo mismo sin indicación alguna. La servidumbre de los boyardos, si bien lejos de tener un carácter inmutable, lejos de ser tan libre en el trato, bien dispuesta a mofarse con altanería de unos y encorvarse tímidamente ante otros, trataba a Maxim Bérkut con respeto por su seriedad y sensatez y, aunque con causticidades y chanzas, cumplían todo lo que él les decía.

Los boyardos mismos, en su mayoría gente orgullosa,

guerrera, que de malas ganas trataban en sus círculos al plebeyo, tanto más a un plebeyo que los consideraba como si fueran en algo un igual a él, no expresaban con mucha evidencia su disgusto y cumplían las órdenes del joven guía que, como podían cerciorarse a cada paso, eran plenamente sensatas y necesarias.

El destacamento de cazadores salió del campamento cuando el sol aún estaba lejos de levantarse. Un profundo silencio reinaba en las montañas; las penumbras de la noche dormitaban bajo las copas verde oscuro de los pinabetes; en las espesas hojas pinadas de los helechos colgaban gotas de rocío; la verde cuscuta rastrera se enredaba bajo los pies, se ensortijaba entre enormes árboles desarraigados, se entrelazaba en ovillos insalvables con los flexibles y espinosos arbustos de zarza y con los tallos retorcidos y trepadores del lúpulo silvestre. De las funestas espesuras, negras como la garganta de un precipicio, se elevaba una blanca capa de neblina, señal de que en el fondo de aquéllas corrían pequeños arroyos selváticos. El aire del bosque estaba saturado de esas evaporaciones y de aroma a resina. Ello dificultaba la respiración y parecía que para respirar libremente había que tener un pecho más amplio.

El grupo de cazadores avanzaba en silencio a través de las impenetrables espesuras sin senderos ni indicios específicos, por el bosque virgen y sombrío. A la cabeza iba Maxim Bérkut y tras él, Tugar Vovk y otros boyardos. Cerraban la marcha los pastores tujoleños. Todos iban cautelosos, aguzando el oído.

El bosque despertaba, comenzaba su vida diurna. El arrendajo de plumaje abigarrado cantaba con voz ronca en la cima de un pinabete; allí mismo, por encima de las cabezas de los caminantes, un verde pájaro carpintero aferrado a un tronco aporreaba la corteza con su pico férreo; desde lejanos vallejitos llegaba el rugido de los uros y el aullido de los lobos. A esa hora los osos, satisfechos, dormitaban sobre leños de musgo bajo los árboles derribados. Una manada de

jabalíes gruñía en la fronda, refrescándose en un fango helado.

Una hora, más o menos, había avanzado el destacamento por aquel difícil e intransitado camino. Todos, aspirando a duras penas, respiraban con dificultad, todos se secaban del rostro las gordas gotas de sudor. Maxim con frecuencia volvía la cabeza hacia atrás. Desde el comienzo mismo él estaba en contra de que una mujer fuera con los hombres a esa peligrosa campaña; no obstante, Miroslava se salió con la suya. Por primera vez ella participaba en una caza tan grande y por nada del mundo quería perderse su mejor parte ¡por quién sabe qué dificultades! Ninguno de los argumentos de Maxim acerca de lo difícil del camino, de los peligros que amenazaban, de la fuerza y la furia de la fiera pudieron vencerla. “¡Tanto mejor! ¡Tanto mejor!”, exclamaba con una mirada tan osada, con una sonrisa tan fascinadora que Maxim, como encantado, nada pudo objetar. El padre, que en un principio también había aconsejado a Miroslava que se quedara en el campamento, al fin se vio obligado a ceder a sus súplicas. Maxim observaba admirado la manera en que esa extraordinaria muchacha vencía todas las dificultades del fatigoso camino a la par con los hombres más fuertes, saltaba ágilmente sobre los montones de ramas podridas y troncos enormes, caminaba con paso firme al pie de los despeñaderos, trepaba por los resaltos de las rocas, se escurría por entre las rizomas arrancadas a raíz. Todo lo hacía con tanta habilidad, con tanta seguridad, que Maxim creía verla volar con mágicas alas invisibles. Él no se cansaba de mirarla.

“¡Asombrosa mujer! — pensaba —. Nunca he visto otra igual”.

Por fin llegaron al lugar fijado. La guarida del oso representaba en sí una alta colina accesible difícilmente sólo por la parte sur, cubierta de gruesas hayas y pinabetes, llena de árboles derraigados y de ramas arrancadas por el viento. Por el norte, este y oeste cerraban la entrada y salida altas paredes rocosas como cortadas por una enorme hacha del gigante.

tesco cuerpo del Zelemeña y separadas de él a varios sázhenes¹; abajo, al pie de esas paredes, en un estrecho paso bullía y despumaba un helado torrente montañés. Una disposición así facilitaba la tarea de los cazadores; ellos sólo debían rodear la senda no muy ancha por el sur y avanzar por ella montaña arriba. El animal, no teniendo otra salida, debía caer sin falta en sus manos y en sus jabalinas.

Ya en esa importante, aunque muy peligrosa senda, Maxim Bérkut ordenó al destacamento hacer un alto para descansar un rato antes de la difícil tarea. El sol se levantaba, pero las ramas de los pinabetes y las colinas vecinas aún lo encubrían. Tras un breve descanso Maxim puso a los cazadores en dos filas de tal manera que pudiesen cercar toda la senda. Mientras ésta era angosta, los cazadores debían distanciarse entre sí a cinco pasos; pero arriba, donde la senda se ensanchaba formando una gran meseta en pendiente suave, los cazadores tendrían más lugar. A Maxim sólo le preocupaba el hecho de que no sabía qué hacer con Miroslava, quien sin falta quería ocupar también un sector para ella sola, y no hallarse junto a su padre.

— ¿Acaso soy peor que tus ojeadores? — decía ella a Maxim empurpurándose como una rosa —. A ellos los colocas de a uno y a mí no quieres... ¡No, no lo permitiré! ¡Además sería una vergüenza para mi padre si los dos ocupásemos un mismo lugar! ¿Verdad, papá?

Tugar Vovk no se le pudo oponer. Maxim había comenzado a explicarle del peligro que iban a correr, de la fuerza y la brutalidad del enfurecido animal, pero Miroslava le hizo callar.

— ¿Crees que soy débil? ¿No domino acaso el arco, la jabalina o el hacha? ¡Vamos, dile a cualquiera de tus ojeadores que pruebe sus fuerzas conmigo! ¡Veremos quién es más fuerte!

Maxim por fin calló, viéndose obligado a resignarse a su voluntad. ¿Podía acaso oponerse a una joven tan asombrosa

¹ Sazhen. Medida antigua equivalente a 2,13 metros.

y bella? Había pensado en designarle, al menos, un lugar menos peligroso, pero, lamentablemente, no pudo hacerlo, pues cualquiera de los lugares era igualmente arriesgado. Después de distribuir a todos los del grupo Maxim ordenó:

— Recemos cada cual a su Dios y luego, todos juntos, hagamos sonar los cuernos. Esa será la primera señal que alarmará a la fiera. Después iremos por la senda cuesta arriba y nos detendremos en el lugar donde se ensancha. Mis compañeros quedarán de guardia a la salida, para que no huya ninguna fiera, y vosotros, boyardos, seguiréis el camino hasta la misma madriguera de la hembra.

Algo más tarde en los bosques y pastizales se oyó el ronco sonar de los cuernos de uro. Lo mismo que una enorme ola, el eco rodó por los bosques y barrancos desparramándose, apagándose y surgiendo otra vez con energía multiplicada. Despertaron los bosques. Un milano gimió por encima del pinabete; un águila real asustada alzó vuelo agitando ampliamente sus alas; un animal, buscando un escondite seguro, hizo crujir las ramas caídas. De repente cesó el sonar de los cuernos y los cazadores emprendieron el ascenso por la senda. Sus corazones latían acelerados en esperas de misteriosos peligros, luchas y triunfos. Avanzaban sigilosos en filas; la primera era la fila de los boyardos; la seguía la de los jóvenes tujoleños; Maxim iba a la cabeza de todos aguzando la vista y el oído. El rey de la región de los árboles desgajados, el oso, aún no aparecía.

Ya habían alcanzado el lugar más angosto, tras el cual la senda se ensanchaba formando una gran meseta inclinada. Los cazadores, cumpliendo la orden de Maxim, se pararon otra vez y de nuevo sonaron los cuernos de uro con mayor fuerza, metiendo alarma en las sombrías madrigueras de los osos. De pronto, cerca, tras el enorme montón de gruesas rizomas podridas, crujió una rama.

— ¡Mirad! — gritó Maxim —. ¡Se acerca el animal!

En cuanto hubo pronunciado estas palabras de la ancha hendedura entre dos rizomas desarraigadas apareció una enor-

me cabeza peluda; dos ojos pardos medio curiosos, medio alarmados clavaron su mirada en Tugar Vovk, quien se hallaba en su sector a unos diez pasos de la hendedura. Tugar era un guerrero viejo y un viejo cazador y no sabía lo que era el miedo. Por eso, sin dirigirse a nadie ni pronunciar palabra, extrajo del carcaj una pesada flecha de hierro, la puso en el arco y la apuntó a la fiera.

— ¡Apúntale al ojo, boyardo! — le susurró a sus espaldas Maxim.

Hubo un instante de alarmante silencio, silbó la flecha y, lanzando un alarido, como rabioso, el animal se echó hacia atrás. Y aunque se hubo perdido de la vista de los cazadores tras un cúmulo de árboles derribados, el alarido no cesaba, como no cesaba el frenético crujir.

— ¡Adelante! ¡Seguidlo! — gritó Tugar Vovk y se arrojó hacia la hendedura donde había desaparecido la fiera. Dos boyardos ya se habían encaramado a la cima misma del cúmulo y levantado sus jabalinas con la intención de impulsarlas con la fuerza suficiente para acabar con la fiera. Tugar Vovk, parado en la hendedura, le arrojó una flecha más. El animal bramó con mayor fuerza aún y echó a correr, pero sus ojos estaban llenos de sangre y, no pudiendo hallar una salida, chocaba con los árboles. La jabalina de uno de los boyardos quedó clavada entre sus costillas, pero la herida no fue mortal. El bramido salvaje del oso herido sonaba cada vez más fuerte. Desesperada, la fiera se paraba sobre las patas traseras, se limpiaba la sangre de los ojos, arrancaba ramas y las arrojaba delante suyo, pero en vano: una flecha le había vaciado un ojo y el otro se le llenaba constantemente de sangre.

Corriendo en derredor a ciegas el animal volvió a acercarse a Tugar Vovk. Éste tiró a un lado el arco y, ocultándose tras una raíz arrancada, asió con ambas manos su pesada hacha. Cuando el oso a tientas se encaminaba hacia su conocida hendedura Tugar le asestó un golpe en la cabeza con tal fuerza que el cráneo del oso se partió en dos, como un

calabazo rajado. El cerebro ensangrentado salpicó al boyardo y la fiera, lenta y callada, cayó tendida en el suelo. Las cornetas tocaron alegres en honor a la primera victoria.

Sacaron al oso de entre los árboles derribados y lo despellejaron. Después los boyardos se profundizaron en la espesura. El sol ya se había levantado y sus rayos centellaban entre las ramas como hilos y matas de oro. Los cazadores iban mucho más alegres, alardeando de su osadía y fuerza.

— ¡Aunque yo lleve el nombre de una fiera pequeña¹, eso no me impide rivalizar con los osos tujoleños! — decía Tugar Vovk con alegría.

Oyendo sus jactancias Maxim Bérkut, sin saber por qué, sintió lástima por el oso tujoleño.

— Bueno — dijo —, el oso es un animal tonto, anda solo. Si se mantuvieran juntos, ¡vaya uno a saber si toda una manada de lobos puede con ellos!

Tugar le echó una mirada iracunda, pero no dijo nada. Los cazadores continuaban avanzando con dificultad y prudencia a través de los árboles derribados, saltando de tocón a tocón y hundiéndose a veces hasta la cintura en el polvo de leña podrida o entre las ramas de los árboles desarraigados por el viento.

En medio de esas ruinas de la majestuosa naturaleza se dejaban ver en algunos lugares sendas de osos abiertas en tiempos muy lejanos, pero bien apisonadas y cubiertas abundantemente con emblanquecidos huesos de carneros, ciervos y otros animales. En aquel momento Maxim iba tras los boyardos; de cuando en cuando recorría los estacionamientos, examinaba las huellas, tratando de determinar si eran frescas o no; ayudaba, alentaba a los fatigados sin revelar él mismo ninguna señal de cansancio. Con asombro lo miraba Miroslava cuando pasaba junto a ella, y aunque hasta entonces había visto a muchos mozos guapos, fuertes y audaces, con hombres como Maxim, que aunaba en sí cualidades de trabajador vigoroso, caballero y jefe, no había tropezado nunca.

¹ Vovk en ucraniano: lobo.

De improviso crujieron unas ramas y un enorme, terrible y feroz oso apareció frente a los cazadores. Corría en cuatro patas, pero al ver a sus enemigos se levantó en las traseras y con las delanteras cogió una colosal rama de haya partida por el viento, agitándola en derredor suyo y lanzando a ratos rugidos entrecortados, como provocadores.

Frente a la fiera quedaron dos boyardos serranos de los que más se jactaban, queriéndose hacer pasar por cazadores experimentados. Al ver al temible enemigo a unos pasos de sí palidecieron y les temblaron las carnes. Pero no les correspondía ocultarse o huir, ¡había que enfrentar el peligro costara lo que costase! Dos flechas volaron simultáneamente de dos arcos, mas una erró pasando con un silbido junto a la oreja del oso y la otra hizo blanco en una ijada sin herirlo de gravedad, pero enfureciéndolo extremadamente. El oso dio un inmenso salto y lanzó a uno de los cazadores su arma, la rama de haya, que con gran estruendo se estrellara contra un árbol. Luego, sin detenerse un instante ni dando la posibilidad de que los enemigos se recobraran, el oso se arrojó contra el que estaba en la apisonada senda. La jabalina que el boyardo quería arrojar a la fiera brillaba en su mano temblorosa.

— ¡No la arrojes! — gritó alarmado Maxim, acudiendo con Tugar Vovk y otro boyardo a la ayuda de los boyardos en peligro —. No arrojes la jabalina, sostenla a un costado y defiéndete!

Pero el boyardo no le hizo caso y lanzó la jabalina contra la fiera. El impulso fue pequeño, la mano del boyardo temblaba, el oso estaba ya a unos cinco pasos de él y no era de extrañar que la jabalina sólo hiriera levemente el omóplato delantero del animal. El oso extrajo el asta de la lanza, la quebró y con un rugido espantoso se arrojó contra su enemigo. Aquél ya tenía en manos una recta espada de dos filos, que llamaban osera, y se preparaba a clavar su hoja en el pecho de la fiera. Pero la hoja resbaló por el hueso y se atrancó en el omóplato. El oso encerró al boyardo en un férreo y terrible

abrazo. La pobre víctima gritó con locura, en los dientes del animal crujieron huesos. Todo este horrendo hecho que hizo poner los pelos de punta ocurrió de una forma tan inesperada, tan de improviso, que cuando Maxim acudió a la ayuda del boyardo, éste ya estaba tendido en el suelo exhalando ronquidos en agonizantes convulsiones y sobre él se hallaba el ensangrentado oso mostrando sus sinicistros dientes y rugiendo de dolor a toda voz. Ese cuadro hizo temblar a todos, los boyardos no sabían dónde meterse. Maxim colocó tranquilo una flecha en su arco de cuerno, se acercó dos pasos al oso y, después de apuntar minuciosamente, le clavó la flecha en el corazón. El rugido se cortó de repente y el cuerpo del animal se desplomó sin vida.

Al haberse logrado esta nueva victoria no tocaron los cuernos ni se oyeron gritos de alegría. Abandonando sus puestos de caza los boyardos se reunieron en el lugar donde había ocurrido la tragedia. Aunque ellos se habían forjado en la lucha y se habían acostumbrado a ver la muerte rondando alrededor suyo, la vista del cuerpo ensangrentado, desfigurado y destrozado hizo que todos lanzaran un pesado lamento.

Miroslava se llevó la mano al corazón y desvió la mirada. Los ojeadores pusieron el cadáver en una camilla tejida de ramas. Después arrastraron al oso. En el destacamento imperó un triste silencio. Un gran charco de sangre brillaba al sol haciendo recordar a todos que minutos atrás allí había un hombre vivo, un padre de sus hijos, alegre, lleno de esperanzas y que de él sólo había quedado un disforme montón de carne ensangrentada. La mayoría de los boyardos perdió las ganas de continuar la caza.

— ¡Malditos sean esos osos! — decían unos —. ¡Qué vivan o se pudran aquí! ¿Es que debemos arriesgar nuestras vidas por ellos?

Pero Tugar Vovk, y más aún Miroslava y Maxim, insistían resueltamente en continuar la empresa iniciada. Los boyardos por fin accedieron, pero regresaban a sus lugares de muy mala gana.

— Permitid, boyardos, que os hable — dijo Maxim —. Mis camaradas tujoleños cerraron la salida y no dejarán salir de aquí a un solo animal. Por lo tanto manteneos entre vosotros a corta distancia. Considero que lo mejor será si nos dividimos en dos destacamentos y seguimos por el borde mismo del precipicio, por ambas partes de la pendiente. Así es como de la mejor manera podremos ahuyentar a todos los animales hacia el centro y allí, junto con los ojeadores tujoleños, los rodeamos en densas líneas y les matamos a tiros absolutamente a todos.



— ¡Sí, sí, así será mejor! — exclamó alguno de los boyardos, sin notar la sonrisa maliciosa que se dibujó vagamente el los labios de Maxim.

Los cazadores se dividieron. Uno de los destacamentos fue encabezado por Tugar Vovk y el otro por Maxim. Sin saber el por qué Miroslava, a iniciativa propia, se incorporó al segundo destacamento. Habría sido por desafiar el peligro, ya que Maxim había explicado claramente que el camino del segundo destacamento era más peligroso.

Volvieron a sonar los cuernos y los dos destacamentos partieron por diferentes caminos. Los cazadores a veces iban en par, a veces de a uno, aquí se reunían y allá se separaban en busca de la senda. Era completamente imposible marchar todos juntos. Ya se iban acercando a la desnuda cima rodeada de un caballón de piedras, árboles desgajados y chuecas desarraigadas. Pasar por allá era la tarea más difícil y peligrosa.

En uno de los lugares un montón de despojos se erizaba como una torre alta. Las ramas caídas, las piedras y el follaje acumulado allí desde hace mucho, parecían cerrar el camino hacia esa fortaleza natural. Buscando un paso Maxim se arrastró por el borde mismo del profundísimo precipicio, aferrándose aquí al musgo y allá a los pedazos de rocas. Los boyardos, no acostumbrados a caminos tan inaccesibles y arriesgados, fueron a lo largo del caballón esperando encontrar algo más lejos alguna grieta y contornearlos.

Miroslava se detuvo, como si algo la hubiera retenido junto a Maxim; su mirada rápida escrutaba la pared de árboles desgajados erizada ante ella tratando de hallar cualquier paso, por más dificultoso que fuera. No fue mucho el tiempo que perdió en observaciones antes de ponerse a trepar audazmente por las grandes rocas y troncos que obstaculizaban el paso. Desde arriba miró majestuosa los alrededores. Los boyardos se habían alejado ya bastante; a Maxim no se le veía. Frente a ella había un montón deforme de rocas y árboles caídos, a través de los cuales parecía imposible pasar. ¡Pero no! ¡Un

poco más allá, por encima de ese infierno, se hallaba tendido como un puente un enorme pinabete, por el cual se podía llegar a la cima sin correr peligro alguno! No perdiendo tiempo en reflexiones Miroslava se dirigió hacia el improvisado puente. En cuanto estuvo sobre él, miró a los alrededores una vez más y, orgullosa de su descubrimiento, pegó el cuerno artísticamente elaborado a sus coralinos labios y sopló a todo pulmón. El eco se dispersó por los pasturajes montañoses, deshaciéndose en los montes bravos y barrancos hasta desaparecer en las espesuras de los impenetrables bosques. A la voz del cuerno de Miroslava contestó primero, desde lejos, el cuerno de su padre y después, los cuernos de los demás boyardos. Miroslava, parada en lo alto del desarraigado árbol, titubeó un instante. El pinabete era muy viejo y estaba completamente podrido y abajo, en la tenebrosa espesura de los árboles derribados, le parecía oír leves crujidos y refunfuños. Al escuchar con mayor atención no oyó nada... Entonces pisó decidida sobre el puente. No alcanzó a dar unos cinco pasos y el corrompido pinabete de pronto rechinó, se quebró bajo el peso de Miroslava y la audaz joven cayó junto con los fragmentos podridos al montón de árboles y piedras.

Ella logró mantenerse en pie y no soltó el arma de sus manos. Aferraba con fuerza la jabalina herrada con plata; en sus espaldas colgaba un denso arco y el carcaj con las flechas; tras el bello cinto de cuero que ceñía ajustadamente su esbelto talle de mujer tenía un hacha y un ancho cuchillo de caza con mango de hueso. A pesar de haber caído inesperadamente a ese oscuro abismo, ella no sintió ningún miedo y de inmediato se puso a investigar con la vista el lugar que la rodeaba, buscando alguna salida. Al principio no podía distinguir nada, pero muy pronto sus ojos se acostumbraron a las penumbras y vio un cuadro que hubiera llenado de un terror mortal al más valiente y temerario. A no más de cinco pasos de ella se hallaba tendida junto a su cría una enorme osa que miraba irritada con sus verdosos ojos a la inesperada visita.

Mirolava se estremeció. ¿Entablar la lucha con el atroz animal o buscar una salida y pedir socorro? Pero hallar una salida era difícil: alrededor se alzaban árboles desgajados y pedazos de rocas que, aunque con grandes dificultades, se hubiera podido franquear, pero a vistas del salvaje animal esa sería una empresa sumamente peligrosa. Sin pensarlo más Mirolava decidió ignorar al animal y dar la señal de alarma; en caso de ser atacada, se defendería. En cuanto tocó el cuerno la osa se paró de un brinco y bramando se lanzó hacia ella. Mirolava no tuvo tiempo de asir el arco, pues la fiera estaba demasiado cerca. Aferró la jabalina con las dos manos y, apoyándose contra un resalto de piedra, apuntó con ella a la osa. El animal, al ver la brillante punta metálica, se detuvo. Las contrincantes estuvieron así largo rato, sin desviar sus miradas ni cambiar sus posturas con un solo movimiento. Mirolava no se decidía a ser la primera en atacar; la osa escogía el lado favorable para caer sobre el enemigo. De repente la osa agarró una piedra grande y, parándose sobre sus patas traseras, se disponía a arrojársela a Mirolava. Pero en ese mismo momento la joven, con un poderoso golpe, le clavó la jabalina entre los omóplatos delanteros. La osa dio un atroz alarido y cayó boca arriba bañándose en sangre. Mas la herida no fue mortal e inmediatamente se volvió a parar. De la herida emanaba sangre y, a pesar del dolor, la osa se abalanzó sobre Mirolava. El peligro era extremo. La encolerizada fiera embistió amenazando ahora con sus feroces dientes. La única salvación de Mirolava era subir a la saliente de piedra, sobre la cual se estaba apoyando con los hombros. Arriba se encontró en un abrir y cerrar de ojos gracias a un hábil movimiento. Allí sintió cierto alivio: su situación ya no era tan amenazante, puesto que en caso de ser acometida podría atacar desde arriba. Pero Mirolava no hizo más que echar una ojeada para ver lo que hacía la osa y la fiera ya se hallaba cerca de ella en la saliente dando amenazantes alaridos y abriendo sus ensangrentadas fauces. Un sudor frío saltó en la frente de Mirolava; ella comprendió que había llegado el momento deci-

sivo, que en esa angosta plancha de piedra la lucha sería a muerte y que saldría victoriosa la que mantuviese sus posiciones y arrojase de allí al enemigo. La osa ya estaba cerca; Miroslava intentaba protegerse de ella con la jabalina, pero la osa cojió el asta con los dientes y tiró con tal fuerza que por poco arroja a Miroslava de la saliente; la jabalina resbaló de sus manos y la fiera la lanzó con violencia sobre las ramas caídas.

“Ha llegado mi hora”, le cruzó a Miroslava por la mente como un relámpago, pero el arrojó no la abandonó. Ella empuñó con las dos manos el mango del hacha y se preparó para el combate final. La fiera se iba acercando cada vez más; Miroslava ya sentía el cálido aliento en su rostro; la peluda zarpa provista de afiladas uñas se alargó hacia su pecho; un instante más y la joven habría de caer desgarrada y ensangrentada, pues el mango del hacha era demasiado corto en comparación con las zarpas del enorme animal.

— ¡Socorro! — gritó Miroslava mortalmente asustada. En ese mismo momento sobre su cabeza brilló una jabalina y la osa, con el cuello atravesado, cayó de la saliente como un tronco. De entre los escombros de piedra asomó el alegre y enérgico rostro de Maxim Bérkut. La mirada de agradecimiento de la joven salvada traspasó todo su ser. Pero no se dijeron ni una sola palabra. Para eso no había tiempo. La osa seguía viva y con un alarido se volvió a parar. De un salto se puso junto a su cría, la cual, no comprendiendo el sentido de la terrible lucha, retozaba y daba volteretas en la guarida. Después de olfatear a su cría la osa volvió a atacar a Miroslava. La joven estaba preparada para ello y, levantando con las dos manos el hacha, le partió el cráneo de un solo golpe. Desangrándose la fiera se desplomó y murió después de repetidas contracciones.

En esos momentos Maxim se abrió paso a través de los amontonamientos de ramas y se detuvo junto a la muchacha. En los ojos de Miroslava dos lágrimas brillaron como dos perlas y, sin decir palabra, estrechó calurosamente la mano

de su salvador. Daba la sensación de que Maxim se había turbado, enrojecido. Bajando los ojos y titubeando, dijo:

— Oí que llamabas ... pero no sabía donde estabas... Menos mal que he podido llegar por lo menos ahora...

Mirolava seguía inmóvil estrechando la mano del hermoso joven y mirando su rostro curtido por el sol, bueno, radiante de salud, sincero y honesto. En esos instantes ella le estaba nada más que agradecida por haberla salvado de una muerte ineludible. Mas cuando Maxim recobró un algo su ánimo y le apretó su suave, pero fuerte mano, Mirolava sintió que el corazón se le oprimía agradablemente, que su rostro enrojecía de vergüenza y ella bajó su mirada; las palabras de agradecimiento que se le estaban por escapar se perdieron y en sus ojos se encendió la llama admirable del primer sentimiento enardecedor.

Maxim fue el primero en recuperarse. En su corazón valeroso y puro como el oro nació en un santiamén una idea lúcida que de inmediato se convirtiera en resolución firme. Eso le hizo recuperar toda su bravura y seguridad. Poniéndose el cuerno a los labios lo hizo sonar alegremente en señal de victoria. Al lado, tras la pared de ramas, respondieron los cuernos de Tugar y otros boyardos. Ágil como una ardilla Mirolava escaló la peña de la que había caído y desde allí reveló a todo el destacamento de cazadores de su incidente y de la ayuda que le prestó Maxim. Con dificultad subió allí Tugar Vovk y tras él los demás boyardos. Tugar estrechó a su hija en un largo abrazo, mas cuando vio sangre en sus ropas se estremeció.

— ¡Tú, tû, hija mía, estabas sometida a semejante peligro! — y la abrazó una y otra vez, como si tuviera miedo de perderla.

Luego bajó hacia donde estaba Maxim ocupado con la osa y los ositos. Los pequeñuelos, no viendo aún en el hombre a un enemigo, gruñían pacíficamente y jugaban como pequeños cachorros; se dejaban acariciar y no temían a la gente.

Maxim los cogió en brazos y los puso frente a Miroslava y Tugar.

— ¡Esta es vuestra presa! — dijo —. Vosotros, naturalmente, recibiréis encantados en vuestra casa a huéspedes así.

Los boyardos agolpados miraban ora con alegría a los ositos, ora con miedo a la osa muerta, examinaban sus heridas admirados por la fuerza y el valor de Miroslava, quien se atreviera a entablar lucha con un animal tan atroz.

— ¡Oh, no! — dijo riendo Miroslava —, sin la ayuda de este benévolo mocetón ahora estaría tendida como esta osa, destrozada y ensangrentada. Él se merece mi profundo agradecimiento.

Tugar Vovk parecía haber escuchado de mala gana esas palabras de su hija. A pesar del amor que sentía hacia ella, a pesar de la alegría que sentía por verla sana y salva, hubiera preferido que el salvador de su hija fuera hijo de algún boyardo, y no ese modesto mujik¹ tujoleño, no ese plebeyo que, a fin de cuentas, le hubo caído en gracia. Mas a él, boyardo altivo de gran honra, criado en palacio principesco, le era difícil agradecer en público a ese mujik por la salvación de su hija. Pero no había otra salida... El sentimiento de gratitud se había arraigado tan profundamente en nuestros caballerosos antepasados que Tugar Vovk tampoco pudo ignorarlos. Tomó a Maxim de la mano y lo llevó hacia adelante.

— Joven — dijo —, mi hija, mi única criatura, dice que tú has salvado su vida de un gran peligro. No tengo motivos para no creerle. Por tu hazaña recibe el agradecimiento de un padre, cuyo todo amor y esperanza reside en su única hija. No sé como habremos de recompensar tu actitud, pero puedes estar seguro de que mientras tenga las fuerzas suficientes, el boyardo Tugar Vovk no olvidará su compromiso para contigo.

Mientras escuchaba estas palabras Maxim se sentía extremadamente perturbado. Él no estaba acostumbrado a tales halagos y no los esperaba ni los deseaba. Desconcertado, no sa-

¹ Mujik: Campesino, aldeano (ucr.).

bía si contestar o no a las palabras del boyardo, pero al final dijo brevemente:

— ¡No tienes por qué agradecerme, boyardo! Cualquiera en mi lugar hubiera hecho lo mismo. ¿Por qué agradecerme entonces? Le deseo salud a tu hija y ningún agradecimiento me merezco.

Pronunció estas palabras y se fue a llamar a sus compañeros tujoleños. Con la ayuda de éstos desollaron pronto a la osa y se llevaron a los ositos al lugar donde habían de reunirse los cazadores y desde donde después de la batida todo el destacamento tenía que regresar al campamento.

El sol ya alcanzaba el cénit y derramaba por las montañas tujoleñas sus calurosos y dorados rayos; en el bosque se hizo más agudo el olor a resina caliente, muy alto por encima de los pastorales, en un océano azul, un gavilán flotaba soberbio agitando raramente sus aplastadas alas. En la naturaleza reinaba el silencio. Sólo en una pendiente del Zelemeña sonaba la música y los gritos de los cazadores. La batida, aunque no muy afortunada, había terminado. Jóvenes tujoleños cargaban en pértigas, a la cabeza del destacamento, tres pieles de osos y, en un saco, a dos ositos; en unas camillas hechas con ramas, a la retaguardia del destacamento, los criados de los boyardos llevaban el cadáver ya rígido del pobre boyardo muerto en las garras del oso.

Encabezado por Maxim, el destacamento bien pronto llegó al campamento. La caza había llegado a su fin. Ese mismo día, inmediatamente después del almuerzo, todos los cazadores querían regresar a sus casas. El camino era largo, pero Maxim propuso conducir el destacamento a Tujla por una senda boscosa más corta y de allí, a la finca de Tugar Vovk. Después de tomar un bocado a la ligera los ojeadores tujoleños fueron los primeros en salir hacia sus casas; Maxim se quedaba con los boyardos hasta que los criados recogieran las tiendas y empaquetaran todos los utensilios de cocina y los pertrechos de caza; después de haberlo hecho, el destacamento de boyardos se puso en camino.

II

La antigua Tujla era una vasta aldea de montaña con dos o tres casares considerables donde vivían cerca de mil quinientas personas. La aldea y los casares entonces no se hallaban donde está la Tujla de hoy, sino mucho más arriba, entre las montañas, en el valle Sumido, extenso y alargado, rodeado actualmente de bosques. En aquellos tiempos de los que trata nuestra narración el valle Sumido no estaba cubierto de bosques, sino que, al contrario, estaba cultivado y daba pan suficiente a sus habitantes. Extendiéndose a más de media milla de largo y a casi un cuarto de milla de ancho, el valle plano, con suelo limoso y rodeado por abruptas paredes rocosas que en algunas partes medían tres o incluso cuatro sázhenes, se parecía a una enorme caldera de la que habían vertido el agua. Y, por lo visto, había sido así. Un amplio riacho montañés desembocaba del oriente en catarata de un sazhen y medio de altura, abriéndose paso entre los estrechos peñascos de granito y, serpenteando por el valle como una culebra, salía en el occidente por portones igualmente estrechos, rompiéndose estrepitosamente entre las pulidas paredes de piedra en varias cataratas más, hasta que un cuarto de milla más abajo aflucía en el Ópir. Las altas orillas verticales de la cuenca tujoleña estaban revestidas con un oscuro bosque de pinabetes que le daba al valle un aspecto más profundo aún, sumido en un desértico silencio, aislado de todo el mundo. Sí, éste era un verdadero refugio montañés enorme, casi inaccesible en cualesquiera de sus partes, mas así eran en aquel tiempo de incesantes guerras intestinas y de incursiones casi todas las aldeas montañesas, y sólo gracias a esta inaccesibilidad lograron conservar más tiempo que las aldeas de Podilia su libre régimen comunal ruso antiguo, que en otras partes los soberbios boyardos enriquecidos en las guerras trataban de socavar cada vez con más afán.

La población tujoleña vivía, en su mayor parte, de la ganadería. Sólo el valle donde se encontraba la aldea y varios

prados más pequeños inundados por las aguas y no cubiertos de bosques estaban destinados a la labranza y todos los años daban altas cosechas de avena, cebada y mijo. En cambio en los pasturajes que pertenecían, como todos los bosques aledaños, a la comunidad tujoleña, pastaban grandes rebaños de ovejas que constituían la principal riqueza de los tujoleños, pues les proporcionaban ropa, grasa y alimentos.

En los bosques de los alrededores de la aldea pacían vacas y bueyes; pero el terreno montuoso, rocoso e inaccesible impedía criar el ganado vacuno en gran cantidad. Otra de las fuentes principales del bienestar de los tujoleños eran los bosques. Aparte de la madera que obtenían gratuitamente en calidad de leña y de material de construcción, el bosque suministraba a los tujoleños volatería, frutos silvestres, bayas y miel. Aunque la vida entre los bosques y las indomables e inabordables montañas era dura y consistía en una constante lucha con la naturaleza: con las inundaciones, nieves, animales salvajes y las salvajes e impenetrables inmediaciones, esa lucha forjaba la voluntad, el coraje y el espíritu germinador del pueblo, era la base y la principal fuerza motriz de su régimen comunal, firme y libre.

El sol había dejado el mediodía muy por detrás cuando el ya mencionado destacamento de cazadores encabezado por Maxim Bérkut empezó a descender de la alta cumbre al valle tujoleño. Por delante iban Tugar Vovk con su hija y Maxim; los demás les seguían en pequeños grupos charlando de la cacería y de aventuras de la caza. Ante la vista de los cazadores se descubrió el valle tujoleño, inundado de calurosos rayos de sol y parecido a un gran lago verde con pequeñas isletas negras. A su alrededor las paredes de piedra se alzaban como un alto cercado. Aquí y allí trepaban por ellas mechones de verde zarza y matas de avellano. A la entrada del valle una catarata bramaba al quebrarse en espuma plateada contra las piedras, a lo largo de la catarata había abierto en la roca un angosto camino que llevaba hacia arriba y más allá, por la orilla del torrente, por las cimas y pasturajes,

incluso hasta las regiones húngaras; ese era el paso tujoleño conocido por los montañeses de entonces, el más cómodo y el más seguro después del de Duclán; diez comunas circunvecinas de las regiones galichianas y húngaras trabajaron casi dos años para construirlo. Los tujoleños allí arrimaron el hombro más que otros, por eso se enorgullecían de él como producto de su propio trabajo.

— Mira, boyardo — dijo Maxim deteniéndose al pie de la catarata, junto a la entrada del empinado camino abierto en la roca — ¡Mira, boyardo, esto es obra de la comuna tujoleña! Hasta allá, a lo lejos, a través de los Beskid, se extiende este camino, el primer camino de este tipo en las montañas. Mi padre fue quien lo tendió en una distancia de cinco millas; cada puente, cada viraje, cada pendiente en este trozo se ha hecho por indicación suya.

El boyardo miró con cierto aire de mala gana a las montañas, donde a gran distancia se veía serpentear sobre el torrente el asenderado camino entre las rocas. Después miró abajo, hacia el paso y, ladeando la cabeza, dijo:

— ¿Tiene gran poder tu padre en la comuna?

— ¿Poder, boyardo? — respondió asombrado Maxim —. No, en nuestra comuna nadie tiene poder, el poder le pertenece a la comuna y a nadie más, boyardo. Pero mi padre es un hombre entendido y le sirve con placer. De los habitantes de las montañas nadie sabe hablar como él en las reuniones de la comunidad. Ésta sigue los consejos de mi padre, pero él no tiene ni quiere tener poder.

Los ojos de Maxim despidieron un brillo de orgullo y extrañeza al hablar de su padre. Oyéndole Tugar Vovk, ensimismado, bajó la cabeza; Miroslava, en cambio, no le quitaba los ojos de encima. Lo escuchaba y sentía que el padre de Maxim se le hacía tan íntimo y tan familiar, como si ella hubiese vivido toda una vida bajo su cuidado paterno. Sin embargo, Tugar Vovk se iba haciendo cada vez más sombrío, su frente se cubría de arrugas y terminó por mirar a Maxim con expresión de mal contenido furor.

— ¿Es tu padre, entonces, quien incita a los tujoleños a la rebelión contra mí y contra el príncipe? — preguntó de improviso con tono maligno y recio. Estas palabras aturdieron dolorosamente a Miroslava; ella empalideció, mirando ora a su padre, ora a Maxim. No obstante, a Maxim no le turbaron en absoluto y contestó tranquilo:

— ¿La comuna a la rebelión, boyardo? No, te han engañado. Toda la comuna está irritada contigo porque te apropias del bosque y el pasturaje comunal sin preguntar siquiera a la comuna si está de acuerdo con ello o no.

— ¡Ah! ¿Pues debo preguntarlo a vuestra comuna? ¡El príncipe me ha concedido este bosque y este pasturaje y a nadie más debo pedirle el asentimiento!

— Lo mismo dice mi padre a la comuna, boyardo. Mi padre tranquiliza a la comunidad y le recomienda esperar el juicio de la comuna para resolver este asunto.

— ¿El juicio de la comuna? — gritó Tugar Vovk —. ¿Yo deberé presentarme ante el juicio de la comuna?

— Pienso que te será de provecho. Podrás demostrarles a todos tu derecho y tranquilizar a la comuna.

Tugar Vovk se dio vuelta. Ellos continuaban su marcha por el paso que iba en espiral, para que el camino no fuese tan empinado y peligroso. Maxim, yendo por detrás, no despe-gaba los ojos de Miroslava. Pero su rostro ya no deslumbraba la nítida felicidad que momentos antes. Cuanto más oscura era la nube de ira y disgusto que énsombrecía la frente del padre de ella, tanto mejor comprendía Maxim que entre Miroslava y él iba surgiendo un profundo precipicio. Mas él, criatura de las montañas que no conocía el amplio mundo y los altivos propósitos boyardeños, ni se imaginaba siquiera cuán vasto era en realidad aquel precipicio.

Ya habían bajado al valle. Debajo de la catarata un riacho formaba un estanque ancho, sereno y limpio como mil oros. En sus orillas se alzaban altos sombreros de blanca espuma burbujeante; del fondo se erizaban grandes y pequeños trozos de rocas; las truchas, rápidas como flechas, centelleaban entre

las piedras con sus costados de un color de perla amarillenta con manchas rojas; la catarata se precipitaba al fondo del estanque por la pared de piedra, irisando al sol, como un poste de plata.

— ¡Qué lugar maravilloso! — exclamó involuntariamente Miroslava observando la catarata y los deformes fragmentos de rocas acumulados en el fondo y rodeados arriba por el borde verde oscuro del bosque de pinabetes.

— ¡Esta es nuestra Tujla, nuestro paraíso! — dijo Maxim abarcando con la mirada el valle, las montañas y la catarata con un aire tan orgulloso, como no lo hubiera hecho todo soberano admirando su reinado.



— ¡Sólo que vosotros me envenenáis la vida en este paraíso! — replicó Tugar Vovk en un acceso de furor.

Nadie respondió a esas palabras; los tres siguieron en silencio. La aldea, extendida en estrechas hileras de jatas aseadas, con techos de tablas, tupidamente rodeadas de serbales, sauces y frondosos perales, ya estaba cerca. La gente trabajaba en el campo; sólo los vejetes, honorables, de barbas canas, andaban junto a sus casas aquí desbastando algo o allá tejiendo redes para cazar animales o pescar, o discutiendo asuntos mundanos. Maxim les hacía reverencias y los saludaba en voz alta, con benevolencia; en seguida Miroslava también empezó a saludar a los ancianos tujoleños con que se encontraban; solamente Tugar Vovk iba sombrío y taciturno, no deseando mirar siquiera a los plebeyos que osaron oponerse a la voluntad de su príncipe.

Ya en medio de la aldea ellos tropezaron con una extraña procesión. Tres ancianos vestidos de gala llevaban en una pértiga lisamente labrada y guarnecida hábilmente con plata una cadena, también revestida de plata, hecha de un tronco enterizo en forma de aro, indivisible y cerrado. Por encima de la cadena flameaba el paño rojo carmesí de una bandera bordada con hilos plateados. Los ancianos avanzaron con lentitud. Frente a cada jata se paraban y llamaban en voz alta al dueño, y cuando éste o cualquiera de los moradores aparecía, ellos decían:

— ¡Mañana a la reunión! — y seguían su camino.

— ¿Qué rara avis es esta? — preguntó Tugar Vovk cuando los ancianos se iban acercando.

— ¿Acaso no has visto esto todavía? — inquirió sorprendido Maxim.

— No, no lo he visto. En nuestras regiones de las cercanías de Gálích no existe esta costumbre.

— Lllaman a la reunión, al consejo de la comuna.

— Yo pensaba que eran curas con pendones — se mofó Tugar —. Cuando convocan una reunión en nuestros pagos,

lo hacen en silencio, pasando de casa a casa la bandera de la comuna.

— En nuestra aldea esta gente lleva la bandera de la comuna; ellos deben llamar a la reunión a cada habitante sin falta por el nombre. Te llamarán a tí también, boyardo.

— ¡Cómo quieran, yo no iré! La reunión vuestra no me interesa un comino. Estoy aquí por voluntad principesca y yo mismo puedo convocar una reunión si lo considero necesario.

— ¿Tú, solo... convocar una reunión? — preguntó sorprendido Maxim —. ¿Sin nuestros llamadores? ¿Sin nuestra bandera?

— Yo tengo mis propios llamadores y mi propia bandera.

— Pero a tu reunión ninguno de nuestros comuneros irá. Y como lo decida nuestra reunión, así se hará en nuestra comuna.

— ¡Ya lo veremos! — dijo Tugar Vovk enfadado y con terquedad.

En esos mismos momentos nuestros andantes se acercaron a los llamadores. Al ver al boyardo los ancianos pararon la bandera y uno de ellos profirió:

— ¡Boyardo Tugar Vovk!

— Yo — contestó el boyardo con aire sombrío.

— ¡Mañana a la reunión!

— ¿Para qué?

Los llamadores no contestaron y siguieron su camino.

— No es cosa de ellos, boyardo, explicar el por qué — aclaró Maxim tratando a toda costa de moderar la enemistad del boyardo para con el consejo de la comunidad tujoleña. Después de un prolongado silencio, durante el cual continuaban la marcha, Maxim volvió a hablar:

— Boyardo, deja que yo, joven e inexperto te hable.

— ¡Habla! — dijo el boyardo.

— ¡Ve mañana a la reunión!

— ¿Y que me someta a vuestro juzgado de mujiks?

— Bueno, boyardo, la comuna tujoleña juzga con justicia ¿y es acaso deshonroso cumplir un veredicto justo?

— Papá — se inmiscuyó Miroslava —. ¡Haz lo que dice Maxim! Él tiene razón. Me ha salvado la vida y no te aconsejaría mal; él conoce bien las costumbres de aquí.

Tugar Vovk sonrió involuntariamente a esta lógica netamente femenina, mas bien pronto volvió a fruncir el ceño.

— ¡Me has machacado todos los oídos con este Maxim! — dijo —. Sí, te ha salvado la vida y le estoy agradecido por eso; si quieres le regalo un par de bueyes. Pero el asunto reside completamente en otra cosa, en la cual no deben inmiscuirse ni tú, ni Maxim.

— No, boyardo — respondió Maxim —, tú, claro, no querrás humillarme pagándome por mi insignificante acción. Ni yo, ni mi padre recibiremos pago alguno. Y el que yo te pida que mañana vengas a la reunión es sólo por sincera simpatía. Yo quisiera, boyardo, que entre la comunidad tujoleña y tú exista plena armonía.

— Bien, que así sea — consintió por fin Tugar Vovk —, vendré mañana a ese consejo suyo, pero no para cumplir lo que diga, sino sólo para ver qué tipo de consejo es.

— ¡Ve, boyardo, ve! — exclamó alegremente Maxim —. Tú mismo verás que la comuna tujoleña sabe ser justa.

Gracias a las palabras de Tugar Vovk, Maxim se sintió aliviado, le invadió la alegría y se hizo muy hablador; le enseñaba a Miroslava todo lo interesante y bello que había en derredor, y de eso, de interesante y bello, había mucho. Los caminantes ya se encontraban justo en medio de la aldea, que era a la vez centro del valle tujoleño. Por ambos lados los abruptos y rocosos bordes de la cuenca brillaban a lo lejos como altas y lisas paredes de mármol. Allí, junto al camino, corría el arroyo con estrépito y se despumaba al desmenuzarse contra las piedras diseminadas en el fondo, llevando frescos a todo el valle. Por las orillas bastante altas del torrente se alzaban diques de piedra y de gruesos troncos de pinabete hundidos en el fondo limoso del antiguo lago, protegiendo la aldea de las inundaciones. Por doquier a través del torrente había propicios puentes con barandillas, e inmediatamente

después de los diques empezaban los bancales de arvejos y alubias, cuyos tallos trepaban por estacadas, los de remolacha y col, como así también sembrados de trigo, que se extendían en bandas verde claro y limpias hasta mucho más allá del caserío. Las jatas estaban esmeradamente cercadas y se mantenían en limpieza; las paredes de troncos bien labrados no se embadurnaban con arcilla, sino que se lavaban y raspaban varias veces al año con cantos rodados del río; sólo en las partes de unión de los troncos las paredes se recubrían con arcilla y blanqueaban con cal, adquiriendo un aspecto muy bonito entre los verdes sauces y perales. En la puerta de cada casa había dos tilos, a los que se sujetaban hermosos portones tejidos con diversos dibujos rameados. En la pértiga de cada portón pendía alguna ave de rapiña matada: búhos, urracas, cornejas, gavilanes o cóndores con las alas ampliamente desplegadas y la cabeza caída; eran los símbolos de los espíritus protectores de la casa. Tras las jatas se hallaban las caballerizas y otras construcciones domésticas, todas de troncos labrados y cubiertas con tablas; sólo los múltiples cobertizos para la paja eran de este mismo material y por doquier alzaban sus dorado-amarillentos mechones entre cuatro postes altos.

— Esta es la casa de mi padre — dijo Maxim señalando una de las casas que en nada se distinguía de las demás. Junto a la casa no había nadie, pero la puerta del zaguán estaba abierta y en la pared que daba al sur se veían dos pequeños orificios cuadrados que en verano dejaban completamente abiertos o tapados con finas losas semitransparentes de yeso y en invierno los condenaban, además, con contraventanas de tablas. Así eran las ventanas de aquellos tiempos.

Mirolava miró con curiosidad a ese nido de los Bérkut¹, sobre cuyos portones colgaba una enorme águila real matada recientemente que, aun muerta, parecía seguir amenazando con sus poderosas garras férreas y su pico negro doblado en for-

¹ Bérkut: Águila real (уст.).

ma de gancho. En ese patio se estaba agradable, tranquilo y claro; el riacho, a través del cual había tendida una ancha pasadera, lo separaba del camino y, murmurando apaciblemente, chapaleaba en ola de cristal contra el dique de piedra.

“¡Ah, es aquí donde para ese soberano tujoleño! Me alegro de poderle conocer. ¡Veremos que clase de pájaro es!”

Maxim quería despedirse del boyardo y su hija y doblar hacia su casa, pero un algo lo obligaba a seguir con ellos. Miroslava parecía haberlo comprendido.

— ¿Ya te vas a casa? — preguntó dándose vuelta para ocultar su turbación.

— Quería ir, pero bueno, os acompañaré por el desfiladero, hasta la finca de vosotros.

Miroslava se alegró sin saber por qué. Y volvieron a caminar a lo largo de la aldea conversando, observando de cuando en cuando los alrededores, admirándose el uno con el otro, gozando del sonido de sus voces, olvidándose de todo, del padre, de la comuna. Aunque en el transcurso de toda la conversación no se dijeron una sola palabra acerca de sus sentimientos o esperanzas, con las palabras más triviales se transmitían el ardor de la palpitación de sus jóvenes corazones entibiados por el primer amor, se revelaba la fuerza misteriosa que atraía a esos dos jóvenes, seres rebosantes de salud y hermosos, puros y crédulos, que en su inocencia ni sospechaban siquiera de los obstáculos con que tropezaría su recién nacido amor.

Tugar Vovk, quien iba por delante meditando con aire sombrío y pesaroso de cómo hacer para comparecer al día siguiente de la forma más digna y en todo su esplendor ante esos plebeyos y demostrarles su importancia y superioridad, no había notado nada entre los jóvenes; lo único que le enfadaba era el hecho de que el muchacho fuera tan valeroso y se comportara con él y su hija como con gente igual a sí mismo. Pero hasta que fuera necesario él refrenaría su ira.

La aldea ya había quedado por detrás y ellos se estaban acercando al lugar donde la cuenca tujoleña se cerraba, de-

jando pasar el torrente al valle sólo a través de un estrecho portón rocoso. El sol ya se había inclinado hacia muy cerca del ocaso y pendía sobre la cima del bosque bañando sus oblicuos rayos en las espumadas aguas del riacho. Las rocas que apretujaban el torrente a la salida del valle tujoleño esparcían sus prolongadas sombras; en la parte más estrecha del desfiladero estaba oscuro, húmedo y hacía frío. Abajo las aguas del torrente se rompían contra las enormes piedras allí amontonadas y muy arriba zumbaban los gigantes pinabetes y hayas. En las orillas mismas del torrente, por ambas partes, iban abiertas en las rocas cómodas sendas, también obra de los tujoleños. Un escalofrío traspasó a Miroslava cuando entró en esos asombrosos "portones de piedra": ya sea por el frío o la humedad, o sabe Dios el por qué, pero ella sujetó una mano del padre y se apretó a él.

— ¡Qué lugar terrible! — exclamó deteniéndose en el desfiladero y mirando en derredor y hacia arriba. En realidad, el lugar era extraordinariamente montaraz. El canal era estrecho, de unos tres sázhenes de anchura, sus impetuosas aguas se habían abierto camino puliendo las rocas de esquisto con tanta maestría, que el profano podría jurar que ello había sido obra de manos humanas. A la entrada misma del desfiladero se erguía un enorme poste de piedra completamente derrubiado por abajo y como cabezudo por arriba, cubierto de helecho y de pequeños abedules. Ese era el ampliamente conocido Guardián, que parecía vigilar la entrada al valle tujoleño y desplomarse sobre todo el que intentara penetrar con fines hostiles a ese rincón apacible y feliz. El propio Tugar Vovk sintió escalofríos en sus espaldas al ver al imponente Guardián.

— ¡Uf, qué miedo infunde esa piedra! — dijo —. ¡Pende en la entrada misma, como si se fuera a caer de un momento a otro!

— Es una roca sagrada, boyardo — dijo con gravedad Maxim —, todos los veranos le trenzan ramos de coronarias, este es nuestro Guardián tujoleño.

— ¡Eh, todo es vuestro, todo es sagrado, todo es tujoleño! ¡Aburre escucharlo! — exclamó Tugar Vovk — ¡Pareciera que no hay más mundo que vuestra Tujla!

— Es que para nosotros de verdad que no lo hay — respondió Maxim —. Lo que más amamos nosotros es nuestro rinconcito; si todos amaran así los suyos, probablemente en el mundo se viviría en paz y tranquilidad.

Maxim, en su ingenua franqueza, ni sospechó siquiera como había herido al boyardo con esas palabras. Tampoco notó cuanta crueldad había en la mirada que le echó Tugar Vovk. Dirigiéndose a Miroslava, Maxim continuó con voz emocionada:

— De esta roca, del Guardián, os diré lo que me ha contado mi padre. Eso ocurrió hace mucho, cuando en nuestros montes vivían gigantes. Entonces aquí, donde está nuestra Tujla, había un gran lago; este vallejo estaba cerrado por todos los lados y el agua salía solamente por los bordes. El lago estaba hechizado; no había nada vivo: ni peces, ni gusanillos; el animal que bebía de sus aguas debía morir; las aves que intentaban volar sobre él caían al agua y se ahogaban. El lago estaba sometido a Morana, diosa de la muerte.

Cierta vez el rey de los gigantes riñó con Morana y, actuando en contra de ella, golpeó la roca con su martillo mágico y derrumbó las paredes. Las aguas emanaron del lago encantado y perdieron sus fuerzas mágicas. Todos los alrededores renacieron en un santiamén; el fondo del lago se convirtió en valle fértil y se cubrió de exuberantes hierbas y flores; en el arroyo aparecieron peces; entre las piedras, reptiles; en los bosques, animales; en los aires, aves. Morana se irritó porque nada de lo vivo le gustaba y convirtió al rey de los gigantes en esta roca. Pero no pudo hacer nada con el valle porque no supo hacer regresar las aguas muertas que emanaron del lago; si hubiera podido retornar el agua hasta la última gota y emparedar este paso en la roca, se habría convertido de nuevo en reina de nuestros montes. Así es que, aunque el rey de los gigantes no esté vivo, Morana tampoco

tiene aquí poder. Pero el rey no murió del todo. Existe en esta roca y vigila el valle. Dicen que algún día Morana reunirá sus fuerzas una vez más para conquistar nuestra Tujla, pero este Guardián encantado se derrumbará sobre el ejército de Morana y lo aplastará con su peso...

Mirolava escuchó ese relato con un sentimiento extraño, quedándosele grabado muy profundo en el corazón; ella sintió enormes deseos de combatir bajo el mando del bueno y vivificativo rey de los gigantes contra el ejército de Morana; en su joven corazón la sangre le hirvió con mayor energía. ¡Con qué fuerzas, con qué ardor amaba en esos minutos a Maxim!

Tugar Vovk, aunque había escuchado el relato, por lo visto no le había dado demasiado crédito; sólo se dio vuelta una vez más, miró al Guardián de piedra tujoleño y sonrió con menosprecio, como diciendo: "Necios plebeyos, ¡en qué bagatelas ponen su orgullo y esperanzas!"

Nuestros caminantes ya habían pasado el estrecho desfiladero del raudal tujoleño y salieron al aire libre. Ante su vista se extendió, de pronto, el valle del río Ópir, largo y encerrado por abruptas montañas, que a lo lejos se unía con el valle del Striy. El sol ya se acercaba al poniente y en cálida púrpura tornasolaba en las amplias olas del Ópir. El torrente tujoleño en furibunda carrera y con violento estridor se precipitaba para sumergirse en el Ópir. Sus aguas, donde se reflejaba bruscamente la púrpura del poniente, se asemejaba a sangre que fluía de una enorme herida. En derredor susurraban los bosques ya ennegrecidos.

Por un minuto, aproximadamente, se detuvieron nuestros andantes para deleitarse con la inmortal y vivificante hermosura de la naturaleza. Maxim vacilaba, como si no se decidiera a realizar la idea que se le había metido en la cabeza y de la cual quería liberarse a toda costa. Luego cobró ánimo y, poniéndose colorado y turbándose, se acercó a Tugar Vovk.

— Boyardo, padre — dijo de una manera excepcionalmente suave y tímida.

— ¿Qué quieres?

— Permite que yo sea tu siervo más fiel...

— ¿Siervo? Bien, eso es fácil de arreglar. Ven con tu padre y ajústate, si tienes muchas ganas de servir.

— No, boyardo, me has entendido mal... ¡Permite que yo sea tu hijo!

— ¿Mi hijo? ¡Pero si tú tienes padre y, según lo tengo entendido, mucho mejor, más justo y sabio que yo, ya que mañana va a juzgarme!

El boyardo sonrió amarga y maliciosamente.

— Yo quería decir — se corrigió Maxim —, quería decirte otra cosa. ¡Boyardo, yo te pido la mano de tu hija, a quien quiero más que a mi vida, más que a mi alma!

Un trueno en un cielo despejado no hubiera asustado tanto a Tugar Vovk, como esas vehementes y a la vez simples palabras del joven. Retrocedió dos pasos y midió al pobre Maxim de pie a cabeza con una penetrante mirada llena de cólera y desprecio. Su rostro se azuló de la rabia, tenía los dientes fuertemente apretados y los labios le temblaban.

— ¡Plebeyo! — recriminó de repente con tanta violencia, que su grito espantoso repercutió en las montañas circundantes. ¿Con qué palabras osas dirigirte a mí? Repítelas una vez más, pues es imposible que en realidad haya oído lo que me pareció oír.

El amenazante grito despertó en Maxim su acostumbrado valor y decisión. Se enderezó ante el boyardo como un arrogante roble joven y dijo en tono suave, pero firme:

— Nada malo te he dicho, boyardo, nada que deshonne a ti o a tu hija. Te he pedido la mano de ella, a quien quiero como nadie en el mundo querrá. ¿Será posible que entre tu linaje de boyardo y el mío de mujik exista un abismo tan grande que ni el amor sea capaz de llenar? ¿En qué eres tan superior a mí?

— ¡Calla, plebeyo! — lo interrumpió Tugar Vovk con un grito frenético —. ¡Mi mano ya está dispuesta a desenvainar

la espada para tapar tu estúpida boca! ¡Lo único que te salva de mi venganza es que hoy has sacado de un apuro a mi hija! ¡De lo contrario hubieras caído muerto en cuanto pronunciaras esas palabras! ¿Tú, insensato, has podido pensar en ello? ¿Te has atrevido a poner los ojos en ella, en mi hija? ¿Sólo porque ella y yo hablamos contigo como con un hombre y no te pateamos como a un perro? ¿Pensaste tú que salvándola de las garras del oso te la habías ganado como a una cautiva? ¡Oh, no! Si el destino lo hubiera querido así, antes de que se quedara contigo hubiese preferido que muriera en los sangrientos abrazos del salvaje animal!

— No, boyardo, dilo de otra manera. Antes de que un solo pelo cayera de su cabeza, yo habría preferido morir en las garras del oso.

Al oír esas palabras Miroslava se volvió para ocultar de Maxim y su padre las lágrimas que hace mucho contenía y que brotaron de sus ojos. Pero Tugar Vovk no prestó atención a eso y continuó;

— ¿Tú, engendro vil y despreciable, osas igualarte a mí? ¡A mí, quien ha pasado toda la vida entre príncipes y se me han conferido condecoraciones y elogios principescos por mis hazañas de caballero! Mi hija puede escogerse un novio entre los primeros, entre los más ilustres caballeros del país ¿y en lugar de eso te la habría de conceder a ti, plebeyo, a tu guarida tujoleña, donde se marchitaría, se desecaría y moriría en la miseria? ¡No, no, quítate de en medio! ¡Tú no estás en tus cabales y has pronunciado esas palabras en un ataque de locura!

Maxim vio que sus esperanzas se habían frustrado, que el boyardo se daba demasiada importancia y que lo trataba con un desprecio extremado. Por mucho que le doliera, ya nada podía hacer.

— O, boyardo — dijo triste y apaciblemente —. Te has elevado muy alto en las alas de la vanidad, pero ¡cuídate! Generalmente el destino eleva muy alto a los que se dispone a arrojar muy abajo.

No desprecies a los pobres, no desprecies a los bajos, no desprecies a los trabajadores, boyardo, ¿quién sabe de qué fuente has de beber?

— ¡Y tú te atreves a echarme sermones, canalla! — rebatió enfurecido Tugar Vovk y sus ojos brillaron de ciega cólera —. ¡Quítate de mi vista, de lo contrario, lo juro por Dios, no tomaré nada en cuenta y te atravesaré con esta arma, como lo he hecho esta mañana con el oso!

— No te enfades contra lo dicho por un joven necio, boyardo — contestó Maxim, tranquilo como antes —. ¡Adiós! ¡Adiós te digo también a ti, estrellita mía, que iluminaras tan maravillosamente para mí un solo día. En los siglos se ha de apagar para mí tu brillo. ¡Adiós y que seas feliz!

— No, no he de callar — profirió de improviso Miroslava, dándose vuelta con aire decisivo —, no me apagaré para tí, buen héroe, yo seré tuya.

Tugar Vovk miraba pasmado, sin tener la menor idea de lo qué hacer.

— ¿Qué dices, hija mía? — exclamó.

— Lo que oyes, padre. Deja que me case con Maxim.

— ¡Necia mujer, eso no puede ser!

— Haz la prueba y verás que es posible.

— Estás delirando, hijita, te ha asustado el salvaje animal. ¡Tú estás enferma!

— ¡No, papá, estoy sana y te lo digo una vez más, jurando ante el claro sol, que este joven será mío! ¡Sol, haz de testigo!

Ella tomó la mano de Maxim y sus labios apasionados se apretaron a él. Tugar Vovk no pudo recuperarse, no pudo hacer un solo movimiento, pronunciar una sola palabra.

— Y ahora, buen héroe, ve a tu casa y no temas nada. Miroslava ha jurado que será tuya y Miroslava sabrá cumplir. Nosotros, papá, apuremos el paso. Allá, en el valle, ya se ve nuestra finca y ahí ya se acercan nuestros huéspedes.

Diciendo estas palabras la sorprendente joven tomó de la mano al aún no recuperado padre y comenzaron a bajar la

montaña. Maxim permaneció allí largo rato, maravillado, feliz. Por fin volvió en sí y cayó de rodillas, oró al sol poniente como rezaban sus abuelos y bisabuelos, como rezaba a escondidas su padre. Después se puso de pie y a paso lento emprendió el camino de su casa.

III

Tras la aldea, al lado mismo de la catarata, había en medio del calvero un enorme tilo. Nadie recordaba cuando había sido plantado, ni cuando creció tan grande y ramoso. Tujla era un poblado no muy antiguo y los árboles que crecían en el valle tujoleño eran mucho más jóvenes que ese tilo; por eso era muy natural que los tujoleños lo consideraran del testigo más viejo de la antigüedad y lo trataran con gran distinción.

Los tujoleños sostenían que el tilo era un presente hecho por su secular protector, el rey de los gigantes, plantado con sus propias manos en el valle tujoleño en honor a su victoria sobre Morana. De debajo de las raíces del tilo brotaba un manantial que, susurrando bajito por las menudas piedras, desembocaba en el torrente. Ese era el lugar de las reuniones de la comunidad tujoleña, la veche¹ rural, que en la antigüedad representaba en sí el poder máximo y único de las comunas rusas².

Alrededor del tilo se extendía un área amplia y plana. Allí se alargaban hacia el oriente hileras de pulidos bloques de piedra que servían de asiento para los ancianos de la comuna, patriarcas de las familias. Había tantos asientos de piedra, como patriarcas. Por atrás el espacio estaba libre. Debajo del tilo, sobre el manantial, se hallaba una piedra tetraédrica con

¹ Veche: Asamblea de ciudadanos en la antigua Rusia.

² Aquí y en otros casos se tiene en cuenta la comunidad (o el idioma) de la Rusia antigua.

un orificio en el medio; durante las reuniones allí enarbolaban la bandera de la comuna. A un costado había otra elevación para el predicador, es decir, para la persona que tratara tal o cual problema; éste abandonaba su lugar e iba a esa elevación para que todo el mundo pudiera oírlo.

Al otro día de la caza boyardesa los tujoleños llenaron de sumo la plaza de la veche. Un susurro rodaba por el valle. Los ancianos de la comuna marchaban de la aldea uno tras otro con aire importante e iban sentándose en sus lugares. La juventud se reunía con alboroto y se paraba tras ellos en amplio semicírculo. También venían mujeres, aunque en menor cantidad: del consejo de la comuna no se excluía ni un solo adulto, ya fuera hombre o mujer. A pesar de que el derecho al voto decisivo lo tenían los ancianos patriarcas, durante los debates permitían expresar libremente su opinión a la juventud y a las mujeres.

El sol ya estaba muy alto cuando los llamadores, llevando la bandera de la comuna al frente, fueron los últimos en llegar de la aldea. Su aparición fue motivo de un cuchicheo general, mas cuando se acercaron reinó el silencio. Los llamadores saludaron a la comuna inclinando tres veces el torso, se pararon debajo del tilo y se quitaron las gorras. Todos hicieron lo mismo.

— Honorable comuna — proclamaron los llamadores —, ¿estáis de acuerdo en celebrar hoy el consejo?

— ¡Sí, sí! — contestaron los reunidos.

— ¡Pues que Dios nos ayude! — dijeron los llamadores y, después de levantar la bandera, pusieron su asta en el orificio de la piedra. Era la señal de que la reunión había comenzado.

Seguidamente Zajar Bérkut, el más anciano de todos los reunidos se levantó y con paso lento, pero firme, se acercó al tilo y lo rozó con los dedos; fue hasta el manantial que brotaba de debajo de sus raíces, se puso de rodillas y se roció los ojos y los labios. Esa era una corriente ceremonia antigua que denotaba la purificación de los labios y la acla-

ración de la vista, cosas indispensables para asuntos tan importantes como lo era la reunión popular. Después se sentó en la elevación de cara al pueblo, al Oriente.

El pelo canoso de Zajar Bérkut se asemejaba al plumaje de una paloma, el anciano tenía más de noventa años y era el más viejo de todos en la comuna tujoleña. Era padre de ocho hijos, tres de los cuales estaban sentados juntos con él, entre los ancianos, y el más joven, Maxim, se distinguía entre los jóvenes de Tujla, como un joven roble se distingue entre matas de plátanos falsos. Alto, majestuoso, de rasgos severos, lleno de experiencia y de profundos conocimientos del hombre, Zajar Bérkut era un verdadero prototipo de aquellos antiguos patriarcas, jefes de pueblos enteros, de los cuales narran leyendas antiguas y componen canciones. A pesar de su edad avanzada Zajar Bérkut era aún fuerte y vigoroso. Claro que ya no trabajaba en el campo, no pastoreaba ovejas en los pasturajes montañoses y no iba de caza a las espesuras de los bosques, pero no dejaba de trabajar. Su trabajo consistía en cuidar del huerto, las colmenas y en preparar medicinas. En cuanto la primavera asomaba por los montes tujoleños, Zajar Bérkut en su huerto cavaba, limpiaba, cortaba, injertaba y replantaba. Sus paisanos se admiraban de los conocimientos de Zajar en horticultura y se alegraban de que no los ocultara y los repartiera gustoso, de que mostraba y hacía tomar afición a esas tareas. A pesar de que el camino era fatigoso y bastante largo, todos los días de buen tiempo Zajar Bérkut iba a su colmenar, ubicado en el bosque. Pero los tujoleños tenían a Zajar Bérkut de verdadero benefactor por sus medicamentos. En cuanto llegaban las fiestas de la Trinidad y Kupaylo, Zajar Bérkut con su hijo menor Maxim solían ir por varias semanas a las montañas en busca de hierbas y medicamentos. Claro que las pulcras y simples costumbres de aquellos tiempos, el aire puro de Tujla, las casas espaciosas y saludables y el trabajo constante, pero no excesivo, todo eso en conjunto protegía a la gente de las enfermedades frecuentes y contagiosas. En cambio con mayor

frecuencia sufrían mutilaciones y heridas que, de seguro, ningún curandero pudiera curar tan bien y tan rápido como lo hacía Zajar Bérkut.

Mas no en todo eso veía Zajar la razón principal de su vida senil. “La vida tiene valor sólo hasta el momento en que el hombre pueda ayudar a los demás — decía a menudo —. Cuando se transforma en un peso para otros y ya no es útil para nadie, entonces el hombre ya no es hombre, sino un estorbo y no vale la pena que siga viviendo. Dios me guarde de que algún día yo me convierta en molestia de alguien y coma el pan dado por misericordia, aunque bien merecido que lo tenga”. Estas palabras servían de guía orientadora en la vida de Zajar Bérkut. Todo lo que él hacía, decía, pensaba, lo hacía, decía y pensaba teniendo en cuenta el bienestar y el provecho de los demás, y ante todo, el de la comuna. La comuna era su mundo, la razón de su vida. Viendo que los osos y jabalíes mutilaban con frecuencia en las montañas al ganado y a los hombres, aún joven decidió aprender a curar las heridas y abandonó la casa paterna para ir por caminos lejanos y desconocidos en busca de un mentado curandero que, según decían, sabía exorcizar flechas y la sangre. No obstante, el exorcismo del curandero resultó ineficaz. Cuando se encontraron Zajar Bérkut le prometió diez martas si aquél le enseñaba su arte. El curandero asintió. Pero a Zajar le era insuficiente aprender a ciegas y antes quiso cerciorarse de la eficacia de la cura. Extrajo un cuchillo y se hirió profundamente la cadera.

— ¡Exorza! — dijo al atolondrado curandero.

Mas el exorcismo no hizo efecto.

— Eh — replicó el curandero —, no resulta porque te has herido voluntariamente. Una herida así no se puede someter a conjura.

— Se ve que tu exorcismo es malo y no lo necesito. Yo busco uno que le sea indiferente si la herida se ha hecho voluntariamente o no y que la cure.

Al momento Zajar Bérkut dejó al curandero y siguió su

camino en busca de mejores médicos. Erró mucho tiempo por montes y valles hasta que al cabo de un año cayera entre los monjes monasteriales¹. Allí había un anciano de cien años que vivió mucho tiempo en el Monte Athos de Grecia y leyó muchísimos libros griegos antiguos. El monje sabía curar perfectamente las heridas y estaba de acuerdo en enseñar su arte a todo el que viviera con él un año en armonía y le pareciera persona sincera y de buen corazón. Muchos eran ya los alumnos que había tenido el viejo monje, siempre pensativo y siempre triste, mas ninguno fue de su agrado, ninguno vivió con él el plazo convenido ni se llevó los secretos medicinales. Acerca de este médico oyó hablar Zajar Bérkut y decidió pasar la prueba señalada. Al llegar al monasterio pidió que le permitieran ver al anciano Akinthios y expuso francamente el motivo de su llegada. El viejo, de barbas blancas, taciturno, lo recibió sin objeciones. No fue uno, sino tres los años que vivió Zajar con el viejo. Regresó del monasterio cambiado; su amor a la comuna se hizo más ferviente y fuerte; su habla fluía como un limpio torrente cristalino; sus palabras eran sosegadas, sabias, duras como el acero y contra las mentiras cortantes como una navaja. Durante su peregrinación de cuatro años Zajar Bérkut conoció el mundo: estuvo en Gálich y en Kíev, se topó con príncipes y con sus asuntos, conoció a combatientes y mercaderes, y su mente sencilla y clara acumulaba todo lo visto y oído en la tesorería de la memoria, grano por grano, en calidad de material para reflexionar. Regresó del viaje hecho no sólo un médico, sino también formado como un ciudadano. Veía que los príncipes y sus boyardos en los valles se esforzaban por debilitar y violar el orden comunal libre de las aldeas, para convertir

¹ Hablando de los monjes monasteriales yo no tengo en cuenta al histórico monasterio de Maniavski, fundado por Iov Kniaguftzkiy a comienzos del siglo XVII, sino que me valgo de leyendas populares sobre los primeros apóstoles de la falda de los Cárpatos, tengo en cuenta, además, a los monjes de las cavernas de Kíev, de cuyo viaje y establecimiento en los montes de Kolomia narra Antón Moguillnítzkiy en su poema "El monasterio de Maniavski" basándose tanto en su fantasía, como en la realidad de las tradiciones populares. (Nota de I. Frankó).

seguidamente con mayor facilidad a las desunidas y descabaladas gentes en sus cautivos y servidores. Zajar Bérkut se cercioró de que para sus hermanos, los campesinos, no había otra salida ni esperanza que una buena estructura, una dirección y un desarrollo racional del orden comunal, la unidad y la amistad de la comuna. Por otra parte, el viejo Akinthios y otra gente experimentada le habían contado a Zajar más de una vez sobre el orden social en la Rusia del Norte, en Nóvgorod, Pskov, sobre el bienestar y el florecimiento de la gente de allí, y todo ello encendió en su impetuoso corazón el deseo de consagrar toda su vida al arreglo y el fortalecimiento del buen régimen comunal en su Tujla natal.

Desde aquellos tiempos pasaron setenta años. Al igual que un antiguo roble gigante se hallaba Zajar Bérkut entre la joven generación y podía ver los frutos de su actividad de muchos años. Y, evidentemente, contemplaba placentero. Como un solo ser vivía la comuna tujoleña unida en el trabajo y el consumo, en la felicidad y las penurias. La comuna se servía a sí misma de juez y de establecedora del orden en todo. El campo y los bosques comunales no necesitaban de guardias: la comuna misma siempre y en todas partes cuidaba de sus bienes con ojo vigilante. En la comuna no había pobres; la tierra proporcionaba alimentos para todos y los graneros y cobertizos sociales estaban siempre abiertos de par en par para los necesitados. Los príncipes y sus boyardos observaban con envidia a esa vida, en la cual no había lugar para ellos y la cual no necesitaba de ellos. Una vez por año venía a Tujla el cobrador de impuestos principesco y la comuna trataba de deshacerse del desagradable huésped lo más pronto posible; al cabo de uno o dos días el funcionario se iba cargado de toda clase de bienes, ya que los tujoleños pagaban los impuestos, en su mayor parte, en especies. Empero en Tujla el cobrador de impuestos no era dueño tan absoluto como en otras aldeas. Los tujoleños sabían perfectamente qué derechos tenía el cobrador, qué le correspondía al príncipe, y no le permitían abusar de su autoridad.

No era sólo en Tujla donde se manifestaba la influencia bienhechora de Zajar Bérkut; a él le conocían en decenas de millas a la redonda, en la parte rusa y en la húngara. Le conocían no sólo como a un excelente curador que sanaba heridas y toda clase de enfermedades, sino también como a un extraordinario orador y consejero que, “en cuanto hablaba, parecía que Dios entrara en el corazón”, y si daba algún consejo — ya fuera a una persona o a toda una comuna — ni la reunión de toda una veche de ancianos, seguramente, era capaz de elaborar otro consejo mejor. Desde hacía mucho tiempo Zajar Bérkut había llegado a la firme convicción de que al igual que un hombre aislado en la comuna era débil y desvalido, lo mismo pasaba con una comuna aislada, y que nada más que la comprensión mútua y las acciones conjuntas de muchas comunas vecinas podían atribuirles fuerza, y en cada una de ellas aparte podía fortalecer su libre orden comunal. Por eso, preocupándose por el bienestar de Tujla, Zajar nunca se olvidaba de las comunas vecinas. Siendo más joven visitaba frecuentemente otras, asistía a sus reuniones, trataba de conocer bien a la gente y saber de sus necesidades, y por doquier sus consejos y exhortaciones tenían un solo fin: fortalecer las relaciones de amistad, camaradería y hermandad entre la gente de las comunas y entre las comunas vecinas. En aquellos tiempos semejantes relaciones eran todavía bastante vitales y sólidas; el poder roedor de los boyardos y los príncipes aún no estaban en condiciones de romperlas definitivamente, por eso no es de extrañar que bajo la dirección de un hombre tan querido, tan experimentado y fiel a la causa social como lo era Zajar Bérkut, esas relaciones bien pronto se renovaron y fortalecieron. Para los tujoleños y para toda la meseta adyacente al Striy, rica en lana de oveja y pellizas, era especialmente importante tener relaciones con las comunas rusas de los Transcárpatos, ya que éstas tenían de sobra lo que les faltaba a aquéllos: trigo. Por esa razón, una de las principales preocupaciones de Zajar era tender un camino directo y seguro hacia esos lugares.

Muchos años acarició esa idea, recorrió a pie todos los alrededores de Tujla sopesando el lugar y la mejor forma, la más segura y barata, de tender el camino, tratando de convencer a la vez a las comunas de ambos lados del Beskid a que emprendieran esa empresa. Aprovechando todo caso oportuno, en las reuniones de las comunas no dejaba de insistir en la necesidad y el provecho de tal camino, hasta que por fin se consiguió los fines propuestos. Más de diez comunas de vecindades cercanas y lejanas enviaron al consejo comunal de Tujla a sus emisarios para convenir la construcción del nuevo camino. Ese fue un día feliz para Zajar. Además de poner gustoso él mismo los jalones que indicaban la dirección del camino, se comprometió en observar por el trabajo mientras durase la construcción y envió a ella a cuatro de sus hijos, mientras que el quinto, el herrero, debía encontrarse constantemente con su herrería ambulante en el lugar de trabajo para reparar las herramientas necesarias. Cada una de las comunas envió a varias decenas de trabajadores con reservas de pan y provisiones y, bajo la dirección del infatigable Zajar, el camino fue tendido al cabo de un año. Las ventajas del camino de inmediato se hicieron evidentes para todos. Las relaciones con las que fueran ricas comunas húngaro-rusas revivificaron toda la región montañesa; comenzó un intenso intercambio mutuamente ventajoso de los productos del trabajo: hacia un lado iban pellizas, queso de oveja y manadas enteras de estos animales destinadas a la matanza, y para el otro, trigo, centeno y telas. Mas no sólo en ese intercambio comercial residían las ventajas del camino tujoleño; era también el conductor de toda novedad en la vida de las comunas de una u otra parte del Beskid, era un hilo vivo que reunía a los hijos de un mismo pueblo, divididos entre dos estados.

Aunque el camino tujoleño no era el primer hilo de esa índole. El camino de Ducla era más viejo y gozaba en ciertos tiempos de fama mucho mayor. Sin embargo, los príncipes galichiano-rusos le tomaron hostilidad por muchos motivos;

uno de los de menor importancia era, tal vez, el hecho de que el camino servía de comunicación entre las comunas de uno y otro lado del Beskid y, gracias a ello, fortalecía en ellas el libre régimen comunal; lo más importante era que por ese camino los reyes y duques húngaros irrumpían frecuentemente con sus ejércitos a la Rusia Roja ¹. Es por eso que los príncipes galichianos y los de Perémishl trataban de cerrar, o por lo menos fortificar esa puerta de entrada a sus dominios y se sabe que tal "fortalecimiento" efectuado por el estado y con fines estatales debía ir en contra de las comunas y de la autoadministración comunal. A lo largo de todo el camino de Ducla los príncipes plantaron a sus boyardos, les regalaron grandes posesiones y haciendas comunales y les encomendaron guardar el portón de Ducla, detener al enemigo en caso de una intervención militar con ayuda de los destacamentos reclutados en las comunas vecinas y de vedados, o sea con barreras de piedras y troncos que obstaculizaban el camino en los lugares estrechos y con una defensa mínima la hacían completamente inaccesible para los soldados del enemigo. Se sobreentiende que todo el peso de estas obligaciones caía sobre las comunas campesinas. Éstas no sólo perdían parte de sus tierras seculares, en las que se habían instalado los boyardos, sino que, además, tenían que patrullar, conceder a los boyardos druzhínnikes ² y servidores, construir vedados y, en tiempos de guerra, se sometían por completo a las órdenes de los boyardos y al juzgado boyardés. Es evidente que en la aldea el boyardo dotado de derechos tan amplios se convertía en poderío y, cosa muy natural, se preocupaba por aumentar y fortalecer su poder. Con fines de enriquecimiento los boyardos organizaban en los caminos sus propios vedados-puestos y cobraban allí impuestos, incluso en tiempos pacíficos, de todo el que pasara. Ello debía terminar con el intenso tránsito por el camino de Ducla y debilitar las

¹ Rusia Roja: Gálích.

² Druzhínnik: Miembro de la guardia de los príncipes en la antigua Rusia.

comunicaciones vivas entre las comunas. Simultáneamente con la debilitación de estas comunicaciones debería declinar también el libre orden de las veches en las comunas. El poder de los boyardos no podía ni deseaba soportar, junto al suyo, otro poder: el comunal; entre los boyardos y las comunas debía comenzar una lucha ruda y prolongada que al fin tuvo un resultado desfavorable para las comunas. Aunque en el período del que trata nuestra narración esa lucha aún no había cesado, ni mucho menos, y en algunos poblados montañeses alejados ni siquiera había empezado. A ciencia cierta se puede afirmar que esos eran en aquellos tiempos los rincones más felices de la Rusia de entonces. Tujla era uno de ellos y el camino tendido a través de los montes Beskid le garantizaba el bienestar por mucho tiempo. Los boyardos todavía no se habían apoderado del camino de Tujla y por éste podía transitar el que lo deseara, aunque los habitantes de las aldeas adyacentes, tanto de la parte de Gálích como la de los Transcárpatos, lo cuidaban con ojo alerta de cualquiera invasión enemiga. Ellos se daban a saber del peligro cerniente que rechazaban a su debido tiempo y sin jaleo con las fuerzas unidas de todas las comunas interesadas. Por eso no es extraño que en la región de Tujla, ubicada junto al camino mismo entre los Transcárpatos y la ladería, se fortalecía no sólo el bienestar, sino que también el libre régimen comunal. Con su ejemplo inspiraba y apoyaba a toda la meseta circundante, especialmente a las aldeas donde ya estaban los boyardos principescos y había comenzado la lucha destructora entre el viejo régimen comunal y el nuevo, el boyardés. El lenguaje ferviente y la gran autoridad de Zajar Bérkut favorecían en sumo grado a que parte considerable de comunas se mantuvieran firmes en esa lucha y los boyardos, no pudiendo extender su poder tan rápido como lo deseaban, se veían obligados a vivir en buena armonía con las comunas, subordinarse en tiempos pacíficos a los juzgados comunales y participar en ellos junto con los ancianos, como con gente de iguales derechos. Pero una situación así era muy desagra-

dable para los boyardos; ellos esperaban la guerra como una fiesta, ya que entonces les sonreía la esperanza de tomar inmediatamente el poder en sus manos y, aprovechándose de ello, podrían eliminar a raíz el aborrecible régimen comunal y no permitir que el poder conquistado se les escurriera de entre las manos. Pero la guerra no empezaba. Por muy benévolo que fuese el príncipe Danilo Románovich, soberano de la Rusia Roja, con los boyardos (todo lo contrario de su padre), no pudo prestarles gran ayuda por los desvelos de la corona real, por las guerras intestinas entre los príncipes que luchaban por el gran trono principesco de Kíev y, raras veces, por salvaguardar sus dominios de la invasión de un nuevo enemigo hasta entonces nunca mentado: los mongoles, quienes diez años antes habían aparecido como una terrible nube de tormenta en las fronteras orientales de Rusia, en las estepas adyacentes al Don, y derrotaron a los agrupados príncipes rusos en el cruel y sangriento combate a orillas del río Calca. Mas de improviso, como asustados por el valor de los rusos, emprendieron la retirada y ya hacía casi diez años que nadie había oído nada de ellos. Sólo una sorda inquietud circulaba entre la gente al igual que lo hace una calurosa ola de viento por los campos de centeno maduro, sin que nadie supiera si la ola se iría a apaciguar o traería consigo alguna amenazante nube de granizo. Y menos que nadie lo sabía y lo esperaban los príncipes y los boyardos. Después de la derrota a orillas del Calca ellos continuaron tranquilamente su viejo tema: discutiendo la herencia del trono y menoscabando el orden libre y autónomo de las comunas. ¡Insensatos! ¡Ellos socavaban las raíces del roble que los abastecía de bellotas! Si hubieran dirigido su poder y sus fuerzas al fortalecimiento, y no al menoscabo, de ese orden en las comunas y de las relaciones vivas entre las comunas, seguramente nuestra Rusia no habría caído bajo las flechas y las hachas de los mongoles y habría resistido, como un roble gigante profundamente arraigado se resiste a las ráfagas de una tormenta otoñal.

La región de Tujla era feliz, ya que algo había hecho que hasta entonces pasara desapercibida ante los ojos insaciables de los príncipes y boyardos. Ya fuera por hallarse tan lejos entre montes y peñascos o por no tener riquezas considerables. Bastaba con que no se sabe por qué los boyardos no deseaban penetrar a rincones tan perdidos. Pero esa felicidad tampoco fue eterna. Cierta vez llegó a las montañas tujoleñas el boyardo Tugar Vovk y sin decir palabra a nadie comenzó a construirse una casa en las afueras de Tujla, pero en tierras tujoleñas. Al principio sus habitantes callaban extrañados y no ponían obstáculos al huésped inesperado, mas luego empezaron a indagar quién era, de dónde y con qué fines había llegado.

— ¡Soy un boyardo del príncipe Danilo! — les respondió arrogante Tugar Vovk —. Por mis méritos el príncipe me gratificó con tierras y bosques en la región de Tujla.

— ¡Pero si éstas son tierras y bosques comunales! — le objetaban los tujoleños.

— Eso no reza en absoluto conmigo — les respondía el boyardo —. Vayan y que el príncipe mismo les conceda sus derechos. ¡Yo tengo su carta y no me interesa nada más!

A esas palabras los tujoleños ladeaban la cabeza y no decían nada. Mientras tanto el boyardo se seguía manteniendo con la misma arrogancia, alardeaba de la benevolencia y la buena voluntad del príncipe para con él. Al fin y al cabo no molestaba en nada a los tujoleños ni se inmiscuía en los asuntos de la comuna. Al principio los tujoleños, especialmente los más jóvenes, ya sea por curiosidad o por mero sentimiento de hospitalidad, se encontraban frecuentemente con el boyardo y le prestaban unos que otros servicios, mas de repente todo eso se cortó de plano: cesaron las visitas y a toda costa eludían encuentros con él. Primeramente eso extrañó al boyardo, después lo irritó y empezó a hacerles toda clase de marranadas. Su casa estaba junto al mismo camino tujoleño y Tugar, siguiendo el ejemplo de otros boyardos, puso en el camino una enorme barrera y exigía impuestos de los que

allí transitaban. Pero los tujoleños eran duros de roer. Ellos comprendieron muy pronto que comenzaba una lucha decisiva y, excitados por Zajar Bérkut, resolvieron defender firme e insistentemente sus derechos hasta el final. Una semana después de haber aparecido la barrera, el consejo de la comunidad tujoleña envió unos mandatarios a que se entrevistaran con Tugar Vovk. Éstos preguntaron en forma breve y concreta:

— ¿Qué te incita a proceder así, boyardo? ¿Por qué obstruyes el camino?

— ¡Ese es mi deseo! — contestó con altanería el boyardo —. Si los ofendo con eso, vayan a quejarse de mí al príncipe.

— El camino no es del príncipe, sino de la comuna.

— ¡Eso no reza en absoluto conmigo!

Con eso los mandatarios se fueron, pero bien haberse ido de Tujla vino toda una banda de jóvenes armados con hachas y sin alboroto hicieron trizas la barrera y encendieron con ella una hoguera cerca de la casa del boyardo. Éste en su patio montaba en cólera maldiciendo a los sucios plebeyos, pero no se atrevió a contenerles y ya no volvió a poner más barreras. El primer ataque a los derechos comunales había sido rechazado, pero los tujoleños no se entregaban a una alegría prematura: ellos comprendían perfectamente que ese había sido el primer ataque y que tras él se sucederían otros. En cierta ocasión a Tujla acudieron unos pastores comunicando a gritos la mala noticia de que los siervos boyardeños los expulsaban del mejor pasturaje. Los pastores no hicieron a tiempo de contar en detalles lo ocurrido, cuando llegaron los guardabosques comunales y dieron a conocer que el boyardo estaba midiendo una extensa área del mejor bosque comunal para apropiarse de él. El consejo comunal volvió a enviar representantes suyos para que hablaran con Tugar Vovk.

— ¿Por qué ofendes a la comuna, boyardo.?

— Me hago cargo nada más que de lo que me ha regalado el príncipe.

— ¡Pero si éstas son tierras comunales y no principescas! El príncipe no puede regalar lo que no le pertenece.

— ¡Pues id y quejaos del príncipe! — respondió el boyardo y les volvió la espalda.

Desde entonces entre el boyardo y los tujoleños empezó una verdadera lucha. Ora los tujoleños echan los rebaños de sus pasturajes, ora los siervos boyardeses echan los rebaños tujoleños. Los bosques usurpados por el boyardo eran vigilados por guardabosques comunales y boyardeses, entre los cuales más de una vez la cosa llegaba a disputas y peleas. Eso irritaba al boyardo cada vez más y cierta vez ordenó matar el ganado de los tujoleños que fuese atrapado en los pasturajes de que se había apropiado; además, un guardabosques comunal prendido por orden suya en el bosque usurpado fue atado a un árbol y azotado con varas de edrino hasta dejarlo medio muerto. Para la comuna tujoleña eso ya era el colmo. Muchos se expresaban por aplicar contra el boyardo, según una vieja costumbre, la ley en vigor contra los miembros de la comuna indóciles y malos, bandoleros y ladrones, expulsarlo de la región de la comuna y demoler su casa hasta los cimientos. La mayoría de los comuneros aceptó la idea y, por cierto, el boyardo las habría pasado muy mal si Zajar Bérkut no hubiera dicho que no se debía juzgar a nadie sin escuchar antes sus justificaciones, y que la justicia implicaba citar al boyardo al juzgado comunal, darle la posibilidad de expresarse y luego proceder con él como lo decidiera la comuna, conservando plena calma y sensatez. La comuna tujoleña siguió ese consejo razonable.

De cierto que nadie en la reunión de ese día comprendía tan bien como Zajar Bérkut la importancia de esos minutos. Él veía que la causa de toda su vida balanceaba en el filo del veredicto de la comuna. Si en el veredicto se tratara solamente de mera justicia, Zajar Bérkut no habría dado muestras de preocupación y se hubiera confiado por completo en la sabiduría de la comuna. Mas había que tener en cuenta — por primera vez en los juzgados de la comunidad tujoleña —

leña — otras circunstancias, ajenas, pero sumamente importantes que complicaban el caso en extremo. Zajar entendía perfectamente que un veredicto favorable o adverso para el boyardo sería una gran amenaza para la comuna. El favorable significaría el reconocimiento no sólo de los derechos, sino que también el poderío del boyardo y le sometería para siempre la comuna, le otorgaría, además de los bosques y pasturajes ya usurpados, toda la comuna; sería la primera y más peligrosa brecha en el libre régimen comunal, por el renovamiento y fortalecimiento del cual Zajar había luchado infatigablemente durante setenta años. Un veredicto adverso, acorde con el cual el boyardo sería expulsado de la comuna, también sería motivo de serios peligros. ¿Y si el boyardo se las ingeniaba para persuadir al príncipe, despertar su ira y convencerlo de que los tujoleños eran unos rebeldes? Ello podría ocasionar una gran desgracia, incluso el exterminio completo de Tujla. Veredictos semejantes fueron causa de la destrucción de otras comunas que los príncipes declaraban rebeldes y se entregaran a merced de los boyardos y sus destacamentos y las sometieran a saqueo. Ambos resultados ponderosos de la veche de ese día llenaban el corazón del viejo Zajar de una gran tristeza y antes de comenzar la reunión rezó con vehemencia al gran Dios del Sol para que éste iluminara su razón y le ayudara a encontrar una solución cabal a esa difícil situación.

— ¡Honorables comunales! — así comenzó Zajar su intervención —. No ocultaré de vosotros, aunque por otra parte lo sabéis perfectamente, cuan difíciles y grandes son los asuntos que hoy someteremos a nuestro juicio social. Cuando observo lo que está ocurriendo en derredor y veo lo que nos amenaza, me parece que nuestra tranquila vida comunal de hasta ahora ha cesado para siempre, que está llegando la hora de demostrar con los hechos, en la lucha, si nuestro régimen comunal es firme y bueno y si es capaz de resistir a la terrible tormenta que nos amenaza. De cuál es la tormenta que se acerca de varios lados a la vez lo sabéis y os enteraréis

más detalladamente en el consejo de hoy, por eso no he de hablar de ella. Quisiera sólo demostraros y grabar indestructiblemente en vuestra conciencia lo que, a mi juicio, debemos defender con firmeza, hasta el final. Aunque en ello ni yo, ni nadie tiene plenipotencia sobre vosotros: ¡Si queréis, escuchad; si no queréis, la voluntad es vuestra! Sólo os diré que hoy deberemos escoger el camino a tomar. Por eso es menester que nosotros, gente vieja y experimentada, pongamos en claro para nosotros mismos nuestra elección y las vías, por las cuales hemos de andar y la posición que hemos de ocupar.

— Fíjate, comuna honorable, en nuestra bandera comunal, testigo de nuestras oraciones y hechos ya hace cincuenta años. ¿Sabéis lo que significan sus signos? Nuestros padres, santos ancianos dignos de respeto, la crearon y me transmitieron su sentido. “Zajar — me dijeron —, algún día, a la hora del peligro mortal, cuando la vida levante contra la comuna una oleada horrorosa amenazando a sus reglas, revélale a la comuna el significado de esta bandera y, a la vez, le revelarás que ella guarda nuestra bendición y la bendición de nuestro espíritu protector, que el desvío del camino que indica este baluarte será la desdicha más grande para la comuna, el comienzo de su decadencia total”.

Zajar calló un minuto. Sus palabras causaron gran impresión a los reunidos. Todos tenían los ojos clavados en la bandera que flameaba ante la comuna en lo alto del asta insertada en la piedra, avivando los adornos plateados en sus anillos y centellando con el paño carmesí como sangre viva tornasolada.

— Hasta ahora no os he hablado de esto porque reinaba la calma — continuó Zajar —. Hoy es hora de hacerlo. ¡Miradla, mirad a nuestra bandera. De un sólo tronco consta esta cadena, sólida y como encerrada en sí, pero al mismo tiempo libre en cada uno de sus eslabones. La cadena es todo el pueblo ruso tal como saliera de las manos de los buenos espíritus creadores. Cada uno de los eslabones de esta cadena

simboliza una comuna relacionada inquebrantablemente, por su propia naturaleza, con todas las demás comunas, pero simultáneamente libre y como encerrada en sí misma, con una vida propia, satisfaciéndose a sus propias necesidades. Sólo una indivisibilidad y libertad así de cada comuna hace que el todo sea indivisible y libre. Si por lo menos uno de los eslabones se rompe, se desintegra, se desintegrará, se romperá toda la cadena. Es así que la decadencia del libre orden comunal de una comuna se convierte en herida que provoca la enfermedad o hasta amenaza con contaminar todo el cuerpo de nuestra sagrada Rusia. Pobre de la comuna que se convierta voluntariamente en tal herida y que no aplique todas sus fuerzas y métodos para conservar su salud. ¡Mejor sería que esa comuna desapareciera de la faz de la tierra, que no dejara estaca en pared!

Esa última oración, pronunciada en tono amenazante y solemne, apagó el ruido de la catarata que, cerca, retumbaba contra las piedras y, al igual que una viva columna de cristal irisando al sol, se parecía a una franja destellante por encima de las cabezas de los reunidos. Zajar continuó:

— ¡Mirad una vez más esta bandera! Cada uno de los eslabones de esta cadena está guarnecido con brillantes adornos plateados. Estos adornos no hacen más pesado el eslabón, sino que le atribuyen hermosura y solidez. Asimismo, cada comuna tiene reglas y costumbres queridas, surgidas conforme a sus menesteres, creadas por el intelecto de nuestros sabios padres. Estas reglas son sagradas no porque sean antiguas, ni porque fueran creadas por nuestros padres, sino solamente porque son libres, no estorban a nadie en las acciones nobles, pero estorban al ruín que quisiera causar perjuicio a la comuna. Estas reglas tampoco embarazan a la comuna, ellas le añaden fuerza y poder para conservar todo lo bueno y provechoso y destruir todo lo malo y perjudicial. Si los eslabones de madera no estuvieran guarnecidos con plata, se podrían rajar fácilmente y la integridad de la cadena

desaparecería. Lo mismo pasaría con la comuna: se desintegraría si no existieran las sagradas reglas comunales.

— ¡Estad alerta, honorables comuneros! ¡Manos criminales se tienden para arrancar los adornos de plata de nuestro eslabón, para debilitar y terminar con nuestro régimen comunal, en el cual vivíamos tan bien!

— ¡No, no permitiremos que lo hagan! — gritó unánime la comuna —. ¡Defenderemos nuestra libertad, aunque tengamos que derramar nuestra sangre hasta la última gota!

— ¡Bien, hijos! — dijo emocionado Zajar Bérkut —. ¡Hacéis bien! ¡Creedme, es el espíritu de nuestro gran Guardián quien ha hablado por boca de vosotros! Gracias a su voluntad se os ha descubierto el significado de este paño que flamea en el asta. ¿Por qué es rojo? ¡Porque este color simboliza la sangre! ¡La comuna está obligada a defender su libertad y su augusto régimen hasta la última gota de sangre! ¡Y, creedme, no está lejos la hora que de verdad ha de requerir nuestra sangre! ¡Pues estemos listos a derramarla en defensa propia!

En ese momento todas las miradas, como por señal, se volvieron hacia la aldea.

Allí, en el camino que de la aldea a lo largo de la cascata conducía hacia las montañas, apareció un grupo poco numeroso de gente suntuosamente vestida y armada. Era el boyardo Tugar Vovk que en todo su esplendor iba al consejo comunal tujoleño acompañado de su druzhina¹. A pesar de que el día primaveral era caluroso, el boyardo estaba con toda su armadura caballeresca: llevaba puesta la coraza de brillantes láminas de hierro, musleras y rodilleras semejantes y un resplandeciente yelmo de cobre con un penacho de plumas de gallo meciéndose en su parte superior. A un costado le pendía en la vaina una pesada espada de combate, en la espalda llevaba un arco y un carcaj con flechas y de la cin-

¹ Druzhina: Guardia de los príncipes en la antigua Rusia.

tura le asomaba un hacha con filo de acero brillante y un lomo adornado con bronce. Por encima de todas esas temibles armas, en señal de sus intenciones pacíficas, el boyardo se puso sobre los hombros la piel de un lobo, cuya boca a la altura del pecho había sido transformada en broche y las patas con garras agudas le rodeaban la cintura. Con el boyardo iban diez guerreros, arqueros y hacheros, con iguales pieles de lobo, pero sin corazas. Los comuneros tujoleños se estremecieron involuntariamente al ver acercarse esa druzhina lobuna; todos comprendieron que ese era precisamente el enemigo que atentaba contra su libertad y su independencia. Mientras no habían llegado Zajar hizo a tiempo de terminar su intervención.

— Allí viene el boyardo que se alardea de que el príncipe, en señal de simpatía por él, le obsequió nuestra tierra, nuestra libertad y nuestras personas. ¡Mirad con que altanería anda, sabiendo que goza de la simpatía del príncipe, que es su servidor, que es un esclavo! Nosotros no necesitamos de la benevolencia del príncipe y no tenemos por qué convertirnos en esclavos, esta es la causa de su odio por nosotros, del que nos llame plebeyos. Pero nosotros sabemos que su orgullo es fútil y que al hombre verdaderamente libre no corresponde la arrogancia, sino el sentimiento de su dignidad y el intelecto. ¡Conservad en los debates con él esa dignidad y ese intelecto para que no seamos nosotros los que le obliguemos a resignarse, sino que él mismo en lo profundo de su conciencia se sienta resignado! He terminado.

Un leve cuchicheo de aprobación se difundió en la reunión embargada de una firmeza optimista. Zajar se sentó en su lugar. El silencio en la plaza duró un minuto, hasta la llegada de Tugar Vovk a la reunión.

— ¡Salud, comuna! — dijo tocándose el yelmo, pero sin quitárselo.

— ¡Salud, boyardo! — respondieron los tujoleños.

Con paso arrogante, negligente, salió hacia adelante y, sin mirar casi a la comuna, profirió:

— Vosotros me habéis llamado, heme aquí. ¿Qué queréis de mí?

Estas palabras fueron pronunciadas con un tono mordaz y desdeñoso, mediante el cual el boyardo, por lo visto, quería demostrar a la comuna su preeminencia respecto a ella. Al hablar no miraba a los comuneros, sino que manipulaba con el hacha entre los dedos, como admirando su filo y lomo, demostrando claramente su profundo deprecio a todo ese agolpamiento.

— Te hemos llamado a nuestro juzgado, boyardo, para oír tus palabras antes de juzgar de tus hechos. ¿Qué derechos tienes para ultrajar a la comuna y con qué fin lo haces?

— ¿Al juzgado de la comuna? — repitió Tugar Vovk fingiendo estupefacción y volviéndose hacia Zajar —. Soy servidor principesco y boyardo. Nadie tiene derecho a juzgarme, excepto el príncipe y los boyardos como yo.

— De quien eres servidor, hoyardo, no lo discutiremos, eso no nos interesa en absoluto. De tus derechos hablaremos más tarde. Ahora sólo ten la bondad de decirnos de dónde has venido a nuestra aldea.

— Del reino de Galich, ciudad principesca.

— ¿Quién te ha ordenado que vengas?

— El príncipe Danilo Románovich, amo mío y vuestro.

— ¡Habla de tí, y no de nosotros, boyardo! Nosotros somos gente libre y no conocemos a ningún amo. ¿Para qué ha ordenado tu amo que vengas a nuestra aldea?

Ante estas palabras de Zajar el rostro del boyardo se cubrió por la rabia de manchas purpúreas. Titubeó un instante reflexionando si seguir contestando o no a las preguntas, pero contuvo el inoportuno arrebato de cólera.

— Él me ordenó que fuera el guardián de sus tierras y súbditos, gobernador y jefe de la región de Tujla y, en recompensa a mi fiel servicio, para siempre hizo posesión mía y de mis descendientes las tierras tujoleñas. ¡He aquí su carta, su sello y su firma!

Diciendo estas palabras, con un presuntuoso movimiento de mano el boyardo extrajo de su ancho cinturón de cuero la carta del príncipe y la alzó, mostrándola a la comuna.

— Guarda tu carta, boyardo — dijo apacible Zajar —, no la sabremos leer y el sello de tu príncipe no es ley para nosotros. Mejor dinos ¿quién es ese príncipe tuyo?

— ¿Cómo? — objetó sorprendido el boyardo —. ¿No conocéis al príncipe Danilo?

— No, no conocemos a ningún príncipe.

— ¿Al dueño y señor de todas las tierras que se extienden desde el Sian hasta el Dniéper, desde los Cárpatos hasta la misma desembocadura del Bug?



— Nunca lo hemos visto y para nosotros no es ningún dueño ni señor. El pastor, dueño y señor del rebaño, lo protege del lobo, lo lleva al arroyo de agua fresca en el calor tórrido del mediodía, y al cálido, salvaguardado establo en las noches frías. ¿Hace lo mismo el príncipe con sus súbditos?

— El príncipe hace por ellos aún más — respondió el boyardo —. Él les dicta sabias leyes y les da jueces sabios, les envía fieles servidores para protegerlos del enemigo.

— Lo dicho por ti no coincide con la verdad, boyardo — advirtió severamente Zajar —. ¡Mira, el sol en el cielo ha cubierto su nítida faz para no oír tus falsas palabras! Nuestras sabias leyes provienen de nuestros abuelos y padres y no de tu príncipe. Hasta hoy no hemos visto a los sabios jueces principescos y vivíamos tranquilos, en paz y armonía, juzgando solos con el intelecto de la comuna. Desde tiempos remotos nuestros padres enseñaban que un individuo solo es necio y que el juicio comunal es justiciero. Nuestros padres han vivido sin gobernadores, y hasta hoy nosotros también y, como ves, nuestras casas no están saqueadas ni nuestros hijos fueron sometidos a la esclavitud por el enemigo.

— Así ha sido hasta hoy, pero en adelante no.

— Como será en adelante no lo sabemos ni nosotros, ni tú, boyardo. Y por último, dinos: ¿es un hombre justo tu príncipe?

— Todo el mundo conoce y admira su justicia.

— ¿Pues te ha enviado para que impongas en nuestras montañas la justicia?

El boyardo se turbó al oír esa simple pregunta, pero tras un instante de confusión dijo:

— Sí.

— Dinos tu opinión, boyardo: ¿puede un hombre justo ofender injustamente a sus súbditos?

El boyardo callaba.

— ¿Puede imponer en sus corazones la justicia con actos injustos y, ultrajándoles, ganarse su amor y respeto?

El boyardo callaba jugueteando con el filo de su hacha.

— Como quieras, boyardo — concluyó Zajar —. Tu boca calla, pero tu conciencia dice que eso no puede ser. Entretanto tu justiciero príncipe ha procedido así con nosotros, con nosotros, a quienes no vio ni conoce, de cuyo bienestar y felicidad no se preocupa, quienes no le han hecho nada malo, sino que, al contrario, anualmente le pagan caros tributos. ¿Cómo ha podido actuar así, boyardo?

Tugar Vovk echó una mirada irritada a Zajar y dijo:

— Tonterías son las que dices, viejo. El príncipe no puede ofender a nadie.

— Sin embargo nos ha ofendido con la carta de la que tanto alarde te das. Imagínate: ¿No te ofendería si yo, sin consentimiento tuyo, te sacara esa coraza y se la diera a mi hijo? Justamente así es como ha procedido tu príncipe con nosotros. Lo que para ti es la coraza, para nosotros es la tierra y los bosques. Desde tiempos remotos nos pertenecían y los cuidábamos como la niña de los ojos, mas de pronto aparecen tú y en nombre de tu príncipe dices: “¡Esto es mío! Mi príncipe me lo ha concedido por mis grandes méritos”. ¡Y expulsas a nuestros pastores, matas a nuestro guardabosques en nuestra propia tierra! Dinos: ¿podemos considerar a tu príncipe como hombre justo?

— ¡Estás equivocado, anciano! — dijo Tugar Vovk —. Todos nosotros somos propiedad del príncipe, con todo lo que nos pertenece, con el ganado y la tierra. Sólo el príncipe es libre, nosotros somos sus esclavos. Nuestra libertad reside en la benevolencia principesca. Él puede hacer con nosotros lo que desee.

Estas palabras aturdieron a Zajar Bérkut como un mazazo. Dejó caer su cabeza cana y guardó silencio largo rato, sin saber que decir. Reinó un silencio de muerte, sombrío. Por fin Zajar se levantó. Su rostro demostraba serenidad. Elevando sus manos hacia el sol dijo:

— ¡Sol sacrosanto! ¡Tú, astro benefactor y libre, no escuches las palabras abominables que se ha atrevido a pronun-

ciar este hombre ante tí! ¡No las escuches, olvídate que fueron pronunciadas en nuestras tierras, no profanadas hasta hoy de semejante manera ni en pensamientos! ¡No nos castigues por ellas! ¡Si en Gálich, alrededor del príncipe abunda gente así, bórrala de la faz de la tierra, pero castigándola, no destruyas junto con ella a todo nuestro pueblo!

Después, habiéndose tranquilizado, Zajar se sentó y volvió a dirigirse al boyardo.

— Hemos oído tu parecer, boyardo — dijo —. No lo repitas más ante nosotros, déjate para sí. Escucha lo que pensamos de tu príncipe. ¡Escucha y no te enojés! Tú ves y comprendes que no podemos ver en él un padre y tutor. El padre conoce a su hijo y sabe de sus necesidades y deseos, en cambio él no nos conoce ni quiere conocernos. El tutor cuida al tutelado del enemigo y de todo peligro, mas el príncipe no nos protege del mal tiempo, de la tormenta, del granizo, del oso, que son nuestros enemigos más crueles. Él afirma que nos guarda de la agresión de los guerreros húngaros. ¿Cómo nos guarda? Enviando a enemigos aún más feroces que los húngaros: a los insaciables boyardos con sus destacamentos. Los húngaros atacan, se llevan lo que pueden y se van; el boyardo, a su vez, si ataca, se establece aquí y no se satisface con ningún botín, esforzándose por esclavisarnos para toda la vida. No consideramos a tu príncipe como padre y tutor nuestro, sino como un castigo de Dios por nuestros pecados, de los cuales debemos liberarnos con tributos anuales. Cuanto menos sepamos de él y él de nosotros, tanto mejor para todos. Y si toda nuestra Rusia hoy pudiera liberarse de él y de todos sus druzhínnikes, seguramente que aún podría ser feliz y grande¹.

¹ La opinión expresada aquí por Zajar Bérkut con relación a los príncipes, sus sangrientas guerras intestinas y al nacimiento del feudalismo puede considerarse de típica para el campesinado de entonces. Hacemos presente que opiniones semejantes tuvieron resonancia incluso en nuestro analista en su relato sobre el cantor Mitús, a quien por sus discursos rebeldes y su indocilidad el príncipe Danilo ordenó capturar y ejecutar. Se comprende que al citar tales opiniones para caracterizar esos tiempos y personas no queremos menoscabar el peso y la personalidad de Danilo, quien entre todos los soberanos de las

Con un sentimiento extraño escuchaba Tugar Vovk la intervención apasionada del viejo orador. Aunque había sido educado en la corte principesca y corrompido por la desintegración y la infamia de los círculos palaciegos, en el fondo era un caballero, un guerrero, un hombre y debía experimentar por lo menos parte del sentimiento que emocionaba tanto a Zajar Bérkut. Además, él no era muy sincero al hablar del poder ilimitado del príncipe y, alegando al poder principesco sólo quería encubrir sus propias pretensiones de semejante poder. Por eso era muy natural que las palabras de Zajar Bérkut se le hubieran grabado con mucha más claridad de la que hubiera deseado. Por vez primera miró a Zajar con sincero asombro y sintió lástima por ese titán, cuya caída, como le parecía, ya estaba cerca y era irremediable.

— ¡Viejo, viejo, me da pena tu pelo canoso y tu corazón juvenil! Larga es la vida que has vivido en el mundo; tal vez sea demasiado larga. Tu corazón vive en el pasado, en los sueños impetuosos de la juventud y has dejado de comprender los tiempos nuevos, actuales, los conceptos y las necesidades de hoy. Lo existido hace mucho no debe existir en la actualidad y eternamente. Todo lo vivo envejece. Envejecieron también tus ideas juveniles de la libertad. ¡Difíciles son los tiempos que llegan, viejo! Ellos requieren con insistencia a un amo y señor único y poderoso en nuestras tierras, capaz de reunir en sus manos toda la fuerza de su pueblo para defenderlo del enemigo que nos presiona del oriente. Tú, viejo, ignoras todo eso y te parece que aún continúan los tiempos pasados.

— También aquí te equivocas, boyardo — dijo Zajar Bérkut —. No corresponde al viejo entregarse a sueños juveniles y no reparar en la actualidad. Pero mucho menos le corresponde ignorar lo bueno sólo porque sea viejo y aceptar lo malo por ser nuevo. Eso es hábito de jovenzuelos, mejor dicho,

tierras ruso-galichianas se distinguía como hombre singular, simpático y, teniendo en consideración su época, a su manera bastante humanitario y político dotado de capacidades. (Nota de I. Frankó).

de jovenzuelos mal educados. Me reprochas que yo no sepa, según dices, lo que está ocurriendo en derredor nuestro. Mientras tanto, hay que ver quien de nosotros lo sabe mejor y más circunstanciadamente. Me has hecho tener presente al terrible enemigo que nos amenaza desde el oriente, que el acercamiento de ese enemigo requiere la concentración de todas las fuerzas populares en manos de una sola persona. Ahora te voy a decir lo que sé de ese enemigo. ¿Es verdad, boyardo, que ayer llegó a ti un mensajero del príncipe y te informó acerca de una nueva invasión de los crueles mongoles a nuestro país, de que tras una prolongada resistencia ocuparon Kíev y lo destruyeron por completo y que ahora, como una nube horrenda, avanzan hacia nuestras tierras de Rusia Roja? Nosotros, boyardo, ya lo sabíamos la semana pasada, estábamos enterados del mensajero del príncipe enviado a nuestra región y de sus nuevas. El mensajero principesco llegó un poco tarde, los nuestros son mucho más rápidos. Los mongoles ya hace mucho que colmaron nuestra Rusia Roja, devastaron muchas ciudades y aldeas y se dividieron en dos grupos. Uno va hacia el occidente, por lo visto a Sandomir, a las regiones polacas; el otro sube por los valles del Striy y va en dirección a nosotros. No estabas al tanto de esto, ¿verdad, boyardo?

Tugar Vovk miraba pasmado, casi con miedo, al viejo Zajar.

— ¿De dónde lo sabes, viejo? — inquirió.

— Te lo diré para que sepas cuán grande es la fuerza de las comunas en su unión voluntaria. Nosotros mantenemos comunicación con todas las comunas que habitan al pie del monte; ellas están obligadas a comunicarnos de la forma más rápida, al igual que nosotros a ellas, todas las novedades importantes para la vida comunal. Esas comunas, a su vez, tienen relaciones con otras más lejanas: con las de Pokut y Podilia, por lo tanto, de todo lo que sea de nuestra importancia, de todo lo que acontezca en nuestra Rusia Roja se informa de una comuna a otra con la rapidez de un relámpago.

— ¿Qué os dan esas noticias si no podéis ayudaros? — rebatió altanero el boyardo.

— Tienes razón, boyardo — respondió tristemente Zajar —. Las comunas de Podilia y Pokut no están en condiciones de ayudarse, ya que están debilitadas por culpa de los príncipes y boyardos, quienes no les permiten poseer armas ni aprender el arte de manejarlas. ¡Tú mismo ves, boyardo, lo que significa reunir las fuerzas del pueblo en las manos de uno! Para reunir en unas mismas manos todas las fuerzas del pueblo hay que debilitar esas fuerzas. Para concederle a una persona gran poder en el pueblo hay que usurpar la libertad de cada comuna, romper las relaciones comunales, desarmar a cada comuna. Entonces para cada mongol se abrirán las puertas de nuestro país. ¡Mira lo que está ocurriendo en nuestra Rusia! ¡Tu soberano, tu poderoso príncipe Danilo desapareció no se sabe dónde sin dejar rastros! Mientras los mongoles devastan sus tierras, él, en lugar de dirigirse al pueblo, de devolverle la libertad y de convertirlo en obstáculo vivo e invencible contra la invasión mongola huye a Hungría para rogarle ayuda al rey de ese país. Pero los húngaros no se dan prisa en ayudarnos, aunque a ellos les amenaza la misma invasión. Ahora tu Danilo desapareció en alguna parte y, quien sabe, tal vez pronto lo vean en el campamento del kan mongol en calidad de su fiel vasallo para comprarse el poder sobre los más débiles al precio del yugo y la humillación.

El boyardo escuchaba esas palabras reflexionando: ¿qué hacer?, ¿cómo aprovecharse de ese tiempo?

— ¿Pues dices que la invasión mongola también amenaza a estas montañas?

Al oír la pregunta Zajar sonrió con aire significativo.

— Amenaza, boyardo.

— ¿Y qué pensáis hacer? ¿Rendiros o defenderos?

— No se puede rendir, ya que todo el que se rinde es incorporado a su ejército y va a parar a sus primeras filas, a los combates más encarnizados.

— ¿Pues queréis defenderos?

— Trataremos de hacer todo lo que esté a nuestro alcance.

— Si es así, aceptadme de voevoda¹. ¡Yo os llevaré a combatir contra los mongoles!

— Espera, boyardo, no ha llegado la hora de elegir al voevoda. Aún no has rendido cuenta de tus actos a nuestra comuna. Valoramos tu sincero deseo de servir a nuestra comuna, pero nuestros padres decían que para cosas límpidas se necesitan manos límpidas. ¿Estarán limpias tus manos para ello, boyardo?

Tugar Vovk se sintió algo turbado por la cariz que tomaba el asunto, pero seguidamente dijo:

— ¡Anciano, comuna, olvidemos las disputas pasadas! El enemigo se acerca. ¡Unamos contra él nuestras fuerzas! Lo único que conseguiréis aclarando las incomprensiones es perjudicar la causa, sin proporcionaros provecho alguno.

— ¡No, boyardo, no digas eso! No estamos aclarando las incomprensiones, sino que buscando la verdad. No te acompañaba la verdad al venir, boyardo, deshonrados eran tus actos para con nosotros, pues ¿cómo podemos confiarte el mando en la guerra contra los mongoles?

— Veo que tienes deseos de irritarme, viejo.

— ¡Ten en cuenta que éste es el juzgado de la comuna, boyardo, y no un entretenimiento! Dime: ¿estabas dispuesto a asociarte a la comuna al establecerte en las tierras tujoleñas o no?

— Yo he venido enviado por el príncipe en calidad de gobernador.

— Ya te hemos dicho que no reconocemos tus derechos para con nosotros y en especial tus derechos a la tierra. No toques nuestras tierras ni a nuestra gente, boyardo, entonces, tal vez, te aceptaremos en nuestra comuna como a un igual entre iguales.

¹ Voevoda: Jefe de ejército en la Rusia antigua.

— ¿Cómo? — exclamó irritado Tugar Vovk —. ¡Así es vuestra justicia! ¿Que yo menosprecie la benevolencia del príncipe y busque la benevolencia de los plebeyos?

— Como quieras, boyardo, de lo contrario no podrás ser miembro de nuestra comuna; y al que no sea miembro, la comuna no querrá soportarlo en su territorio.

— ¿No querrá soportarlo? — gritó con aire burlón Tugar Vovk.

— Nuestros padres nos dijeron: el miembro de la comuna malo e innecesario, el bandido, cuatrero o extraño que esté contra la voluntad de la comuna y usurpe sus tierras debe ser expulsado con su familia del territorio de la comuna y su casa debe ser demolida y arrasada.

— ¡Ja, ja, ja! — rio el boyardo con una risa poco natural —. ¿Has osado compararme a mí, boyardo, gratificado con la benevolencia del príncipe por mis méritos, con bandidos y cuatrerros?

— Bien, boyardo, dinos a conciencia, ¿acaso no procedes con nosotros como un bandolero? Te apoderas de nuestras tierras, de nuestra riqueza principal y única. ¡Expulsas y matas a nuestra gente, disparas contra nuestro ganado! ¿Procede así la gente honrada?

— No hables así, viejo, no puedo oír esas palabras que ofenden mi dignidad.

— Aguarda, boyardo, no he terminado aún — dijo Zajar con tranquilidad —. Has mencionado tu dignidad y a cada rato hablas de tus grandes méritos. Ten la bondad de decirnos qué méritos son para que podamos estimarlos nosotros también.

— ¡En veinte combates he derramado mi sangre!

— Derramar la sangre no es un mérito. Más de una vez el bandolero también derrama su sangre, pero a él por eso lo cuelgan. Dinon, ¿contra quién y por quién has guerreado?

— Contra el príncipe de Kíev, contra los príncipes volinianos, polacos, mazovshianos...

— ¡Basta, boyardo! Esas guerras son una deshonra para ti y para tus príncipes, y no un mérito. ¡Esas son guerras netamente bandidescas!

— He luchado contra los mongoles en Calca.

— ¿Y cómo has luchado contra ellos?

— ¿Qué quieres decir con eso? Luché como debía hacerlo, sin retroceder un paso, hasta que herido fui hecho prisionero.

— Has dicho bien, pero no sabemos si eso es verdad.

— Si lo ignoráis, no os metáis en lo que no sabéis.

— Espera, boyardo, no te rías de nuestra ignorancia. Trataremos de saberlo.

Diciendo estas palabras Zajar se puso de pie y, dirigiéndose a los reunidos, dijo:

— Honorable comuna, ¿habéis oído el reconocimiento del boyardo Tugar Vovk?

— Lo hemos oído.

— ¿Quién puede testimoniar en pro o en contra de él?

— ¡Yo! — se oyó una voz en la multitud.

Al oír esa voz el boyardo se estremeció, como herido por una flecha y por vez primera miró atentamente, con cierta alarma, a la reunión.

— El que pueda testimoniar que salga al frente y lo haga — dijo Zajar.

De la multitud salió un hombre no viejo aún, inválido: sin la mano izquierda y la pierna derecha. Su rostro estaba cubierto de profundas cicatrices. Era Mithkó, el Guerrero, como le llamaban en la comuna. Varios años atrás había llegado cojeando, con una pata de palo, y comunicando noticias horribles de los mongoles, del combate de Calca, de la derrota de los príncipes rusos, de la muerte de los que habían caído prisioneros y durante el almuerzo de los jefes del ejército mongol se asfixiaron bajo las tablas donde se habían sentado a banquetear los mongoles. Mithkó también había participado en ese combate, en la druzhina de cierto boyardo que cayera prisionero junto con él y del que se fugó por milagro. Mucho tiempo erró por las aldeas y ciudades

de la santa Rusia, hasta que por fin cayó a Tujla. Allí le agradó y, como con su única mano sabía hacer cestas con gran habilidad y sabía muchísimas canciones y relatos sobre países lejanos, la comuna lo aceptó en su familia; los miembros de la comuna lo alimentaban y enropaban por turno, queriéndole y respetándole por las heridas producidas en la guerra contra el agresor y por su carácter honesto y alegre. Así era el Mithkó que había salido a testimoniar contra el boyardo.

— Dinos Mithkó Guerrero — empezó Zajar —, ¿conoces a este boyardo, contra el cual quieres testimoniar?

— Le conozco — respondió resueltamente Mithkó —. Yo he servido en su druzhina y participado en el combate de Calca.

— ¿Qué testimonias contra él? .

— ¡Calla, esclavo infame! — gritó palideciendo el boyardo —. ¡Calla o aquí acabará tu deplorable vida!

— Boyardo, ahora no soy tu esclavo, soy un hombre libre y sólo mi comuna tiene derecho a ordenarme que calle. Hasta hoy he callado, pero ahora me mandan hablar. ¡Honorable comuna! Mi testimonio contra el boyardo Tugar Vovk es extenso y terrible: él es un trai...

— ¡Has callado hasta hoy, pues sigue callando! — gritó el boyardo; brilló el hacha y Mithkó Guerrero, con la cabeza partida y desangrándose, cayó a tierra.

La multitud lanzó ayes y se levantó bruscamente. Se promovió un griterío endemoniado.

— ¡Darle muerte! ¡Muerte! ¡Ha ultrajado la santidad del juzgado! ¡En la reunión ha matado a un hombre nuestro!

— Plebeyos despreciables! — gritó el boyardo —. ¡No os temo! Lo mismo pasará con el que se atreva a tocarme de manos o con palabras. ¡Ea, mis fieles siervos, venid aquí, hacia mí!

Los empalidecidos y temblorosos arqueros y hacheros rodearon al boyardo. Amenazante, rojo de rabia, se hallaba entre ellos empuñando el hacha ensangrentada. A una señal de Zajar la comuna calló.

— Boyardo — dijo Zajar —, tu culpa ante Dios y la comuna es mortal. En el juzgado has dado muerte a un testigo, miembro de nuestra comuna. No nos hemos enterado ni queremos saber cómo quería testimoniar contra ti, que tu propia conciencia te juzgue. Pero con este asesinato has reconocido tu crimen y cometido uno nuevo. La comuna no te puede tolerar más en sus tierras. ¡Vete de nosotros! Dentro de tres días nuestra gente irá a destruir tu casa y borrar todo rastro de tu estadía aquí.

— ¡Que vaya! — gritó enfurecido el boyardo —. ¡Ya veremos quién borra el rastro de quién! ¡Me importa un comino vuestro juzgado! ¡Me alegraré de ver a quien intente acercarse a mi casa! ¡Ea, mis siervos! ¡Vámonos de este inmundo agolpamiento!

El boyardo se alejó con sus servidores. El silencio fue duradero. Los jóvenes se llevaron el cuerpo ensangrentado de Mithkó Guerrero.

— Honorable comuna — dijo Zajar —, ¿estáis de acuerdo en proceder con el boyardo Tugar Vovk como lo encomendaran hacerlo nuestros padres con gente como él?

— ¡Sí, sí! — resonó en la reunión.

— ¿A quién elegís para que cumpla la voluntad de la comuna?

Fueron elegidos diez mocetones, entre los cuales figuraba Maxim Bérkut. A Maxim le fue difícil aceptar esa misión. A pesar del odio que sentía por el boyardo, éste era el padre de la que, como por hechicería, se había apoderado de su corazón y sus pensamientos, por la cual estaba dispuesto a morir. Mas ahora — ¡oh desdicha! — ella también, sin ser culpable, estaba condenada por el crimen de su padre. No obstante, Maxim no rehusaba a que fuera elegido. Por muy penoso que le sería cumplir con la sentencia del juzgado comunal, en el fondo se alegraba, ya que gracias a eso podría ver a su amada. ¡Tal vez hasta era posible que consiguiera ayudarle en algo, ablandar, aunque fuera con su atención, el severo fallo de la comuna!...

Mientras tanto el consejo comunal continuaba. Habían sido llamados representantes de otras comunas para debatir en conjunto la forma de defenderse de la invasión mongola.

— Estamos devastados — decía el enviado de las comunas del valle —. Nuestras aldeas fueron incendiadas, el ganado saqueado, la juventud matada. Los incendios y las destrucciones se extendieron por doquier hasta la parte inferior de las montañas, a Pidguiria. El príncipe no nos ha suministrado defensa alguna y los boyardos que nos oprimían en tiempos de paz, cuando necesitábamos ayuda, nos traicionaron.

Los enviados de Korchín y Tustán decían:

— Nos amenaza el peligro de invasión. Más abajo de Sinevídkiv, en la llanura, ya se divisan las tiendas blancas de los mongoles. Se acerca su fuerza incontable y nosotros ni siquiera podemos intentar luchar y resistirnos y nos retiramos a los bosques y montes, llevándonos todo lo que podemos. Nuestros boyardos habían comenzado a construir talas en el camino, pero con mucha lentitud. El pueblo cuchichea que quieren vender los caminos a los mongoles.

Los enviados de otras comunas montañosas decían:

— Nuestras cosechas son malas y ha venido mucha gente de los valles. Las pasaremos duro hasta la próxima cosecha. ¡Sacadnos del apuro con nuestros huéspedes, ayudadnos a sobrevivir este funesto período!

Los enviados de las comunas húngaro-rusas dijeron:

— Hemos oído decir que el vendaval mongol va hacia Hungría. ¡Por nuestro Dios y los dioses de nuestros padres os rogamos, vecinos y hermanos, que detengáis ese horrible vendaval, no permitáis que caiga sobre nuestras tierras! Vuestras aldeas son fortalezas; cada roca vuestra, todas vuestras espesuras valen miles de soldados. En cuanto ellos atravesasen las montañas ya nadie ni nada podrá detenerlos y nuestras muertes serán vanas. ¡Estamos dispuestos a prestaros la ayuda que necesitéis, ya sea con pan o con gente, pero no os deis a merced, no perdáis las esperanzas, entablad la lucha con el ruin invasor!

En respuesta Zajar Bérkut dijo:

— ¡Honorable comuna y representantes de nuestros vecinos! Todos hemos oído del terrible vendaval que se aproxima. Fuerzas combativas lucharon contra los mongoles y perecieron. Su fuerza es incalculable y la administración desafortunada de nuestros valles les ha permitido penetrar en el corazón mismo de nuestro país, al umbral de nuestra casa. Los príncipes y boyardos del miedo han perdido la cabeza o traicionan a su patria a ojos vistas de todos. ¿Qué hacer? ¿Cómo defendernos? Yo creo que no debemos abandonar los lindes de nuestra región tujoleña. Con vuestra ayuda, honorables comuneros vallistas, pienso que podremos defender nuestro camino. Pero no estamos en condiciones de defender otras vías. Eso será cosa vuestra, buenos comuneros de Tustán, y si logramos nuestro cometido, gustosos acudiremos en vuestra ayuda.

Los enviados de Tustán respondieron:

— Sabemos, padre Zajar, que os es imposible ir a defendernos y que a esta hora difícil ante todo es menester que cada uno se sepa defender a sí mismo. Mas recordad que nuestras comunas no son tan bienaventuradas como la vuestra, que los boyardos se han apoderado de nosotros y han puesto guardias en los vedados y pasos. Y si se los quieren entregar a los mongoles, ¿qué podemos hacer? La única esperanza de salvarnos que tenemos reside en lo siguiente: si los mongoles no van por vuestro camino, vosotros, después de poner patrullas en él, podréis venir en ayuda nuestra.

— ¡Ah, comuneros, comuneros! — con pena y reproche dijo Zajar — ¡A lo que parece poseáis fortaleza en las manos y razón en las mentes propias para los adultos, no obstante, habláis como niños! Creéis en un “puede ser” y en un “quién sabe”. Podéis estar completamente seguros de que si no nos ha de amenazar ningún peligro toda nuestra comuna acudirá en vuestra ayuda. Pero ante todo vosotros mismos deberíais resguardaros de vuestros propios enemigos, de los boyardos. Mientras ellos mantengan en sus manos los vedados y pasos,

ni respirar podréis con tranquilidad. A cada instante esa cría de astutos puede venderos. ¡Es hora de dejar de dormitar, de tocar a rebato y de despojarse de las cadenas con que os ha subyugado la codicia de los boyardos y el despotismo de los príncipes! Hasta que no se haga eso no podremos ayudaros.

Al oír esas palabras de Zajar los enviados de Tustán inclinaron tristes sus cabezas.

— Ay, ay, padre Zajar — dijeron —, conoces perfectamente a nuestros comuneros, pero hablas como si no los conocieras en absoluto. Su antigua osadía se ha quebrado y pisoteado su voluntad. Te agradecemos por el consejo, se lo transmitiremos a nuestras comunas, pero ¿lo habrán de seguir?... ¡Oh, si estuvieras tú entre ellos y tú mismo se lo dijeras!

— ¿Será posible, honorables vecinos, que mi palabra signifique más para vuestros comuneros que sus propias necesidades, que su propia razón? ¡No! ¡Si así fuera, mi palabra tampoco os ayudaría, las comunas desaparecerían, desaparecería nuestra Rusia!

El sol ya había pasado mucho más allá del cénit cuando después de la reunión los tujoleños regresaban a la aldea. Sin alegres canciones ni exclamaciones, triste y lentamente iban ancianos y jóvenes ensimismados en pensamientos pesarosos. ¿Qué les traería el día de mañana?

Los delegados de otras comunas se fueron a sus aldeas animados, de buen talante. Sólo la bandera de la comuna, símbolo de la fuerza y la amistad comunal flameaba alegremente en lo alto y el azul transparente del cielo primaveral brillando parecía no advertir la tristeza y la alarma general.

IV

Como las aguas de un río se dispersaron por Rusia los incendios, las destrucciones y la muerte. La terrible horda mongola de la lejana Asia cayó sobre nuestro país para cortar a la raíz misma su fuerza y destruir la vida del pueblo por

muchos siglos. Las ciudades principales: Kíev, Kánev y Pe-reyáslav cayeron y fueron completamente devastadas; siguieron a ellas miles de aldeas y ciudades más pequeñas. El temible jefe militar mongol Batú-kan, a quien llamaban Batiy, encabezaba una horda de cien mil hombres y llevaba delante suyo una cantidad cuatro veces mayor de diversos cautivos que tenían que pelear por él en las primeras filas; iba por la tierra rusa dispersando por doquier sus destacamentos y pisando sangre hasta las rodillas. Ni que hablar había de cualquier resistencia a campo abierto, más que Rusia estaba desunida y desgarrada en pedazos por las guerras intestinas de los príncipes. En algunas partes los habitantes de las ciudades oponían resistencia, refugiándose tras las paredes urbanas y los mongoles, no acostumbrados a sitiar como era debido, repetidas veces se veían obligados a perder mucho tiempo destruyendo paredes y portones con hachas. Sin embargo esas frágiles fortalezas caían con mayor frecuencia a causa de la traición y el soborno que por la fuerza. El fin de la campaña de la horrible horda era Hungría, rico país habitado por una tribu de la misma sangre que los mongoles y de la cual el soberano mongol Chinguis-kan exigía resignación. Los húngaros no querían resignarse y la temible campaña de la horda mongola debía demostrarles cómo se vengaba el gran Chinguis-kan. De acuerdo con el plan de Batiy la horda había decidido invadir a Hungría por tres direcciones simultáneamente: del este irían a las tierras de Semigorodsk; por el oeste, desde las tierras de Moravia y del norte, por los Cárpatos. Con este fin la horda se dividió en tres partes: una de ellas, bajo el mando de Kaydán, fue por las estepas de Besarabia hacia Voloschiná; otra, bajo el mando de Peta, se separó de la horda principal en Volín y por la Rusia Roja, sin rodeos a través de Plisnesko, se puso en camino hacia el curso superior del río Dnestr para vadearlo y luego se dispersó por Pidguiria, buscando desfiladeros a través de los Cárpatos. Los habitantes del lugar hechos prisioneros y algunos boyardos traidores condujeron a los mongoles por las orillas

del Striy al camino de Tujla y, según habían comunicado los enviados de Korchín, ya se divisaban las tiendas blancas de los mongoles en el valle de más abajo de Sinevídkiv.

Anochecía. Densas sombras cubrieron a Pidguiria. Sobre las montañas boscosas de Tujla se arremolinó la neblina como el humo de infinidad de volcanes antes de la erupción. El Striy rodaba estruendoso por las piedras, haciéndose espuma en los bruscos meandros. En el cielo se encendían las estrellas. En la tierra, en la vasta llanura del Striy, también comenzaron a brillar ciertas lumbreras muy diseminadas al principio, como si se intimidaran, haciéndose luego más tupidas y brillantes, hasta cubrir toda la llanura y temblaquear con un destello sanguíneo. Ese resplandor en el valle trepidaba como las aguas del mar agitado por un leve viento: ora inflamándose vivamente, ora disipándose en el ennegrecimiento del campo abierto. Eran las hogueras nocturnas que ardían en el campamento de los mongoles.

Más allá, a lo lejos, donde terminaba ese mar centellante, ardían otras lumbreras horribles, enormes, despidiendo un inmenso resplandor: ardían las aldeas circundantes, rodeando con una franja de fuego el campamento mongol. Allí los destacamentos mongoles desencadenaban su furia saqueando, martirizando, cautivando a la gente y arruinando completamente todo lo que no se podían llevar.

Por un estrecho sendero en lo alto de los montes de Sinevídkiv a prima noche iban dos jinetes montados en pequeños y fuertes caballos montañeses. Uno de los jinetes, un hombre ya entrado en años, vestía un ropaje caballeresco, estaba armado con una espada y un segur, llevaba un yelmo en la cabeza y una jabalina sujeta en la montura. De debajo del yelmo caía sobre sus hombros una larga y espesa cabellera encanecida. Ni el tupido crepúsculo tendido en las montañas como una nube que se levanta en enormes bocanadas de los precipicios y bosques a alturas cada vez mayores podía ocultar en su rostro una expresión de gran disconformidad, ira y una terquedad ciega que se expresaban a cada

minuto en una risa amarga y mordaz o en una lúgubre melancolía. Parecía que un algo hacía estremecer sus articulaciones con inesperados movimientos convulsivos, muy sensibles para su buen caballo.

El otro jinete era una bella joven vestida en ropa de lienzo con entretejidos de seda, en la cabeza llevaba un pequeño gorro de castor, bajo el cual no cabían sus espléndidos y suntuosos cabellos de un amarillo dorado. De su espalda colgaba un arco de cuerno de uro y un carcaj con flechas. La mirada de sus impetuosos ojos negros se iba posando como una golondrina de un objeto a otro, admirando el contorno ondulado de las pendientes y el jugoso verde oscuro de los bosques y pasturajes.

— ¡Qué región tan maravillosa, papá! — exclamó con argentina voz sonora cuando sus caballos se detuvieron por un instante en la abrupta pendiente que superaban con dificultad, apresurándose para llegar a destino antes de que oscureciera por completo —. ¡Qué región admirablemente maravillosa! — repitió en voz más baja mirando hacia atrás y perforando con la vista los barrancos impenetrablemente oscuros.

— ¡Pero qué gente ruin vive en esta región! — recriminó irritado el jinete.

— ¡No, padre, no hables así! — respondió enérgica, pero al instante se turbó y en voz muy baja añadió: — No sé, pero el pueblo de aquí me ha gustado...

— ¡Oh, ya sé que te ha gustado! — exclamó con aire de reproche el jinete —. Mejor dicho te ha gustado sólo uno de este pueblo: ¡el maldito Bérkut! ¡Oh, yo sé que estás dispuesta a abandonar a tu padre por él, que por él has dejado de amar a tu padre! Pero qué hacer, así es la naturaleza femenina. Lo único que te diré, hija, es que no creas en ese brillo aparente. ¡No creas en la serpiente, aunque su escamado tornasole con matices coralinos!

— ¡Pero, papá, qué ideas cruzan por tu mente! ¡Cuánta crueldad me echas en cara! Te he confesado que amo a Maxim y he jurado ante el sol que seré suya. Pero todavía no

soy de él, sino tuya. ¡ Y aunque yo le pertenezca, papá, nunca dejaré de quererte!

— ¡Tonta muchacha, nunca has de pertenecerle y ni que hablar de eso! ¿Te has olvidado acaso que eres hija de boyardo y él es un plebeyo, un pastor?...

— ¡No, papá, no digas eso! ¡Él es tan caballero como los demás, no, es mejor, más valiente y honrado que todos los hijitos de boyardos que he visto hasta ahora! ¡Es inútil que intentes disuadirme, papá, yo he jurado!

— ¿Qué vale el juramento de una joven torpe ciega de pasión?

— ¡No, papá, no soy torpe ni estoy encegueda! No lo he hecho en un arrebato de loca pasión, sin vacilar ni reflexionar. ¡Ni aun sin la voluntad suprema, papá!

Las últimas palabras las pronunció en voz muy baja, con cierto misterio en la voz.

El boyardo se volvió mirándola con curiosidad.

— ¿Qué novedades son éstas? ¿Qué voluntad suprema ha podido incitarte a que hagas semejante insensatez?

— Escucha, papá — dijo la joven volviéndosele y aminorando el paso del caballo —. La noche anterior a la caza de osos vi a mi madre. Ella era tal, cual me la habías descrito: vestida de blanco, con el cabello suelto y un rostro sonrosado, lúcido como el sol, con una alegre sonrisa en los labios y un amor infinito en su mirada cristalina. Se acercó a mí con los brazos abiertos y me abrazó, oprimiéndome con fuerza contra su pecho.

“¡Mamá!”, fue lo único que pude decir de la alegría y la dicha que se habían apoderado de todo mi ser.

“Miroslava, mi única hija — decía con esa voz dulce y cariñosa que hasta ahora hace eco en mi corazón —, oye lo que te he de decir. ¡Está llegando un gran momento para ti, hijita! Despertará y hablará tu corazón. ¡Escucha a tu corazón, hija, y obedece a su voz!”

“¡Bien, mamá”, le dije estremeciéndome de no sé que alegría indecible.

“¡Bendigo tu corazón!”, dijo y se disipó como un ligero viento perfumado. Yo me desperté. Mi corazón habló de veras, papá, y yo acudí a su llamada. ¡Tengo la bendición de mi madre!

— ¡Pero eso no ha sido más que en sueño, necia muchachita! ¡Has soñado lo que pensabas de día! Aunque... — añadió el boyardo después de un breve silencio — ¡aunque ya nunca volverás a verlo!

— ¿No volveré a verlo? — exclamó Miroslava —. ¿Por qué? ¿Ha muerto acaso?

— No volverías a verle aunque viviese cien años más, porque... ¡porque jamás regresaremos a estos malditos lugares!

— ¿No regresaremos? ¿Por qué?

— Porque — dijo el boyardo con una tranquilidad fingida —, ésa, tu gente buena, y ante todo ese viejo demonio del padre de tu querido Maxim, han decidido en su consejo expulsarnos de su aldea, destruir y arrasar con nuestra casa. ¡Mas esperad, casta de viles, ya veréis con quién las os habéis tomado! ¡Tugar Vovk no es un lobo tujoleño, pero él sabrá mostrarle los dientes incluso a los osos de ese lugar!

Estas palabras retumbaron dolorosamente en el corazón de Miroslava.

— ¿Nos han expulsado, papá? ¿Por qué nos han expulsado? ¿Seguramente por aquel guardabosques, a quien has ordenado castigar tan despiadadamente, aunque yo te rogaba que le pusieras en libertad?

— ¡Cómo lo comprendes todo a tu manera! — la interrumpió enfadado Tugar, pero le dolió el reproche de su hija — ¡Oh, yo sé que de haber estado tú en ese consejo, también irías con él en contra de tu padre! ¡Qué hacer, tu padre es viejo, insociable, no sabe centellar con los ojos ni suspirar, y tú no quieres que en la vida te acompañe un hombre así! ¡Y te importa acaso que tu padre haya encanecido tan temprano tratando de asegurarte la felicidad, mientras que aquél, tu nuevo y más querido amigo, el más joven, tal vez en estos

momentos con otros tujoleños esté destruyendo nuestra casa, nuestro último y único refugio en el mundo!

Miroslava no pudo soportar esos hirientes reproches y las lágrimas saltaron de sus ojos.

— ¡No, tú, tú eres quien no me quiere! — dijo deshaciéndose en lágrimas — ¡No sé porqué me ha rechazado tu corazón! ¡Yo no he dado motivo alguno! ¡Tú mismo me has enseñado y encomendado a vivir honradamente y a decir siempre la verdad! ¿Será posible que la verdad te inspire ahora tanta repugnancia?

Yendo por una estrecha senda entre altas hayas que con sus cimas encubrían completamente el cielo, ya iban alcanzando la cumbre de la montaña. Los caballos, a quienes se les proporcionara la posibilidad de buscar por sí solos el camino en la oscuridad, resoplando, subían lentamente por la suave pendiente de piedra.

— ¿A dónde vamos si nos han expulsado de Tujla? — preguntó inesperadamente Miroslava secándose las lágrimas con la manga y levantando la cabeza.

— A donde nos lleve el viento — respondió el padre.

— Pero si tú has dicho que vamos a visitar a un boyardo.

— Le he cogido repugnancia a la verdad, he mentido.

— ¿Pues a dónde vamos?

— A donde quieras. A mí me da lo mismo. ¿Tal vez a Galicia, a los dominios del príncipe que tengo hartos y que se alegró al desembarazarse de mí? ¡Oh, pájaro astuto que es ese príncipe! ¡Él es muy hábil para aprovecharse de la fuerza del hombre, de sacarle astilla para después dejarlo a un lado! ¡Cómo se alegró cuando le pedí que me regalara las tierras en Tujla! “¡Lárgate — me dijo —, con tal de no verte aquí! ¡Lárgate y pelea con esos plebeyos por miserables linderos, pero por aquí no regreses!” Bueno ¿y qué? ¿Vamos a ver al príncipe para quejarnos de los tujoleños, pedir que nos preste ayuda contra ellos?...

— ¡No, papá! — dijo Miroslava —. La ayuda del príncipe no mitigará el infortunio, sino que empeorará la cosa.

— Ya lo ves — dijo el boyardo sin prestar gran atención a las últimas palabras de su hija —. ¿O regresamos a Tujla, a esos malditos lacayos, a ese demonio de Bérkut y les pedimos clemencia, nos sometemos a su juzgado, renunciemos al título de boyardo y les rogamos que nos reciban a su comuna, viviremos como viven ellos, con las ovejas, entre la avena y el estiércol?

Con cada palabra suya Miroslava se enderezaba voluntariamente, su rostro iba cobrando lucidez.

— ¿Tú crees, papá, que nos recibirían? — preguntó con animación.

— ¿Quién sabe? — contestó con aspereza el boyardo —. Si lo permiten sus viles grandezas y su supergrandeza Zajar Bérkut.

— ¿Y si hacemos la prueba, papá? Los tujoleños detestan la mentira. Sí, ellos nos han juzgado, pero tal vez tengan razón a su manera. ¿O quizás... quizás tú, papá, con algo... con algún acto cruel hayas provocado esa reacción? Si el trato con ellos es humano, amistoso...

— ¡Oh, Dios mío! ¿Qué es eso? — exclamó de improviso Miroslava interrumpiendo sus reflexiones. Ellos alcanzaron la cima de la montaña y ante sus ojos, como por encanto, se extendió el vasto valle del Striy inundado con un mar de incendios y hogueras. Resplandores sangrientos iluminaban el cielo. Como del fondo del infierno llegaban del valle voces extrañas, el relincho de los caballos, el ruido de las armas, las exclamaciones de los centinelas, la algarabía de la gente negruna sentada junto a las hogueras; desde muy lejos se dejaban oír los gemidos desgarradores de ancianos, mujeres y niños torturados y de hombres conducidos al cautiverio, el bramido del ganado y el crujido de las casas que, carbonizadas, se derrumbaban levantando enormes fuentes de chispas que se remontaban al cielo, como enjambres de mosquitos de oro. En el sangriento resplandor del fuego, allí, en el valle a orillas del río, se veían hileras infinitamente largas de

tiendas cuadradas, separadas entre sí por vastos espacios. La gente, como hormigas, iba y venía de una tienda a otra, se agolpaba junto a las hogueras. Miroslava quedó estupefacta al ver ese cuadro, no pudiendo quitarle los ojos de encima. Hasta el viejo y sombrío boyardo quedó pasmado al observar ese horrible y sangriento mar, al aspirar el olor a humo amargo y a sangre, al escuchar el confundido rumor de lamentaciones, gemidos y alegres gritos victoriosos. Hasta los caballos de nuestros jinetes temblaron de cuerpo entero, echaron hacia atrás las orejas y resoplaron, como temiendo continuar la marcha.

— Por todos los santos, papá, ¿qué es esto? — exclamó Miroslava.

— Son nuestros aliados — dijo con aire hosco Tugar Vovk.

— ¡Ah! ¡Por cierto que serán los mongoles, de cuya llegada hablaba el pueblo con tanta alarma!

— ¡Sí, son ellos!

— ¿Los devastadores de las tierras rusas?

— Nuestros aliados están en contra de esos malditos plebeyos y de sus comunas.

— ¡Padre, esa es nuestra perdición! Si desaparecen los siervos ¿quién dará de comer a los boyardos?

— No temas, aún no ha nacido la tormenta ¡que pueda arrancar de raíz esa infame simiente!

— ¡Pero, papá, si los mongoles no respetan las jatas, ni las fincas de boyardos, ni los palacios principescos! Tú mismo has contado más de una vez cómo aplastaron a los príncipes bajo las tablas.

— ¡Y han hecho bien! ¡Deja que aplasten a esos cuervos astutos! Pero no han aplastado a un solo boyardo. Te lo vuelvo a repetir: ¡Ellos son nuestros aliados!

— ¿Será posible, papá, que quieras aliarte con esos salvajes bañados en la sangre de nuestro pueblo?

— ¿Qué importa quiénes y cómo son? No tenemos otra salida. ¡Qué sean los espíritus más malvados, con tal que me ayuden!

Mirolava miraba a su padre pálida y asustada. El fulgor sangriento del fuego que alumbraba los alrededores hacía su rostro temeroso, salvaje y jugueteaba en su yelmo, como si enroscara su cabeza con una corona de sangre. Ambos se apearon y se miraron parados en la aguda cresta de la montaña.

— ¡Qué miedo das, padre! — susurró Mirolava —. ¡Ni te reconozco!

— ¡Habla sin temor, habla, hijita! — dijo el padre con una bruta sonrisa —. ¡Yo sé lo qué querías decir! ¡Tú querías decir: no puedo seguir contigo, vendepatria, y he de regresar a mi amado, a mi fiel Bérkut! ¡Dilo, dilo directamente y déjame! ¡Yo iré a donde me lleva el destino y hasta la hora final cuidaré de tu bienestar!

La voz mordaz con que había comenzado el boyardo al final se hizo tan suave, temblorosa y emocionante que Mirolava estalló en fuertes sollozos y, derramando las lágrimas, se echó al cuello de su padre.

— ¡Oh, papá! — dijo sollozando —. ¡Me desgarras el corazón! ¿Cuál es mi gran culpa ante ti? ¡Yo sé que tú me quieres! ¡Yo... yo nunca te abandonaré! ¡Seré tu sirvienta, tu esclava hasta el último suspiro, pero no vayas allá, no sometas tu buen nombre a una eterna deshonra!

Llorando cayó de rodillas a los pies de su padre, abrazó sus rodillas, bañó de lágrimas sus manos. Los viejos ojos de Tugar Vovk no pudieron contener las lágrimas. Puso de pie a Mirolava y la apretó con fuerza contra su pecho.

— No me reproches, hija mía — dijo con suavidad —. El tormento ha llenado de amargura mi corazón y de cólera mis pensamientos. Pero sé que tienes un corazón de oro, que no me abandonarás a la hora de las inquietudes y de lucha. Estamos solos en este mundo y nadie, a excepción de nosotros mismos, ha de prestarnos ayuda. No tenemos otra salida, por lo tanto, aceptemos la ayuda de quien nos la dé.

— ¡Papaito, papaito! — decía Mirolava con los ojos baña-

dos en lágrimas —. Tu furor contra los tujoleños te eneguece y te induce a la perdición. Es verdad: somos unos desdichados, ¿pero debemos por eso traicionar a la patria? ¡No, mejor es morir de hambre al pie de alguna tapia!

— Aún eres joven, hijita, impetuosa y ardiente, y no conoces el sabor del hambre, el sabor de la necesidad. Yo los he eludido y quiero salvarte de ellos a ti también. ¡Sin réplicas! ¡Vamos, continuemos nuestro camino hasta el fin! ¡Pase lo que pase! ¡Es imposible soslayar al destino!

Montó al caballo y lo espoleó. Miroslava en vano trató de retener a su padre, quien encaminó a su caballo hacia abajo. Sollozando ella fue tras él. En su incommovible fe infantil seguía creyendo que podía salvar a su padre de la perdición y la eterna deshonra: de la traición a su patria. La pobre ni sospechaba siquiera de lo profundo que ya se había atascado su padre en ese repugnante tremedal, de la irremediable ruina a que había caído; por lo visto de veras no tenía otra salida que seguir cayendo hasta el fondo.

Cuanto más bajaban al valle, tanto mayor era la oscuridad que los envolvía, tanto peor divisaban las cosas a su alrededor, excepto el centelleo de las hogueras y el resplandor de los incendios lejanos. Y, al contrario, el griterío de la enorme multitud se hacía cada vez más fuerte, más ensordecedor. El humo les roía los ojos y les cortaba la respiración. El boyardo enderezó su caballo hacia la primera hoguera que ardía en el campo. Allí estaba la guardia de los mongoles. Al acercarse, el boyardo y Miroslava vieron a cinco hombres en abrigos de piel de carnero puestas al revés, en iguales gorros agudos y erizados, con arcos en sus espaldas y hachas en las manos.

Ya muy cerca de la guardia Miroslava alcanzó a su padre y le tiró de la manga:

— ¡Papaito, en nombre de todos los santos te imploro, vámonos de aquí!

— ¿A dónde?

— ¡A Tujla!

— ¡Oh, no, basta! Iremos allá, pero no con humilladoras súplicas. ¡Iremos de visita y con mucho gusto veré si tus Bérkut se atreven a expulsarnos!

En esos momentos los mongoles notaron la presencia de extraños y con gritos salvajes agarraron las armas y rodearon a los recién llegados.

— ¿Quién va? — gritaron desordenadamente en ruso y en mongol.

— ¡Un admirador del gran Chinguis-kan! — respondió en mongol Tugar Vovk. Los mongoles, turbados, clavaron los ojos en él.

— ¿De dónde y quién eres, para qué has venido? — inquirió uno de ellos, por lo visto, el jefe de la guardia.

— ¡No te importa! — respondió el boyardo con una salida de tono, en mongol —. ¿Quién encabeza vuestro ejército?

— Los nietos del gran Chinguis-kan: Peta-begadir y Burunda-begadir.

— Ve y diles: “El río Calca corre por pantanos y desemboca en el Don”. Nosotros, mientras tanto, te esperaremos junto a la hoguera.

Con respeto servil los mongoles se hicieron a un lado ante el desconocido que hablaba en su lengua y, para más, en un tono tan imperativo como habían acostumbrado a oír sólo de sus kanes y begadires. El jefe pasó de prisa sus deberes a otro mongol y, después de montar a caballo, galopó hacia el campamento que se hallaba más o menos a un cuarto de milla de la hoguera del puesto de guardia.

Tugar Vovk y Miroslava se apearon de los caballos que alguien de la guardia inmediatamente se llevó, les dió de beber, los limpió y, después de atarlos, los dejó pastar en el campo de los mujiks sembrado de centeno. Los llegados se acercaron a la hoguera a calentarse las manos que pellizcaba ligeramente el nocturno frío primaveral. A Miroslava le temblaba todo el cuerpo, como si tuviera fiebre; estaba pálida y no se atrevía a mirar a su padre. Sólo al oír de labios del

progenitor el habla mongola y ver con qué prontitud cumplían los mongoles sus órdenes ella se dio cuenta de que ese no era el primer día de las relaciones entre su padre y esos devastadores de su tierra natal y de que debían ser ciertos los rumores que corrían en el palacio del príncipe Danilo acerca de que Tugar Vovk en el combate de Calca había traicionado a Rusia, descubriendo a los mongoles todo el plan del próximo combate trazado por los príncipes rusos. Aunque decían también que no existían pruebas irrefutables de ello, de lo contrario el boyardo hubiera muerto en el cadalso. Durante el combate el boyardo estaba en primera fila y al primer desconcierto de los rusos fue hecho prisionero. Pero hubo a quien le pareció extraña su rápida liberación del cautiverio, sin rescate, aunque el boyardo juraba que los mongoles le habían puesto en libertad considerando su valentía. La cosa era muy rara y lo único que había en claro era que en el palacio principesco todos empezaron a eludir encuentros con él y el mismo príncipe ya no le tenía la confianza de antes. El boyardo por fin notó los cambios y pidió al príncipe tierras de donación en la región de Tujla. Sin precisar el motivo de las intenciones de abandonar Gálích y de meterse en ese lugar tan apartado del bosque, más aun con su joven hija, el príncipe Danilo le concedió lo que le pedía, alegrándose, evidentemente, de deshacerse de él. Al irse de Gálích, todos se despedían del boyardo, compañero de armas de muchos años, con cierta frialdad. Todo esto le vino a la memoria de Miroslava en un instante y lo que otrora le extrañaba e irritaba se le hizo claro y comprensible. ¡Pues los susurros y rumores eran verdad! ¡Pues su padre desde hacía mucho, desde hacía unos diez años, tenía relaciones con los mongoles, era un traidor! Oprimida, como segada por esa idea, Miroslava inclinó su hermosa cabeza. El corazón le dolía terriblemente: sentía el romperse, uno tras otro, de los lazos más fuertes y sagrados, los lazos del amor infantil y del respeto. ¡Qué desamparada y huérfana se sentía en este mundo, a pesar de que allí, junto a ella, estaba su padre! ¡Qué desdichada se sentía, a pesar de

que su padre recientemente le había asegurado que todo lo hacía en aras de su felicidad!

Pero el boyardo también se hallaba con aire triste: evidentemente oprimían su corazón algunos pensamientos pesarosos. No se sabe qué pensamientos le embargaban, pero sus ojos, sin pestañear, miraban las llamas de la hoguera, observando atentamente cómo se consumían los leños purpúreos semejantes al hierro candente, cómo se rajaban envueltos por las llamas. ¿Eran esas reflexiones de un hombre que había logrado su fin o, quizás, presentimientos alarmantes de lo venidero le oprimían el corazón con sus frías manos poniendo en sus labios el sello del silencio? Pero él también, hombre viejo y sensato, eludía la mirada de Miroslava y seguía mirando y mirando las llamas de la hoguera, las chispas oscilantes y los leños que se consumían.

— ¡Hija! — dijo por fin en voz baja, sin mirarla.

— ¿Por qué no me mataste ayer, padre? — murmuró Miroslava conteniendo apenas las lágrimas. Aunque la voz sonó muy baja, sus ondas envolvieron al boyardo de un frío helado. Él no halló respuesta a la pregunta y siguió mirando en silencio las llamas hasta que del campamento a todo correr llegó el centinela.

— Los nietos del gran Chinguis-kan envían su saludo al nuevo amigo y piden que vaya a su tienda para participar en el consejo militar.

— ¡Vamos! — dijo el boyardo y se puso de pie. Miroslava también se levantó, pero sus pies no la obedecieron. ¡Mas regresar ya era tarde! En un abrir y cerrar de ojos los mongoles trajeron sus caballos, sentaron a Miroslava y, rodeando a los huéspedes, fueron con ellos al campamento.

El campamento mongol tenía forma de un enorme cuadrángulo y estaba rodeado de una profunda zanja. De cada lado del cuadrángulo había doce entradas custodiadas por guardias armadas. Aunque ningún enemigo amenazaba al campamento, éste era vigilado con ojo avisor: tales eran las reglas militares de los mongoles; todo lo contrario de las reglas del ejér-

cito caballeresco cristiano, que no podía compararse con las de los mongoles ni en la disciplina militar, ni en el arte de la táctica, ni en la capacidad de ejercer el mando de grandes masas.

Los centinelas que vigilaban la entrada del campamento intercambiaron bárbaras voces de llamada con los guardias que acompañaban al boyardo y a su hija, recibieron a los singulares huéspedes y les condujeron a las tiendas de sus jefes. Por más abrumada que estaba Miroslava por el dolor y avergonzada hasta el punto de subírseles los colores, ella era a suficiencia osada y libremente y bien educada para no interesarse de la disposición del campamento y de todo lo nuevo y nunca visto que la rodeaba. Echó una rápida mirada a los guardias que la acompañaban. De estatura baja, cachigordos, en pieles de ovejas, con los arcos y carcajes en las espaldas los mongoles se asemejaban a osos o vaya uno a saber a qué otros animales. Sus rostros lampiños con mandíbulas salientes, ojos pequeños y muy hundidos que apenas brillaban en las estrechas ranuras de los párpados oblicuamente ubicados, pequeñas narices achatadas parecían horribles y repugnantes: el color amarillo de su piel adquiría en el resplandor de las hogueras cierto matiz verdoso que los hacía más horribles y repugnantes aún. Con las cabezas bajas y sus voces guturales y cantantes se parecían a lobos en busca de presa. Sus tiendas, como lo determinara Miroslava al verlas de cerca, eran de fieltro extendido en cuatro varas atadas por arriba y con techos confeccionados de piel de caballo que protegían de la lluvia. Enfrente de las tiendas se erguían, plantadas en estacas, cabezas humanas ensangrentadas, con entumecidas expresiones de dolor y de desesperación en los pálidos, azulados rostros iluminados fantásticamente por las llamas de las hogueras. Al ver ese cuadro, un sudor frío le saltó en la frente de Miroslava; a ella, joven heroica y valiente, no le asustaba la idea de que pronto su cabeza también sería plantada frente a la tienda de algún begadir mongol. ¡No, ella hubiera preferido morir en una hoguera,

hubiera preferido que su cabeza, como un trofeo sangriento, también se empinara frente a la tienda del vencedor, antes de ver con sus propios ojos esos trofeos que hasta recientemente fuera gente viva y había tenido la facultad de pensar, trabajar y amar, antes de ir por ese terrible campamento hacia algo injusto y traidor!

“No, no — pensaba —. Eso no ocurrirá. No seguiré este camino. ¡No traicionaré a mi patria! Abandonaré a mi padre si no puedo obligarle a que renuncie a sus malditas intenciones”.

Mientras tanto se vieron frente a la tienda de Peta, jefe militar favorito de Batiy. Por afuera la tienda no se distinguía en nada de las demás si no se tomaba en consideración el asta con tres bunchuks¹ aferrado en su techo; pero por dentro estaba arreglado con mucho más lujo, con suntuosidad asiática. Pero ni el boyardo ni Miroslava entraron en la tienda, ya que los jefes mongoles estaban a la entrada, junto a la hoguera, donde unos cautivos asaban dos carneros. Al ver a los huéspedes, los jefes, todos juntos, se pusieron de pie y cogieron las armas, aunque no dieron un sólo paso a su encuentro. Conociendo la costumbre mongola, el boyardo hizo a su hija una señal con la cabeza para que se quedara atrás y, quitándose el yelmo y el arco, se acercó con reverencias a los mongoles y se detuvo sin pronunciar palabra, con la mirada clavada en el suelo, a tres pasos de Peta, el jefe principal.

— ¿De qué zar traes noticias? — inquirió Peta.

— ¡No conozco a ningún zar, exepcto el gran Chinguis-kan, soberano de todo el mundo! — dijo el boyardo. Ésta era la habitual fórmula de ciudadanía. Luego Peta le tendió la mano con aire importante, pero contento.

— Llegas a tiempo — dijo Peta —, estamos esperando a nuestro aliado.

— Yo sé mis deberes — dijo Tugar Vovk —. Sólo en un punto he infringido vuestras costumbres: al campamento he traído a mi hija.

¹ Bunchuk: Símbolo de dignidad y poder (ucr.).

— ¿A tu hija? — preguntó pasmado Peta —. ¿Acaso no sabes que nuestra costumbre prohíbe a las mujeres entrar en la reunión de los guerreros?

— Lo sé. ¿Pero cómo debía proceder con ella? Yo no tengo ni casa, ni familia, ni mujer. A excepción de mí y del gran Chinguis-kan ella no tiene protección alguna. Mi príncipe se alegró de desembarazarse de mí en su ciudad y los malditos plebeyos, mis esclavos, se me revelaron.

— No obstante, ella no puede quedarse aquí.

— Pido a los nietos del gran Chinguis-kan que le permitan quedarse esta noche y mañana por el día, hasta que le encuentre un refugio seguro.



— Somos hospitalarios para con nuestros amigos — respondió Peta y después, volviéndose hacia Miroslava, dijo en un ruso chapurrado:

— ¡Acércate, muchacha!

Miroslava hasta se entumeció al oír estas palabras del temible jefe mongol dirigidas a ella. Con los ojos llenos de desprecio y odio ella miraba a ese asesino de Rusia, sin prestar atención a lo que él decía.

— ¡Acércate, Miroslava! — le dijo su padre —. El gran jefe del ejército mongol es benévolo para con nosotros.

— ¡Yo no deseo su benevolencia! — replicó Miroslava.

— ¡Ordeno que te acerques! — rebatió amenazadoramente el boyardo. Miroslava se acercó de mala gana.

Peta posó en ella sus pequeños y brillantes ojos.

— ¡Buen mujer! Lástima que no quedar. Mirar, señorita, a tu padre. ¡Ser tú fiel gran Chinguis-kan, será gran benevolencia! Tomar, señorita, esta anilla, de vuestro príncipe Mstislav. Signo seguridad. Mostrar guerrero mongol, todos dejar pasar, nada malo van hacer. ¡Ahora vamos la tienda!

Pronunciando estas palabras Peta entregó a Miroslava un anillo grande de oro que extrajo de su dedo y que había obtenido del príncipe Mstislav en el combate de Calca. El anillo estaba adornado con un gran berilo verde-dorado con figuras grabadas en él. Miroslava titubeaba, no sabiendo si aceptar el obsequio del enemigo, que tal vez venía a ser como la recompensa por la traición de su padre.

— Coge, hija, ese obsequio del nieto del gran Chinguis-kan — dijo el boyardo —, es un signo de su gran benevolencia para contigo, él te da la posibilidad de que te desplaces libremente por el campamento mongol. Nos tendremos que separar, hija. Sus reglas militares prohíben que en el campamento se encuentren mujeres. Pero con este anillo podrás ir y venir cuando se te antoje.

Miroslava seguía titubeando. De improviso una nueva idea le cruzó por la mente; ella tomó el anillo y, volviéndose, dijo con voz temblorosa:

— ¡Gracias!

Peta ordenó que la acompañaran a una tienda especial preparada al proviso para su padre y Tugar Vovk se quedó con los begadires para tomar parte en el consejo militar.

El primero en tomar la palabra fue Peta, jefe principal de esa parte del ejército mongol, de unos cuarenta años, típicamente mongol: de estatura baja, inquieto, con ojillos ratonescos que guiñaban pícaramente.

— ¡Siéntate, huésped! — se dirigió al boyardo —. Si te decimos que esperábamos tu llegada, sea ésta la alabanza mayor de tu lealtad al gran Chinguis-kan. Pero a pesar de todo has llegado un poco tarde. Es el tercer día que espera nuestro ejército, y al enviarnos al occidente, al país de sus esclavos, los arpados¹, el gran Chinguis-kan nos ordenó que sin necesidad no nos detuviéramos más de tres días en ninguna parte. Nuestro hermano Kaydán-begadir, quien fue por el país de los valacos, estará antes que nosotros en la casa de los arpados, ocupará su capital y ¿qué gloria será la nuestra en esta campaña?

A lo que el boyardo contestó:

— He comprendido tus palabras, gran begadir, y he aquí mi respuesta. El fiel siervo del gran Chinguis-kan no pudo llegar antes, ya que sólo ayer se enteró de vuestra campaña y, al saberlo, se presentó de inmediato. Por el retardo no te preocupes. Nuestros caminos no son anchos, pero son seguros. El portón del reino de los arapos se abrirá de par en par en cuanto llaméis.

— ¿De qué caminos tratas y en manos de quién están? — inquirió brevemente Peta.

— Uno es el de Ducla, que va río Sian arriba y después, a través de un pequeño paso entre las montañas. Es un camino ancho y cómodo recorrido muchas veces por los guerreros rusos y húngaros.

— ¿Está lejos de aquí?

¹ Arpados: Húngaros.

— De aquí a Perémishl son dos días de camino y de Perémishl hasta las montañas, dos días más.

— ¿Quién hace custodia?

— Lo custodian los boyardos de nuestro príncipe, allí pusieron barreras. Mas los boyardos sirven al príncipe Danilo de mala gana; no es grande el celo con que cuidan las barreras. Un pequeño soborno hará que se pasen al bando del gran Chinguis-kan...

— ¿Y por qué hasta ahora no hemos visto a ninguno de ellos en nuestro campamento? — preguntó Peta.

— No pueden venir, gran begadir. El pueblo entre el cual viven y el cual debe suministrar gente armada para la guardia de las barreras soporta su poder sobre ellos con dificultad. El espíritu de rebelión e indocilidad reina en el pueblo. El corazón popular añora el antiguo régimen de cuando no había príncipes ni ningún otro poder, de cuando cada comuna vivía para sí, se unía a otra voluntariamente para luchar contra el enemigo común y ellos mismos elegían y destituían a sus jefes. En estos montes vive un viejo, al que llaman profere y quien aviva el fuego de la desobediencia pregonando ese viejo régimen. El pueblo mira a los boyardos como los pastores a los lobos y si se enterara de que a ojos vistas se pasan al bando de Chinguis-kan, los matarían a pedradas. Pero en cuanto se acerque vuestro ejército y los boyardos se incorporen a él y os entreguen las barreras, el pueblo se disolverá como salvado al viento.

Peta escuchaba con atención al boyardo. En sus labios se dibujó una sonrisa burlona y despectiva.

— ¡Qué leyes tan extrañas tenéis! — dijo —. ¡El príncipe se subleva contra sus siervos, los siervos contra el príncipe, el príncipe y los siervos contra el pueblo y el pueblo contra todo poder! ¡Extraño es el orden! Cuando jefes pequeños en nuestro país quisieron sublevarse contra el gran Chinguis-kan, él les llamó a su aul¹, que rodeó con sus fieles hijos,

¹ Aul: Pueblo, aldea del Cáucaso y de Asia Central.

ordenó poner sobre carbón candente ochenta calderas grandes, llenarlas de agua y, cuando ésta hirvió, sin adentrarse en quién tenía razón y quién no, mandó meter en cada caldera un par de sublevados y hervirlos hasta que la carne se les separara de los huesos. Luego dispuso que extrajeran los esqueletos de las calderas, que los montaran a caballo y los llevaran a las tribus que les habían estado sometidas, para que en el ejemplo de sus jefes aprendieran a obedecer y resignarse al gran Chinguis-kan. ¡Así habría que proceder con vosotros! ¡Y procederemos! Agradeced a Dios que nos ha mandado a vuestro país, de lo contrario os hubiérais comido entre vosotros como lobos hambrientos.

Al escuchar ese relato al boyardo se le heló la sangre en las venas, pero en respuesta no profirió nada.

—¿Cuál es el otro camino? — preguntó seguidamente Peta.

— El otro es el camino de Tujla — contestó el boyardo —. No es muy recto, pero es más corto e igualmente seguro. En ese camino no hay barreras ni boyardos principescos. Lo cuidan nada más que lacayos.

— ¡A vuestros lacayos no les tememos! — dijo Peta con desdén.

— Ni motivos hay para temerles — le apoyó el boyardo —. Están desarmados y son inhábiles en el arte de combatir. Yo mismo puedo servirles de guía por ese camino.

— ¿No estarán bien cerrados esos caminos del lado de los arpados?

— El de Tujla está completamente abierto. El de Ducla, aunque está cerrado, el cerrojo no es muy fuerte.

— ¿Se necesita mucho tiempo para llegar por el camino de Tujla hasta el país de los arpados?

— Guerreros armados para llegar hasta Tujla necesitan un día. Allí pasan la noche y si al amanecer se ponen en camino, al anochecer estarán en el valle.

— ¿Y por el de Ducla?

— Considerando el tiempo que se necesita para liquidar las barreras, tres días de camino.

— ¡Pues llévanos por el de Tujla! — dijo Peta.

— Permite que yo diga, gran begadir — profirió uno de los jefes militares mongoles, hombre de enorme estatura y constitución física hercúlea, de rostro color olivo oscuro, vestido en piel de tigre estepario, lo que, en conjunto, testimoniaba a las claras su descendencia de una tribu turcomana. Era Burunda-begadir, guerrero temerario, fabulosamente osado y sanguinario que se disputaba la gloria con Kaydán. Los destacamentos mongoles que él encabezaba dejaban tras sí las más horribles devastaciones, el número más grande de cadáveres, el mar más amplio de llamas. En osadía superaba desmesuradamente a Peta: frente a su tienda todas las noches había el doble de cabezas cortadas que frente a la tienda de cualquier otro guerrero. Pero Peta no sentía celos de aquella osadía, pues sabía de su superioridad sobre Burunda en el arte de ejercer el mando de grandes masas, de grandes combates y campañas. Gustoso dejaba ir a Burunda a los lugares más peligrosos, lo mantenía en la reserva hasta el momento más difícil y decisivo como a un invencible ariete de hierro y luego lo lanzaba con su destacamento de “turcomanos sangrientos” a ponerle el punto final al triunfo.

— ¡Habla, hermano Burunda! — dijo Peta.

— Deja que yo vaya con un destacamento de diez mil hombres por el camino de Tujla, tú ve por el de Ducla. Cuando pise el territorio de los arpados atacaré de inmediato a los que cuidan el camino para abrirte el paso.

Peta miró extrañado a Burunda, como si los labios de ese sableador hubieran pronunciado por vez primera algo tan razonable. Efectivamente, el plan de Burunda, aunque atrevido, era muy sensato y él era el único valiente que lo podría cumplir.

— ¡Bien — dijo Peta —, que sea como tú dices! Escoge a los guerreros y mañana mismo te pones en marcha con ellos.

— Permitidme que yo también diga, grandes begadires — articuló Tugar Vovk.

— ¡Habla! — dijo Peta.

— Ya que decidís enviar parte de vuestro ejército por el camino tujoleño, que a causa de su estrechez tampoco recomiendo enviar todo el ejército, permitidme ir por delante con un pequeño destacamento y ocupar la entrada de ese camino antes de que los plebeyos tujoleños se enteren de vuestra llegada y no cierren el paso con barreras.

— ¡De acuerdo, ve! — dijo Peta —. ¿Cuándo quieres ponerte en marcha?

— Inmediatamente, para que mañana a mediodía ya haya cumplido con mi misión.

— ¡Si es así, con esto damos por terminado nuestro consejo y que los dioses ayuden a nuestras armas! — dijo Peta poniéndose de pie. Los demás jefes también se pararon. Tugar Vovk pidió que le dieran un destacamento de guerreros audaces y se encaminó hacia su tienda para restablecer las fuerzas y despedirse de su hija.

Miroslava, sentada en el lecho cubierto con saqueados colchones blandos de pluma, lloraba amargamente. Después de todas las horribles e inesperadas impresiones de esa noche, sólo en esos momentos ella tuvo la posibilidad de concentrarse y reflexionar tranquilamente sobre la situación en que se hallaba por culpa de su padre. La situación era realmente espantosa y hasta parecía no tener salida. Su padre era un traidor, un siervo de los mongoles; en el campamento ella era medio huésped, medio cautiva, pero en todo caso se sentía huérfana. Su último apoyo: la fe inquebrantable en su sueño profético, en la bendición de su madre y en el feliz amor con Maxim, esa fe, meditándolo detenidamente, había comenzado a oscilar, llenándole el corazón de sangre. ¿Con qué cara se presentaría ante Maxim? ¿Con qué palabras le explicaría de su estadía, voluntaria o no voluntaria, en el campamento mongol? Al igual que serpientes estas preguntas le picaban el corazón y ella dio libertad a sus lágrimas y lloró como si se estuviera despidiendo de su propia vida.

Con paso silencioso y cauto el padre se acercó a ella y le puso una mano en el hombro; ella no levantó la cabeza, no se movió, no dejó de llorar.

— ¡Hija, Miroslava, no llores! — dijo — ¡Si Dios quiere todo terminará bien!

Miroslava, como si no oyera nada, permanecía inmóvil, fría, indiferente.

— ¡Olvídate de ese plebeyo! A ti te espera un excelente porvenir y él... ¿qué es él? Mañana a mediodía mi espada cortará el hilo de su vida.

— ¿De qué vida? — gritó Miroslava con una voz que desgarraba el alma.

El grito atemorizó al boyardo y le obligó a retroceder de su hija, quien se paró con violencia.

— ¿El hilo de qué vida cortarás? — repitió —. ¿De Maxim? ¿Tú quieres atacar a Tujla?

— ¡Oh, no, no! — negó el boyardo —. ¿Quién te lo ha dicho?

— ¡Tú mismo! — insistió Miroslava —. Dime la verdad, padre, ¿qué piensas hacer? ¡No temas por mí! Ya veo claramente que no puedo pertenecer a Maxim, ¡por ti no puedo! ¡Oh, tú eres inteligente, astuto! ¡Te has salido con la tuya! ¡No es porque sea superior de nacimiento que no puedo pertenecer a Maxim, no! ¡Soy inferior a él, me siento infinitamente inferior, porque él es puro, honrado, y yo soy hija de un traidor, tal vez yo misma sea una traidora! ¡Sí, padre! ¡Tú eres astuto, tan astuto que en astucia te has superado a ti mismo! Dices que quieres que yo sea feliz y matas mi felicidad. ¡No importa! ¡Conmigo no ganas nada! Pero dime, ¿qué estás tramando contra él?

— ¡Nada, completamente nada! ¡Quizás ya esté ahora en alguna parte lejana de la montaña!

— ¡No, no y no! ¡No te creo! Dime, ¿en qué has quedado con los mongoles?

— Hablamos de cómo ir a Hungría.

— ¿Quieres entregarles el camino de Tujla para vengarte de los tujoleños?

— ¡Tonta que eres! ¿Para qué vengarme de ellos? Son demasiado insignificantes para merecerse mi venganza. Yo quiero llevar a los mongoles a Hungría, ya que cuanto más rápido se vayan de nuestro país, tanto menos lo arruinarán.

— ¡Oh, por supuesto! — exclamó Miroslava —. ¡Y al regresar liquidarán todo lo que dejen intacto ahora! ¿Los llevas a Tujla ya mismo, sin perder tiempo?

— No, a Tujla no. Llevo nada más que un pequeño destacamento para rodear la entrada a Tujla.

— ¡La jata pertenece al dueño del portón! ¡Ahora está claro! Allí, en las montañas, tú mismo has dicho recientemente que Maxim con otros jóvenes tujoleños mañana se dispone a destruir nuestra casa. Y tú quieres atacarlo con los mongoles, matarlo...

El boyardo fijó en ella su atónito mirar; empezó a sentir miedo de que su hija tuviera algo de bruja, ya que había adivinado sus intenciones tan pronto.

— ¡Olvidate de él, hija! — dijo el boyardo —. ¡Será de él lo que el destino quiera!

— ¡No, padre, no lograrás desconcertarme! ¡Yo iré a Tujla y le prevendré, le sacaré de tu trampa! Y si no lo consigo, me pondré junto a él y unidos, hasta el último suspiro, nos defenderemos de ti y de tus repugnantes aliados, padre.

— ¡No estás en tus cabales, muchacha! — gritó el boyardo — ¡No me hagas entrar en cólera! Ha llegado el minuto decisivo.

— ¡Qué es para mí tu cólera! — respondió friamente Miroslava —. ¿Qué otro mal puedes hacerme después de todo lo que has hecho? Con matarme no harás más que bien, ya que de todos modos no he de vivir. ¡Déjame ir!

— ¡No! ¡Quédate, insensata!

— ¿Quedarme aquí hasta que tú mates tranquilamente a quien amo más que a mi vida? ¡Oh, no, no me quedará!

— ¡Quédate! ¡Te juro por Dios que no levantaré mi mano contra él!

— ¡Ah, ya sé lo que quieres decir! — exclamó Miroslava —. ¡Claro que tú, siendo boyardo, no levantarás la mano contra un plebeyo! ¡Pero a tus salvajes amigos les ordenarás que todas sus flechas envenenadas las apunten a su pecho!

— ¡Si temes tanto por su suerte, te juro una vez más que ni yo, ni nadie de mi druzhina levantará la mano contra él, por más recios que sean sus ataques contra nosotros! ¿Te es suficiente esto?

Miroslava se hallaba de pie, desgarrada por una loca alarma espiritual, sin poder pronunciar una palabra más. ¿Acaso sabía si eso le era suficiente o no? ¡Oh, con qué placer volaría convertida en pájaro hacia él y con un suave trinar le prevendría del peligro! Pero eso era imposible. El padre cogió sus armas y al salir de la tienda dijo:

— Hija, una vez más te pido, te ruego encarecidamente: quédate en el campamento hasta mi regreso, luego puedes proceder como quieras. ¡Adiós!

Salió y la cortina de fieltro que servía de puerta se agitó intranquila. Habiéndose torcido desesperada las manos, como personificando la pena y una delirante angustia, Miroslava se hallaba en medio de la tienda, con el cuerpo echado hacia adelante y entreabierta la boca, captando el sonido de los cascots que se iba apagando a medida que el destacamento mongol encabezado por su padre se iba hacia el sur para acabar con Tujla.

V

De mala gana marchaba Maxim Bérkut en medio de un reducido destacamento de jóvenes tujoleños que iban a cumplir la voluntad de la comuna. Desde la infancia Maxim vivió profundamente convencido de que formaba un sólo único con la comuna, en la santidad de la voluntad comunal. Es por eso

que entonces, en los momentos menos apropiados para sus sentimientos, tuvo el honor de ser elegido al grupo que iría a expulsar de las tierras comunales al enemigo de la comuna, a quien los tujoleños reconocían en persona del boyardo, y no se atrevió a negarse de esa misión, aunque el corazón se le partía en pedazos al solo pensar que se vería con Miroslava y su padre como con enemigos y que tal vez tendría que pelear con los arqueros boyardeses, o incluso con el mismo boyardo, derramar sangre humana a ojos vistas de la persona por quien estaba dispuesto a entregar hasta la última gota de su propia sangre. Verdad es que había decidido firmemente cumplir el cometido con la mayor tranquilidad posible y no llegar a la necesidad de derramar sangre, ¿pero quién podía garantizar que el boyardo mismo, sabiendo su punto débil, no buscaría motivos para ello? Así era como probablemente ocurriría.

“¡Pero si él llega a querer mi sangre — pensaba Maxim —, no me defenderé, le pondré mi pecho voluntariamente, que tire! ¡Si no me quiere dar la vida, que me dé la muerte! ¡Adiós, Tujla querida! ¡Adiós, padre, el más real de los águilas! ¡Adiós, hermanos y compañeros! ¡Ya no veréis más a Maxim, y al oír de mi muerte melancólicamente diréis: ha muerto por la felicidad de la comunal! ¡Mas nunca sabréis que yo mismo deseaba la muerte!”

Así pensaba Maxim cuando se acercaba a los solares boyardeses en la colina sobre el Opir. La casa del boyardo era de gruesos troncos cuadrangulares de abeto minuciosamente labrados y elaborados en los empalmes con garlopas, los ángulos sobresalían como en nuestras casas rurales que se construyen hasta hoy día. Estaba techada con gruesas tablas de chilla untadas con una espesa capa de arcilla roja que no se ablanda con la humedad. Las ventanas, como en todas las jatas, daban al sur; en lugar de vidrio en los marcos se estiraban vejigas bovinas que filtraban al interior una débil luz amarillenta. Las puertas de entrada de la fachada y de la parte trasera de la casa llevaban a un amplio zaguán, en cuyas

paredes colgaban diferentes armas, cuernos de ciervos y de uros, pieles de jabalíes, lobos y osos. A ambos lados del zaguán estaban las puertas de los aposentos: espaciosos, altos de techo, con hornos de arcilla sin chimeneas, con anaqueles de madera graciosamente tallados para las diferentes vajillas. Una de las habitaciones era del boyardo, la otra, la de enfrente, de su hija. En el fondo de la casa había dos cuartos grandes: la cocina y la habitación de la servidumbre. En las paredes de la habitación del boyardo colgaban pieles de osos, sólo junto a la cama había un caro tapiz de ultramar obtenido por el boyardo en una de las campañas. Allí también colgaban sus arcos, espadas y otras armas. La habitación de Miroslava, además de tener mullidas pieles en las paredes y el piso, estaba adornada con flores y en la pared frente a la ventana, sobre su cama, había un costoso espejo metálico y a su lado, un teorbán¹ de cuatro cuerdas ornado con plata, fiel confidente de los sueños y pensamientos femeninos de Miroslava. A cierta distancia de la casa, en una parcela llana, estaban las caballerizas, los establos y otras construcciones domésticas; allí había también una pequeña jata para los ganaderos. Pero aquel día la espaciosa casa del boyardo estaba vacía y reinaba el silencio. El boyardo y Miroslava no estaban; a la servidumbre el boyardo la echó; el ganado, por orden suya, fue trasladado al rebaño de un colono vecino de Korchín; en la hacienda habían quedado solamente los arqueros y los hacheros, que también tenían un aspecto triste, no vociferaban, no cantaban ni chanceaban. Por lo visto les esperaba algo más importante, porque cogían arcos y flechas, hachas y jabalinas, en silencio, con aire sombrío, como si se estuvieran preparando para morir. ¿Por qué sería?

Pero seguidamente uno de ellos, el que se hallaba en el camino como haciendo guardia, de improviso trompeteó una señal y todos los druzhínnikes armados hasta los dientes alzaron sus jabalinas y tirando de las cuerdas de los arcos como al comienzo de un combate, formaron filas frente a la

¹ Teorbán: Instrumento musical.

casa del boyardo. En el camino apareció el destacamento tujoleño que, al ver gente armada frente a la casa boyardesa, a su vez empezó a prepararse para el combate. Maxim echó una mirada inquieta a esa gente tratando de determinar si entre ellos estaba el boyardo. No, por suerte no estaba. Suspiró aliviado, como si se hubiera quitado un gran peso y, sin vacilaciones, comenzó a alinear su destacamento. Eso no le llevó mucho tiempo. En silencio, con los arcos listos para tirar, con las jabalinas centellantes, los tujoleños se fueron acercando en fila a los druzhínnikes boyardeses. A no más de cincuenta pasos de ellos se detuvieron.

— ¡Boyardo Tugar Vovk! — gritó Maxim.

— ¡El boyardo Tugar Vovk no está! — le respondieron los druzhínnikes.

— ¡Entonces vosotros, sus fieles, escuchad que os diré en nombre de la comuna tujoleña! La comuna nos ha enviado para hacer que vosotros, por veredicto comunal, abandonárais las tierras tujoleñas por las buenas o por las malas. Preguntamos: ¿os váis por buena voluntad o no?

Los druzhínnikes guardaban silencio.

— ¡Preguntamos por segunda vez! — dijo Maxim.

Los druzhínnikes callaban sin bajar los arcos.

— ¡Repetimos la pregunta por tercera vez! — dijo Maxim levantando la voz.

Los druzhínnikes callaban, pero seguían inmóviles en poses guerreras. Maxim no comprendía lo que eso significaba, pero en seguida ordenó a sus jóvenes que dispararan sus flechas contra ellos. Las flechas silbaron como serpientes y, volando sobre las cabezas de los druzhínnikes, se clavaron en la pared. En ese mismo momento los druzhínnikes, como por señal, arrojaron sus armas al suelo y con las manos tendidas fueron al encuentro de los tujoleños.

— ¡Compañeros, hermanos! — dijeron —. No os enfadéis con nosotros por nuestro silencio. Hemos prometido al boyardo recibiros con enemistad, pero no le prometimos que derramaríamos vuestra sangre, nada menos que defendiendo el

embuste. Nosotros hemos estado en el juzgado de la comuna y sabemos que el boyardo ofendió a la comuna y que el fallo es justo. Haced lo que se os ha ordenado, y si conseguimos la benevolencia de nuestros padres, pediremos que nos aceptéis en vuestra comuna. ¡No queremos servir más al boyardo!

La alegría de los tujoleños, especialmente la de Maxim, al oír esas palabras, no tenía límites. Allí mismo todos arrojaron las armas en montón y con bulliciosas exclamaciones de alegría se lanzaron a abrazar y besar a sus nuevos e inesperados compañeros, con quienes un minuto atrás se disponían a combatir a muerte. Lo que más alegraba a Maxim era que sus temores de que tuviera que entablar combate con el padre de Miroslava a ojos vistas de ella y echar no se sabía adónde a la mujer de quien gustoso no se separaría jamás, no se habían justificado. El júbilo motivado por el final pacífico de la desagradable empresa ahogó por un instante todas las demás dudas. Acompañados por los druzhínnikes boyardeses los tujoleños entraron en la casa del boyardo, observándolo todo con curiosidad, pero sin tocar nada. Con el corazón palpitante se acercaba Maxim a los aposentos de Miroslava esperando que la encontraría allí llorando o irritada y deseando consolarla, tranquilizarla con palabras alentadoras. Pero Miroslava no estaba y eso inquietó a Maxim. “¿Dónde estará?”, pensó y decidió preguntárselo inmediatamente a los druzhínnikes, quienes en esos momentos estaban atareados en preparar un agasajo fraternal para los huéspedes tujoleños con motivo de tan feliz acontecimiento. Pero las respuestas de los druzhínnikes no satisficieron ni tranquilizaron a Maxim. El día anterior el boyardo y su hija se habían ido, pero hacia dónde, para qué y cuándo regresarían nadie lo sabía. Les había ordenado que actuaran con enemistad contra los tujoleños, pero ya fuera por haber notado mala gana en sus sombríos rostros o, quizás, por haber decidido otra cosa, cortó sus palabras y se fue. Eso fue todo lo que supo Maxim por vía de sus nuevos aliados. Claro que semejantes noticias deberían empañar su sincera alegría y hasta

despertarle cierta desconfianza en los druzhínnikes. ¿Qué significaba todo eso? ¿No olía a traición? ¿No querría el boyardo cazarles en alguna trampa? No queriendo expresar sus sospechas en voz alta y ante todos, Maxim habló al oído sólo con algunos de sus compañeros para que se mantuviesen alerta, mientras que él iba a examinar prolijamente la casa de arriba a abajo, sin pasar por alto ningún escondrijo ni tabuco. En ningún lado había nada sospechoso.

— ¡Perfecta construcción! — dijo Maxim a los druzhínnikes que servían unas mesas —. ¡Pero que le vamos a hacer, tendremos que desarmarla! Claro que no destruiremos la casa ni la quemaremos, sino que amontonaremos todo como es debido para que el boyardo, si quiere, pueda llevárselo. Todos sus bienes también hay que conservarlos intactos.

Mientras tanto los druzhínnikes sacaron de los aposentos al zaguán grandes mesas de roble, las cubrieron con manteles blancos, y con toda clase de manjares y nieles. El convite empezó con alegres exclamaciones y canciones. No obstante, cuanto más tiempo pasaban sentados a la mesa, cuanto más comían y bebían, tanto más se disipaba, no se sabe el porqué, su alegría y jovialidad. Y aunque las torneadas copas de madera estaban llenas de espumosa miel, aunque la carne asada humeaba en los platos de madera, aunque las palabras sinceras y amistosas se esparcían en voz alta de una parte de la mesa a otra, un algo hacía que todos los corazones palpitaban con un estremecimiento recóndito, como si estuviesen esperando alguna novedad siniestra. Una alarma extraña, incomprendible, pero perceptible para todos pendía en el aire. ¿O las paredes de la casa boyardesa oprimían a los libres comuneros?...

Se paró uno de los druzhínnikes boyardeses y, levantando la copa llena de espumosa miel, habló:

— ¡Hermanos! Éste es un día feliz para nosotros, que ningún infortunio...

Pero no terminó. Súbitamente empalideció y se estremeció de cuerpo entero. Todos los banqueteadores abandonaron

impetuosamente sus lugares y se echaron a la desbandada derribando la mesa con todas las copas y manjares.

— ¿Qué es eso? ¿Qué es eso? — gritaron todos y se precipitaron hacia la puerta. A pesar de que a primera vista el motivo era insignificante: el sordo golpear de unos cascos, el pánico que se armó en la casa del boyardo fue espantoso. Durante todo un minuto el zaguán se convirtió en un verdadero infierno: uno corría hacia aquí, otro hacia allá, éste buscaba una cosa, aquél otra; pero todos se mezclaron y agolparon en desorden pisando las copas y la comida, los blancos manteles y la mesa de roble derribada. Maxim fue el primero en salir de ese alboroto a la calle y de una sola mirada echada en derredor comprendió cuan grande era el peligro que les amenazaba.

— ¡A las armas, hermanos! ¡A las armas! ¡Los mongoles! ¡Los mongoles!

Este grito se asemejó al inesperado estrépito de un trueno. Todos parecieron entumecer, la desordenada confusión fue relevada por un entorpecimiento igualmente desordenado. Mas ello también duró un solo momento. El galopar se oía cada vez más cerca y el peligro inminente hizo que todos se recobrarán al instante del mortal estupor. ¡No en vano todos eran osados, fuertes, jóvenes! No en vano todos y cada uno de ellos se había visto en sus sueños infantiles y juveniles en medio de algún combate, en medio de peligros, en una lucha sangrienta con el enemigo y deseaba, rogaba que su sueño se hiciera realidad, que se presentara la oportunidad de poner el pecho en defensa de su país. Y he ahí ese momento. ¿Se sentirían atemorizados? Por un solo momento les aturdió la terrible noticia, la terrible palabra "mongoles", mas al instante sucesivo ya eran los mismos de siempre, cada uno empuñando el arma, en la fila junto a su compañero, dispuesto a combatir a muerte.

— ¡Lo principal, compañeros, es mantenernos entre estas paredes! ¡Hasta que el enemigo no nos eche de esta casa y no

nos rodee en campo abierto, no tenemos motivos para temer!
¡Esta casa será nuestra fortaleza!

Maxim ponía junto a las puertas y ventanas de a dos o tres arqueros, según la importancia y la accesibilidad del lugar. Algunos tenían que encontrarse dentro de la casa para suministrar o los arqueros flechas y jabalinas de los almacenes del boyardo, pero la mayor parte del destacamento debía ubicarse en la puerta para que en caso de necesidad abriese una brecha en las filas de los atacantes y los rechazasen de la casa.

Mientras tanto los mongoles en la orilla arenosa del Ópir se detuvieron, se apearon y, dividiéndose en tres destacamentos, avanzaron hacia la colina por tres senderos. Evidentemente los conducía alguien que conocía bien todas las sendas y caminitos, porque toda la maniobra fue cumplida con rapidez, sin vacilaciones ni demoras. La maniobra demostraba a las claras que los mongoles querían empezar a rodear la casa simultáneamente por todos los lados.

¿Pero quién es el que va a la cabeza del destacamento mongol principal, el central, se muestra tan perseverante? Los jóvenes miraban y no podían darle crédito a sus ojos. Era nada menos que el dueño de esa casa, el altivo boyardo Tugar Vovk.

— ¡Nuestro boyardo! ¡Nuestro boyardo! — gritaron algunos de los druzhínnikes que Maxim, no creyendo en su sinceridad, alineara alternándoles con los tujoleños.

— ¡Sí, vuestro boyardo, siervo de los mongoles, traidor de su patria! ¿Será posible que querráis seguir siéndole fiel?

— ¡No, no! — gritaron los druzhínnikes unánimemente —. ¡Muerte al traidor! ¡Liquidaremos la banda enemiga o moriremos defendiendo nuestra patria!

Alentado por esas palabras Maxim dijo:

— ¡Perdonadme, hermanos! Hubo un momento en que os juzgué injustamente pensando que estábais del mismo palo que vuestro boyardo. Mas ahora veo que os sometía a agravio. ¡Mantengámonos cerca de las paredes, juntos, para que no nos puedan rodear y tratemos de causarles las mayores

pérdidas posibles! Según he oído decir, los mongoles no saben sitiarse como es debido, mas aún con fuerzas tan insignificantes. ¡Espero que podamos rechazar su ataque!

¡Pobre Maxim! Intentaba despertar en otros la esperanza que le había empezado a desaparecer en él mismo desde el momento en que vió a los mongoles y que se le disipó por completo cuando las fuerzas superiores se desplegaron totalmente a ojos vistas de los sitiados. No obstante, sus palabras tenían gran importancia para sus compañeros, quienes reiteradamente habían podido cerciorarse de que Maxim conservaba la presencia de ánimo y la prudencia en los momentos más críticos. Obedeciendo ciegamente a sus palabras y órdenes, cada uno pensaba sólo en defender su lugar hasta el fin, sabiendo a ciencia cierta que el lugar vecino también sería defendido.

Los mongoles rodearon la casa boyardesa en triple círculo y ya ponían en sus arcos las flechas de piedra y apuntaban a los valientes jóvenes asediados. Lo único que faltaba para comenzar el combate era la orden del jefe. Pero, por lo visto, éste quiso probar primero el método de la convicción, pues salió de las filas, se detuvo frente al destacamento principal y dijo:

— ¡Esclavos infieles! ¡Plebeyos inmundos! ¿Es posible que vuestra insolencia sea tan ilimitada como vuestra ignorancia y querráis alzaros en armas contra el ejército del gran Chinguis-kan, indiscutible amo y señor de toda Rusia? Entregaos sin combatir y él os perdonará. ¡Los que intenten resistirse serán aplastados despiadadamente como gusanos!

A esas palabras Maxim respondió en voz alta y con valor:

— ¡Boyardo! ¡Muy a destiempo has llamado de esclavos a nosotros, hijos de una libre comuna! ¡Fíjate en ti mismo! Puede ser que ese apelativo te vaya mejor a ti que a nosotros. Hasta ayer fuiste esclavo del príncipe y hoy ya eres esclavo de tu Chinguis-kan y, seguramente, has lamido la leche vertida en el espinazo del caballo¹ de algún begadir.

¹ Lamer la leche vertida en el espinazo del caballo: indica docilidad.

Si ha sido de tu agrado, eso no significa que nos haya de gustar a nosotros también. A la gran fuerza de Chinguis-kan no le tememos. Ella puede convertirnos en cadáveres, pero no en esclavos. ¡Pero a ti, boyardo, ni toda la fuerza de Chinguis-kan está en condiciones de hacerte libre u honrado!

La réplica de Maxim fue áspera y ruda. Otrora hubiera considerado que frente a él tenía al padre de Miroslava, pero en esos momentos veía nada más que a un enemigo..., no, a un traidor, a un hombre que pisoteó su honor, sin tener derecho, por otra parte, a derecho alguno. Las palabras de Maxim causaron una bulliciosa aprobación de sus compañeros. El boyardo estaba que hervía de cólera.

— ¡Lacayo inmundo! — gritaba —. ¡Ya te demostraré que tu alarde de libertad es prematuro! ¡Hoy mismo en tus pies y manos rechinará el hierro de los grillos! ¡Hoy mismo morderás el polvo a los pies del jefe del ejército mongol!

— ¡Prefiero morir! — respondió Maxim.

— ¡Pero no morirás! — gritó el boyardo —. ¡Eh, niños! — se dirigió a los mongoles en la lengua de ellos —. ¡Adelante! ¡A ése eludido, a ése hay que prenderlo vivo!

Y dio la señal de combate. El sonido de los cuernos se difundió por los montes y bosques y se cortó. Junto a la casa del boyardo se hizo el silencio; pero era un silencio horrible. La lluvia de flechas que cayó sobre la casa del boyardo silbó como una serpiente. Verdad es que los atacantes estaban a una distancia muy grande para que sus flechas hicieran blanco en los defensores, y si lo hacían, no les herían de gravedad. Por eso Maxim gritó a los suyos que por el momento no tirasen y que en general economizaran las flechas y las armas; que recurrieran a ellas sólo cuando estuviesen seguros de que podrían alcanzar al enemigo y que de un solo golpe les causarían pérdidas considerables. Para no permitir que los atacantes se acercaran, él y otros compañeros selectos se establecieron afuera, a unos veinte pasos de la entrada, tras una sólida pared de tablas, parte de una valla no terminada de construir. La altura de la valla era de la estatura de un hombre

y las flechas de los mongoles no hacían blanco. En cambio las flechas certeras, aunque ocasionales, de los tujoleños herían mortalmente a los mongoles conteniendo su empuje. Al notar eso el enfurecimiento de Tugar Vovk fue formidable.

— ¡Al asalto! — vociferó, y el tropel de mongoles reunidos bajo su mando echó a correr con gritos asordadores hacia la valla de tablas. Tras la pared el silencio reinante hacía pensar que todo allí había muerto. Los mongoles ya estaban a punto de llegar, ya estaban a punto de arrasar la pared, cuando de improvviso surgió como de debajo de la tierra una hilera de cabezas y fornidos hombros; y silbó una nube de flechas de hierro; y los mongoles heridos bramaron de dolor con voces pavorosas. Una mitad cayó como segada y la otra retrocedió en desorden, sin hacer caso a los gritos y maldiciones del boyardo.

— ¡Hurra, intrépidos! ¡Hurra, Maxim! ¡Hurra, Tujla! — gritaban los defensores recobrando el valor. Pero el boyardo, fuera de sí de la cólera, organizaba un nuevo destacamento para el ataque. Enseñaba a los mongoles cómo había que atacar y no dispersarse bajo el primer golpe del enemigo, sino avanzar por encima de sus cadáveres. En esos momentos Maxim también explicaba a su gente lo que había que hacer y con las armas listas esperaban el ataque de los mongoles.

— ¡Adelante! — gritó el boyardo. Al principio los mongoles lanzaron una nube de flechas contra el enemigo y después, en tropel, arremetieron contra la pared. Los sitiados volvieron a recibirlos con flechas certeras y una nueva parte de atacantes volvió a caer a tierra con gritos desesperados. Pero los demás ya no retrocedieron y, aturdiendo a gritos, siguieron la carrera y llegaron a la pared. El minuto fue espantoso. La fina pared de tablas separaba a los enemigos mortales que, a pesar de encontrarse muy cerca, no se podían alcanzar. Más o menos un minuto callaron los unos y los otros; sólo la cálida y agitada respiración se oía a ambos lados de la pared. De improvviso, como obedeciendo a una señal,

sonó el golpear de las hachas mongolas contra la pared, pero en ese momento los jóvenes tujoleños levantaron la pared con fuertes palancas de troncos y, apoyándose con los hombros, la derribaron contra los mongoles. En el mismo instante en que caía la pared aplastando las filas delanteras de los mongoles, los jóvenes tujoleños, armados de hachas con mangos largos, se lanzaron al ataque desmenuzando cráneos mongoles. Salpicó la sangre, se oyeron gritos y lamentos del enemigo y de nuevo se volvió a dispersar la ola de atacantes, dejando en el campo de batalla a muertos y heridos. Los sitiados volvieron a saludar el triunfo de sus compañeros con gritos de alegría, los mongoles contestaron a ese grito con una lluvia de flechas y el boyardo, con rabiosas maldiciones. Pero los tujoleños tuvieron que abandonar la posición avanzada; con sinsabor dejaban el lugar donde habían rechazado con tanto éxito el primer ataque mongol. Sin pérdidas, sin heridos, bien armados y en el mejor orden los jóvenes retrocedieron hacia las paredes de la casa boyardesa, de cara al enemigo.

Mientras que en la parte sur de la casa los tujoleños rechazaban consecuentemente los ataques de los mongoles, en la norte se había entablado una lucha obstinada, pero no tan venturosa para los sitiados. Allí también silbaron flechas mongolas que no causaron daño a los asediados, entonces los atacantes, sin demoras, emprendieron el asalto y los asediados se las vieron muy malas. Todo el grupo se arrojó contra los mongoles, pero fueron recibidos a flechazos y tuvieron que retroceder, dejando a tres heridos que los mongoles despedazaron al instante.

En esos momentos lo más importante para Maxim era recorrer todas las posiciones y apreciar la situación. Los mongoles cercaron la casa con una cadena viva, lanzándole ininterrumpidas nubes de flechas. Los sitiados también disparaban, aunque con menos frecuencia. Maxim cayó en la cuenta de que los atacantes intentaban hacerles entrar en la casa, desde donde no podrían tirar tan frecuentemente y, por lo

tanto, no costaría trabajo derrotarles. Por consiguiente, lo principal para los defensores era mantenerse afuera, junto a las paredes de la casa. Pero allí sus filas estaban al descubierto. Para poderse defender de las flechas con algo, Maxim ordenó arrancar las puertas, quitar las tapas de las mesas e instalarlas delante de los guerreros, como grandes escudos. Tras ese resguardo, fuera de peligro, los jóvenes tiraban con precisión, ignorando las flechas de los mongoles. Maxim iba de un grupo a otro ideando nuevos métodos de defensa y apoyando a sus compañeros con palabras y hechos.

— ¡Debemos mantenernos firmes, compañeros! — decía —. ¡Pronto en Tujla oirán los gritos o alguien verá lo que aquí está ocurriendo y vendrán refuerzos!

El asedio ya duraba media hora. Los mongoles disparaban maldiciendo a los “perros rusos” que no sólo no se rendían, sino que osaron defenderse tan obstinada y afortunadamente. Tugar Vovk convocó un consejo con los cabecillas mongoles más notables para discutir la forma de emprender un ataque decisivo.

— ¡Hay que tomarlos por asalto! — dijo uno.

— No, tomarlos por asalto es difícil, hay que disparar hasta que matemos a todos — propuso otro.

— Esperad — objetó Tugar Vovk —, todo a su debido tiempo. Lo que debemos hacer ahora es echarles de sus posiciones. Para distraer su atención unid nuestras fuerzas principales imitando un asalto, mientras tanto pequeños destacamentos deberán ir por ambos lados hacia las paredes laterales no protegidas. Cierto es que esas paredes no tienen ventanas, pero cuando nuestra gente se instale allí podrán causarle al enemigo grandes estragos.

Los jefes aceptaron la proposición, ya que siendo inexpertos en semejantes maniobras, no hubieran podido idear nada mejor. El ejército mongol se activó, se oyó el chocar de las armas, brillaron al sol las espadas y las hachas; los jóvenes tujoleños también empuñaron valorosos sus armas, preparándose para el difícil combate. Mientras los mongoles deli-

beraban y se preparaban para el falso asalto, Maxim no perdía el cuidado. A la mente le vino una feliz idea. El techo tablado de la casa boyardesa tenía en sus cuatro lados pequeñas ventanas, en cada una de las cuales Maxim apostó a dos de sus hombres más débiles para que observaran todo desplazamiento del enemigo y trataran de causarle pérdidas con flechas o piedras desde sus ventajosas posiciones. Mientras que uno vigilaba, otro estaba listo para proporcionarle todo lo que aquél necesitaba, a la vez que un tercero transmitía las nuevas a los compañeros de abajo.

Sonaron las cornetas y los mongoles, dando gritos salvajes, se arrojaron contra el enemigo. Mas no intentaron acercarse mucho, sino que, habiendo recorrido la mitad del camino, de improviso se detuvieron y lanzaron sus flechas contra los asediados. Pero cuando éstos, listos para el combate final y decisivo los recibieron con la mar de flechas provocándoles grandes pérdidas, toda la línea del ejército mongol retrocedió en el acto. Con chanzas estruendosas saludaron los tujoleños esa retirada.

— ¡Eh, boyardo! — gritó Maxim —. ¡Por lo visto el ejército del gran Chinguis-kan tiene corazón de ratón: ni bien toma la carrera recula! ¿No te avergüenza, viejo caballero, ejercer el mando de cobardes que se sienten valientes nada más que en manadas, como los carneros, y a solas ninguno de ellos vale medio hombre?

El boyardo nada contestó a la burla; él sabía perfectamente que la risa de Maxim era prematura. El mismo Maxim muy pronto también lo comprendió.

El grito de alegría de los mongoles resonó muy cerca, tras las paredes laterales de la casa, a la derecha y a la izquierda simultáneamente. Durante el falso asalto ellos se lanzaron a las paredes que, no teniendo puertas ni ventanas, apenas si era vigilada por los tujoleños. Claro que la gente apostada en el desván vio que los mongoles se aproximaban por ambos lados y les lanzaron varias flechas certeras, pero eso no pudo detener al enemigo; además, parados junto a las mismas pa-

redes, los mongoles se veían protegidos por el alero de cualquier peligro de arriba.

Maxim palideció al oír junto a sí los gritos siniestros y al enterarse por el vigía del desván de lo que aquellos significaban.

“Estamos perdidos — pensó —. Salvarnos es imposible. Lo que nos queda es luchar a muerte”.

Tugar Vovk, al ver el resultado exitoso de su idea, regocijó jubiloso.

— ¡Eh, lacayos! — gritó —. Ya veremos si vuestro orgullo es duradero. Mirad, mis guerreros ya están junto a vuestras paredes. ¡Fuego a las paredes! ¡En un santiamén les haremos salir de ese nido y en campo abierto jugaremos con ellos al igual que el gato lo hace con el ratón!

Maxim comprendió que se las verían negras y convocó a todos sus compañeros, pues ya no tenía sentido seguir defendiéndose por separado cuando los mongoles habían encendido las paredes laterales.

— Hermanos — dijo —, por lo visto deberemos morir; hay pocas esperanzas de salvarnos. Los mongoles, sabedlo de antemano, no se compadecerán del que caiga en sus manos, como no se compadecieron de nuestros compañeros heridos. ¡Y si debemos morir, hagámoslo como hombres, con las armas en mano! ¿Qué opináis: nos quedamos aquí y luchamos hasta el último aliento, algo protegidos por estas paredes, o atacamos de un golpe intentando abrir una brecha en las filas de los mongoles?

— ¡Atacar, hay que atacar a los mongoles! — gritaron todos unánimemente —. ¡No tenemos porqué asemejarnos a las zorras que el cazador echa con humo de las madrigueras!

— Bien, así será, si ésa es vuestra voluntad — dijo Maxim —. ¡Formaos en tres filas, tirad los arcos y las flechas, empuñad las hachas y los cuchillos y seguidme!

Nuestros jóvenes chocaron con los mongoles como una enorme piedra arrojada por una honda gigantesca contra las paredes de alguna fortaleza. Cierto es que antes de que los

alcanzaran fueron recibidos con una lluvia de flechas que no les causaron daño alguno, pues la primera fila de tujoleños llevaba sobre dos lanzas delante suyo, en calidad de escudo, una tapa de mesa sobre la cual se clavaban las flechas mongolas. Al acercarse a los mongoles la primera fila arrojó a un lado el escudo de madera y todo el destacamento se lanzó contra el enemigo con loca intrepidez. En el acto el desconcierto se apoderó de los mongoles y éstos empezaron a correr a la desbandada, pero Tugar Vovk apareció con su destacamento y rodeó a los audaces por todas partes, como rodean los cazadores con una jauría al enfurecido jabalí. Comenzó una matanza terrible. A decenas enteras de mongoles derribaban los osados jóvenes, pero Tugar Vovk enviaba cada vez nuevos destacamentos. La sangre corría a chorros y la gente se echaba sañuda de un lado a otro. El clamor de los heridos, el gemir de los moribundos, los gritos de los maníacos asesinos, todo se confundió en una sinfonía infernal que hería los oídos y el corazón, esparciéndose bajo ese sol sonriente y radiante en el fondo del verde vivo de los bosques de pinabetes, bajo el susurro inquieto de los álgidos torrentes.

— ¡A la derecha, compañeros! ¡Presionémosles juntos, todos a la vez! — gritaba Maxim deshaciéndose de tres mongoles que trataban de arrancarle el arma de sus manos. Tensando todas sus fuerzas los jóvenes tujoleños se abalanzaron sobre la derecha, donde estaba el punto más flojo de los mongoles y era más fácil romper las filas enemigas. Tras una breve resistencia los mongoles retrocedieron.

— ¡Adelante, seguid persiguiéndoles! — gritó Maxim arrojándose con su hacha ensangrentada contra los re culantes mongoles. Sus compañeros le siguieron y el retroceso de los mongoles pronto se convirtió en una huída desorganizada. Los intrépidos jóvenes corrían tras ellos, derrumbando a uno tras otro de los que iban atrás. Frente a los audaces había un campo abierto y en las cercanías, un bosque oscuro. Si lograban alcanzarlo estarían salvados; ninguna fuerza mongola nada allí podría contra ellos.

— ¡Adelante, compañeros, adelante, hacia el bosque! — gritaba Maxim y sin descanso, en silencio, ensangrentados y temibles, como si de verdad fueran animales salvajes, los tujoleños perseguían a los fugitivos mongoles que corrían en dirección del bosque. De una sola mirada Tugar Vovk apreció la situación y rió a carcajadas.

— ¡Que les vaya bien! — gritó en pos de los jóvenes —. ¡Ya nos encontraremos en este camino!

Y separó rápidamente una parte del ejército y la envió hacia arriba, hacia el camino tujoleño, para que le salga al encuentro de los jóvenes del lado del bosque. Él sabía perfectamente que sus mongoles llegarían a tiempo. Mientras tanto, con la otra parte del destacamento se largó a perseguir a los tujoleños.

Tres nubes de polvo flotaban sobre el campo a orillas del Ópir; tres grupos de gente se perseguían en ese campo. Llevaba la delantera un pequeño grupo de mongoles asustados y derrotados; tras ellos, alcanzándoles, iban nuestros jóvenes encabezados por Maxim, y en pos de ellos, las fuerzas principales de los mongoles bajo el mando de Tugar Vovk. El tercer destacamento mongol, enviado por Tugar para cortar el camino a los jóvenes, muy pronto se perdió de vista sin que hubiera sido notado por los que tan enfrascados estaban en la persecución.

De improviso los mongoles fugitivos se detuvieron. Frente a ellos surgió un obstáculo inesperado: un profundo pasaje tallado en la roca, el comienzo del camino tujoleño. El pasaje en ese lugar tenía una profundidad de casi dos sázhenes; bajar por sus paredes abruptas y lisas era imposible y saltar, sumamente peligroso, especialmente para la primera fila de los fugitivos que arriesgaban con que la segunda saltara sobre ellos. Invadidos por la alarma mortal que a veces hasta al más cobarde a último momento le atribuye valor, los mongoles se detuvieron y se pusieron de cara a sus enemigos. En ese instante nació en ellos una esperanza imprevista: en pos del enemigo vieron a sus correligionarios que le alcanza-

ban y sus manos empuñaron involuntariamente las armas. Pero ese súbito acceso de valor ya no podía salvarles. Como un huracán desencadenado los jóvenes tujoleños cayeron sobre ellos quebrando y derrumbando todos los obstáculos hasta hacerlos caer al despeñadero. Con clamores caían al fondo del pasaje los de atrás, mientras que los de adelante se desplomaban descalabrados por las espadas y hachas tujoleñas. Pero después los jóvenes mismos se vieron al borde de la abrupta pared y se sobrecogieron. ¡Por atrás les alcanzaba Tugar Vovk con los mongoles y por delante tenían ese terrible barranco! A Maxim le bastó un minuto de reflexión. La vista de los mongoles mutilados yacentes en el fondo del pasaje le sugirió una buena idea.

— ¡Los de la fila de atrás, encarad a los mongoles y detened por un momento su empuje, y los de adelante, tirad los cadáveres de los mongoles al pasaje y saltad sobre ellos! — gritó.

— ¡Hurra! — exclamaron animados los valientes jóvenes cumpliendo la orden. Los cadáveres aún tibios de los mongoles caían al fondo chocando sordamente; para los jóvenes brilló la esperanza de la salvación. Pero los perseguidores, encabezados por Tugar Vovk, les dieron alcance.

— ¡Oh, no! — gritaba éste —. ¡Esta vez no os escurriréis de entre mis manos! — Y con su pesada hacha tumbó al primer enemigo que se le topó y quien hasta el día anterior fuera su arquero más fiel. Gimió el mortalmente herido y cayó a los pies del boyardo. Un compañero del herido alzó su hacha sobre la cabeza de Tugar para vengarse de su amigo, pero al instante fue levantado en vilo por dos lanzas mongoles. Toda la primera fila de jóvenes sucumbió después de una breve resistencia. Eran los más débiles, los heridos en el combate anterior que iban últimos en la persecución. No obstante detuvieron por un minuto a los mongoles y sus más afortunados compañeros ya estaban a salvo en el fondo del pasaje.

— ¡Deteneos! — gritó Maxim a los suyos —. ¡Poneos en fila contra la pared! ¡Si nos siguen, aquí les haremos un baño sangriento!

— ¡La primera fila, saltad tras ellos! — ordenó Tugar Vovk en su absurda afición. Y la primera fila saltó para no volver a levantarse más; muchos ni llegaron vivos hasta el fondo, pues fueron cazados en vuelo por las hachas de los tujoleños.

— ¡Hurra! — exclamaron éstos con júbilo —. ¡A ver, la segunda fila, salta también!

Pero la segunda fila, parada en lo alto del pasaje, no se apresuraba en saltar. Tugar Vovk comprendió su error y en seguida envió un vigoroso destacamento más abajo, al valle, para cerrar la salida del desfiladero.

— ¡Ahora caerán como pajaritos! — se alegraba —. ¡Mis cazadores ya están cerca! ¡A ver, chiquillos, adelante!

Allí mismo, a los pies de Tugar Vovk, se oyó en el desfiladero el grito frenético de los mongoles. Era el destacamento que había enviado por el camino de arriba para cortar el paso a los tujoleños y que ahora les estaba embistiendo.

— ¡Corramos abajo! — vocearon los tujoleños, pero una sola mirada bastó para cerciorarse de que toda idea de salvación era vana. Allí, a la entrada, ennegrecía otro grupo de mongoles que iba a su encuentro para condenarles en esa jaula de piedra.

— ¡Ahora sí ha llegado la hora de morir! — dijo Maxim limpiando su hacha ensangrentada en la pelliza del mongol muerto que yacía a sus pies —. ¡Compañeros, armaos de valor para el combate final!

¡Y con qué valor arremetieron! Reuniendo sus últimas fuerzas se arrojaron contra los mongoles, y a pesar de lo inclinado del camino, favorable para los mongoles, los desbarataron una vez más provocándoles grandes pérdidas. Pero con la fuerza de su impulso el enemigo les hizo retroceder hacia el valle, perturbando el orden de sus filas. Defendiéndose heroicamente los jóvenes caían uno tras otro; sólo Maxim, luchando como un león, se mantenía completamente ileso. Los mongoles le eludían, y si lo atacaban, era con la intención de arrebatárle el arma de su mano, de capturarlo vivo. Esa era la legible orden de Tugar Vovk.

Momentos seguidos les embistió el destacamento mongol que venía de abajo: los tujoleños quedaron atrapados en esa jaula de piedra que no tenía salida, apretujados contra la pared, teniendo frente a sí el campo libre que se limpiaban a fuerza de espadaos y hachazos. Pero los tujoleños empezaron a aflojar, los mongoles se les echaban encima como las olas de una riada. Algunos, habiendo perdido la última esperanza de salvación y viendo que era imposible seguir luchando, se lanzaban a ciegas en medio de la muchedumbre de mongoles y al momento caían partidos por sus hachas. Otros, susurrando plegarias, se pegaban a la pared como si ésta fuera capaz de proporcionarles alguna ayuda; unos terceros parecían defenderse, pero lo hacían inconscientemente, agitando automáticamente sus hachas, y los golpes mortales que les asestaban los mongoles ya eran recibidos por sus subconscientes e inanimados cadáveres. Sólo un pequeño puñado de los más fuertes, que eran cinco, habiendo rodeado a Maxim se mantenía firme, como la cima de una roca entre el elemento desencadenado. Ese puñado de guerreros parados sobre un montón de cadáveres, como en una torre, rechazó tres asaltos mongoles; las espadas y hachas de los héroes se habían embotado, sus ropas, manos y caras estaban completamente impregnadas de sangre, pero se seguía oyendo la voz recia y clara de Maxim que animaba a sus compañeros a la lucha. Tugar Vovk miraba desde arriba semienfadado, semi-extrañado al audaz joven.

— ¡Vivir para ver que es excelente el joven! — profirió para sí —. No hay nada de raro que haya seducido a mi hija. ¡A mí mismo podría cautivarme con su caballeresca intrepidez!

Después, dándose vuelta hacia los mongoles parados al borde del despeñadero, gritó:

— ¡Adelante, saltad sobre ellos! ¡Es hora de terminar con esta matanza! ¡No toquéis sólo a éste! — vociferó señalando a Maxim.

Y todos los mongoles a la vez, al igual que una pesada roca, se vinieron abajo derribando al pequeño grupo de héroes aún no derrotados. Una vez más sonó el endemoniado grito, una vez más se toparon los mongoles con los tujoleños, pero esta vez la lucha fue corta. Sobre cada uno de los héroes se abalanzó toda una multitud de foráneos. Los valientes jóvenes perecieron. Sólo Maxim se mantenía en pie, como un roble a campo abierto. Él le partió la cabeza al mongol que le había embestido y ya había alzado la mano contra otro, cuando una mano férrea le apretó el cuello por atrás arrojándole al suelo. Maxim cayó batido por la perfidia; sobre él se inclinó el rostro de Tugar Vovk, colorado de ira y tensión.

— ¿Y qué, plebeyo? — gritaba burlonamente el boyardo —. ¿Ahora ves que sé cumplir mis promesas? ¡Ea, chiquillos, encadenadle!

— Aun encadenado seré libre. Yo llevo cadenas en mis manos, pero tú, en el alma — dijo Maxim.

El boyardo rio a carcajadas y se fue a poner en orden el ejército mongol, cuyo número, después de la sangrienta matanza, se redujo seriamente.

Con el cuerpo principal de los mongoles que sobrevivieron Tugar Vovk se dirigió hacia su casa; a los demás les ordenó que rodearan el nefasto pasaje cubierto de cadáveres. Habiendo designado a todos los sanos que vigilaran el pasaje, él, con un pequeño grupo y el capturado Maxim, se dispuso a regresar al campamento.

— ¡Malditos mujiks! — refunfuñaba el boyardo haciendo cuenta de las bajas —. ¡A cuánta gente acabaron! ¡Aunque..., al diablo con los mongoles, lástima no les tengo! ¡Si gracias a esos cadáveres yo pudiera obtener fuerza y poder, también me revelaría contra ellos! ¡Uf del travieso de Maxim: éste sí es un guerrero! Quién sabe, tal vez me sea útil. Ya que está en mis manos hay que aprovecharlo. Nos servirá de guía en las montañas, pues ¡vaya uno a saber qué camino es y si tiene o no rodeos! Ahora que dispongo de él hay que hacerle

partícipe de mis asuntos, lagotearlo un poco, ¿quién sabe dónde me ha de ser útil?

Mientras tanto los mongoles preparaban los caballos para el viaje. Maxim, sujeto de pies y manos con pesadas cadenas, ensangrentado, sin sombrero, con la ropa ajironada, se hallaba sentado sobre una piedra junto al río, conteniendo su desesperanzado corazón. Frente a él, en el campo y el desfiladero, a montones yacían los cadáveres ensangrentados y aún tibios de sus amigos y enemigos exterminados a sable y hacha. ¡Cuán felices eran! ¡Yacían silenciosa y pacíficamente en su lecho de sangre sin saber de la cólera, los sufrimientos ni la enemistad! ¡Ellos se reían ahora de todas las cadenas, de toda



la fuerza brutal de Chinguis-kan, mientras que un pedazo de hierro le convirtió a él en juguete inanimado del despotismo salvaje, en víctima de una sangrienta venganza! ¡Cuán felices eran los cadáveres! Aún mutilados conservaban los rasgos humanos, en tanto él, en un santiamén, fue convertido por esas cadenas en un animal, en un esclavo!

— ¡Sol justiciero! — exclamó Maxim profundamente atormentado — ¿Será posible que tu voluntad sea verme morir encadenado? ¿Será posible que con tu límpida sonrisa hayas iluminado tantas veces los días de mi felicidad tan sólo para iluminar hoy mi infinita angustia? ¿Será posible, Sol, que hayas dejado de ser el buen dios de Tujla para convertirte en protector de esos crueles salvajes?

¡Pero el sol reía! Con rayos resplandecientes y calurosos refulgía en los charcos de sangre, besaba a los muertos sus labios azulados y las profundas heridas, de las cuales se derramaban sesos y entrañas humanas todavía tibias. Vertía también los mismos rayos resplandecientes y calurosos sobre el verde bosque, las bellas y perfumadas flores y los altos pasturajes montañoses que se bañaban en el aire puro y celeste. El sol reía y su sonrisa celestial e indiferente hería aún más el alma martirizada de Maxim.

VI

¡Qué raro fue el sueño de Zajar Bérkut! Le pareció que ese día se celebraba la fiesta anual del Guardián y que toda la comuna se había reunido junto a esa roca, a la entrada del desfiladero tujoleño; las jóvenes adornaban sus cabezas con coronas de flores y los muchachos llevaban instrumentos musicales, todos vestían ropa nueva y festiva. Helo allí, al más anciano de la comuna, él es el primero en acercarse a la roca y rezarle. Presentimientos misteriosos, alarmantes, dolorosos invaden su alma mientras ora; el corazón se le oprime sin saber por qué. Reza vehementemente; después de dos o tres palabras de la plegaria corriente renuncia a las frases antiguas

establecidas por la costumbre; una oración nueva, más apasionada e inspirada, emana de sus labios; toda la comuna, conmovida por ella, se postra, postrándose él también. Las palabras no dejan de fluir, en derredor oscurece, nubes negras cubren el cielo, retumban truenos, el destellar de los relámpagos ciñe el firmamento con una luz enceguecedora, la tierra se estremece y de pronto, inclinándose lentamente, la roca sagrada abandona su posición inicial y cae sobre él con un formidable estruendo.

“¿Qué podría significar? — se preguntaba Zajar meditando en lo soñado —. ¿Suerte o desgracia? ¿Alegría o aflicción?”. Mas no pudo responder a esas preguntas y el sueño le dejó un pesado presentimiento, una señal de tristeza remarcó su frente.

¡Los presentimientos no tardaron en verificarse! Justo a mediodía a Tujla llegaron novedades angustiosas e inesperadas. Los pastores del pasturaje vecino acudieron sofocados vociferando que junto a la casa del boyardo habían visto un combate, una muchedumbre de gente bruna desconocida y oído gritos incomprensibles y desgarradores. Casi todos los jóvenes de Tujla, armándose de lo que les cayera a mano, corrieron hacia el lugar de los sucesos, pero se detuvieron a lo lejos al ver el ensangrentado campo de batalla cubierto de cadáveres y la casa del boyardo rodeada de una muchedumbre de mongoles. No había dudas que los jóvenes que tenían que destruir la casa del boyardo habían perecido en una lucha desigual con el invasor. No sabiendo qué hacer, los jóvenes tujoleños regresaron a la aldea divulgando la terrible novedad. Al oírlo el viejo Zajar se estremeció y una lágrima amarga corrió por su rostro senil.

— ¡Así se ha hecho realidad lo que he visto en sueños! — murmuró —. Mi hijo, Maxim, ha muerto defendiendo su aldea. Así debe ser.

Todos hemos de morir algún día, pero no todos están predestinados a morir gloriosamente. No debo afligirme, sino sentir satisfacción por su destino.

Así se consolaba el viejo Zajar, sin embargo, el corazón se le partía en pedazos: demasiado profundo era el cariño que con toda el alma sentía por su hijo menor. Pero muy pronto Zajar recobró sus fuerzas espirituales. La comuna le llamaba y esperaba su consejo. Jóvenes y ancianos en gran cantidad encaminaron sus pasos a las afueras de la aldea, hacia el desfiladero de Tujla, tan cerca del cual se hallaba su atroz enemigo. Desde que se estableciera Tujla, esa era la primera vez que el consejo tujoleño se reunía sin las ceremonias tradicionales, sin la bandera, bajo el ruido de las hachas y las hoces al chocarse, entre un murmullo semialarmante, semi-bélico. Los jóvenes y los ancianos, armados y desarmados, se trasladaban de un lado a otro en desorden, hasta las mujeres iban de aquí para allá en medio de la muchedumbre intentando averiguar algo sobre el enemigo o llorando a lágrima viva la muerte de sus hijos.

— ¿Qué hacer? ¿Por dónde empezar? ¿Cómo defendernos? — se oía decir en la multitud. Una sola idea predominaba sobre las demás: llegar al desfiladero y defenderse de los mongoles hasta la última gota de sangre. Los que más insistían en ello eran los jóvenes.

— ¡Queremos morir como nuestros hermanos, defendiendo la patria! — gritaban —. ¡Sólo por encima de nuestros cadáveres pasarán los enemigos al valle de Tujla!

— ¡Hay que poner talas en el desfiladero y luchar desde allí contra los mongoles! — aconsejaban los de mayor edad.

Después, cuando el vocerío se calmó un tanto, habló Zajar Bérkut:

— Aunque el arte militar no es cosa mía y no corresponde a mí, un viejo, dar consejos de algo que personalmente no puedo hacer, pienso que no serán grandes nuestros méritos si rechazamos a los mongoles, sobre todo si tomamos en consideración que no nos será muy difícil hacerlo. Ellos mataron a nuestros hijos, cuya sangre ha bañado nuestras tierras y está clamando venganza. ¿Acaso nos vengaremos de nuestros enemigos, los devastadores de nuestra patria, si sólo les re-

chazamos de nuestra aldea? ¡No! Rechazados, con ira redobla-
da atacarán otras aldeas. ¡Nuestro fin no debe ser recha-
zarlos, sino aniquilarlos!

La comuna escuchaba atentamente a su orador, y la ju-
ventud, propensa a todo lo nuevo e inesperado, ya estaba dis-
puesta a aceptar el consejo, aunque no sabía como seguirlo.
Pero muchos ancianos se pronunciaron en contra.

— No tomes a mal mis palabras, padre Zajar — dijo uno
de los comuneros —, pero tu consejo, aunque sabio y nos pro-
mete gran honra, es irrealizable. Nuestras fuerzas son pocas,
mientras que el ejército mongol es grande. Todavía no han
llegado refuerzos de otras comunas montaÑesas y vallistas,
y si aun llegasen a tiempo, no tenemos las fuerzas suficien-
tes ni siquiera para rodear a los mongoles ¡ni que hablar ya
de derrotarles en combate abierto! Por lo tanto, ¿cómo hemos
de derrotarles? ¡No, no! ¡Son muy escasas nuestras fuerzas!
¡Feliz de nosotros si logramos rechazarles de nuestra aldea
y les obligamos a cambiar de camino! ¡No tenemos ni el me-
nor chance de salir victoriosos!

Viendo toda la razón de esas objeciones, Zajar Bérkut,
aunque de muy mala gana, estaba dispuesto a renunciar a su
vehemente idea juvenil, cuando de improviso dos aconteci-
mientos imprevistos levantaron considerablemente el ánimo
de los comuneros tujoleños y cambiaron de forma radical su
resolución.

Calle abajo aparecieron en la aldea uno tras otro tres des-
tacamentos de jóvenes armados que marchaban bajo el acom-
pañamiento de trompetas y tremitas. Cada destacamento lle-
vaba a la cabeza su bandera de combate; sus canciones com-
bativas y bravas se esparcían lejos por las montañas. Venía
el refuerzo prometido a los tujoleños de las comunas monta-
Ñesas y vallistas. Como altos arcos, hombro a hombro, se for-
maron los jóvenes de los tres destacamentos en largas filas
frente a la comuna y en señal de salutación rindieron las
banderas. Daba gusto ver los juveniles rostros sonrosados y
radiantes de salud que relucían joven intrepidez y arrogancia

al comprender que tendrían que defender a brazo partido lo más querido y que se les encomendaba una gran causa. Los tujoleños les dieron la bienvenida con exclamaciones alegres y estruendosas; sólo las madres que ese día habían perdido a sus hijos sollozaron viendo esa élite del pueblo que tal vez mañana cayera segada y aplastada, como habían caído sus queridos hijos. Al viejo Zajar Bérkut también se le oprimió el corazón cuando vio a esos mozos y pensó cuán notablemente se hubiera distinguido entre ellos su hijo Maxim. Pero no, ¡basta! Los muertos no resucitan y los vivos deben pensar en los vivos..

Aún no había calmado la alegría motivada por la llegada de los anhelados aliados, la comuna aún no había hecho a tiempo de continuar sus deliberaciones, cuando del lado opuesto, en el claro del bosque sobre el desfiladero tujoleño, apareció un nuevo huésped completamente inesperado. Montado en un caballo transpirado y arañado por las ramas y plantas espinosas, un jinete cabalgaba impetuosamente por el bosque, sin rozar las ramas y pegado al crin para que su carrera fuera más rápida y segura. De lejos era imposible determinar quién era. Vestía una pelliza mongola vuelta al revés y en la cabeza llevaba un bonito gorro de piel de castor. Los jóvenes creyeron que era un batidor mongol y salieron a su encuentro con los arcos y flechas listos. Pero al salir del bosque y acercarse a la abrupta escarpadura por la cual había que bajar al valle tujoleño, el supuesto mongol se apeó, se quitó la pelliza y dejó a todos pasmados, pues era una mujer que venía vistiendo una capa de tela blanca con entretejidos de seda, llevaba en sus espaldas un arco y, tras el cinto, una pequeña hacha brillante.

— ¡Miroslava, la hija de nuestro boyardo! — profirieron los jóvenes tujoleños sin poder quitar la mirada de la hermosa e intrépida muchacha. Mas ella, según parecía, ni siquiera les miraba, y, habiendo dejado el caballo en el lugar donde se apeara, buscó apresurosa con la vista una senda por la que hubiera podido bajar al valle. Sus escudriñadores ojos

bien pronto hallaron una casi imperceptible entre los copiosos y anchos helechos y las espinosas zarzas. Con paso firme, como si desde niña siempre lo hiciera, la joven bajó por la senda al valle y se acercó a la muchedumbre.

— ¡Buenos días, honorable comuna! — dijo ligeramente ruborizada —. Me apresuraba para advertiros que los mongoles se acercan y al atardecer estarán aquí y para que estéis preparados a recibirles.

— Nosotros lo sabíamos — prorrumpieron unas voces —, eso no es ninguna novedad.

Las voces sonaban bruscas, llenas de enemistad hacia la hija del vil boyardo, por cuya culpa perecieron tantos gallardos jóvenes. Aunque la muchacha evidentemente notó brusquedad, no se ofendió por ella.

— Tanto mejor para mí si os habéis preparado ya — dijo ella. — Ahora os pido que me digáis quien de vosotros es Zajar Bérkut.

— Heme aquí, muchacha — dijo el viejo Zajar acercándosele. Miroslava le miró con respeto y atención largo rato.

— Permíteme, honorable padre — dijo ella con voz temblorosa por la emoción —, decirte ante todo que tu hijo está sano y salvo.

— ¡Mi hijo! — exclamó Zajar —. ¡Sano y salvo! ¡O, Dios! ¿Dónde está? ¿Qué ha pasado con él?

— Que no te asuste, padre, la nueva que te voy a comunicar. Tu hijo está en el cautiverio mongol.

— ¿En el cautiverio? — gritó Zajar como fulminado —. ¡No puede ser! Mi hijo preferiría ser desmenuzado antes de caer cautivo. ¡Eso no puede ser! ¡Tú quieres atemorizarme, mala mujer!

— No, padre, yo no te asusto. Lo que te he dicho es verdad. Vengo directamente del campamento mongol, le he visto y he hablado con él. Le han capturado y encadenado a fuerza y perfidia. Aunque sin heridas, estaba todo empañado en sangre enemiga. ¡No, padre, tu hijo no ha deshonrado tu nombre!

— ¿Y qué es lo que te ha dicho?

— Me ha encomendado que venga a ti, padre, que te consuele en tu soledad y tristeza y que me convierta en tu hija, en tu criatura, pues yo, padre — su voz se hizo más temblorosa —, soy ... huérfana ¡no tengo padre!

— ¿No tienes padre? ¿Será posible que Tugar Vovk haya muerto?

— No, Tugar Vovk está vivo, pero Tugar Vovk ha dejado de ser mi padre desde ... que traicionó .. a su patria y se puso ... al servicio de los mongoles.

— Eso era de esperar — contestó Zajar con aire sombrío.

— Ahora no puedo considerarle de padre, ya que no quiero traicionar a mi patria. ¡Haz tú de padre para mí! ¡Admítete, padre, como hija! ¡Tu desdichado hijo te lo pide por boca mía!

— ¡Mi hijo! ¡Mi pobre hijo! — profirió Zajar con voz lastimera, sin levantar los ojos a Miroslava —. ¿Quién me consolará después de su muerte?

— No temas, padre, tal vez no le hayan matado aún, quizás podamos liberarle. Escucha lo que me ha encomendado Maxim.

— ¡Habla, habla! — dijo Zajar volviéndola a mirar.

— Ha recomendado a la comuna de Tujla que no contenga a los mongoles antes del desfiladero, sino que les dejen entrar al vallejo. Allí se les puede rodear y matar hasta el último, o hacerles morir de hambre. Sólo hay que poner talas en el paso junto a la catarata y llevarse de la aldea todos los bienes comunales, todo el trigo, todo el pan, todo el ganado y después bloquear a los mongoles por todas partes. “¡Los vencen allí — dijo Maxim —, o en ningún lado!”. Eso es lo que recomienda Maxim.

Toda la comuna escuchaba a Miroslava con tensa atención. Tras sus palabras reinó un profundo silencio. Sólo Zajar se enderezó con aire soberbio y alegre y luego se acercó a Miroslava con los brazos abiertos.

— ¡Hija mía! — dijo —. ¡Ahora veo que eres digna de ser hija de Zajar Bérkut! ¡Esas son auténticas palabras de mi hijo, en ellas se adivina su audaz espíritu! ¡Con esas palabras has conquistado mi corazón paterno! Ahora que el cielo me ha enviado una hija así en lugar de él, me será más fácil soportar su pérdida.

Llorando a lágrima suelta Miroslava se arrojó a sus brazos.

— No, padre, no hables así — dijo —. Tu hijo no morirá, él regresará a tí. Esta noche estará aquí junto con la horda, y si Dios nos ayuda a derrotarla, tal vez logremos liberarle.

En ese momento desde el desfiladero se oyeron los gritos de los vigías tujoleños: “¡Los mongoles! ¡Los mongoles!”, y al instante acudieron a la carrera vociferando que un incontable ejército mongol habría aparecido en el valle a orillas del Ópir. En contados minutos había que resolver qué hacer, cómo defenderse. Zajar Bérkut se expresó una vez más por dejar entrar a los mongoles al vallejo tujoleño y, después de rodearlos, aniquilarles allí a sablazos o hacerles morir de hambre.

Esta vez nadie se pronunció en contra y la comuna adoptó la resolución muy pronto. Todos corrieron hacia sus casas para esconder sus bienes en los bosques. Los jóvenes de otros lugares se lanzaron a todo correr hacia el extremo alto del valle, hacia la catarata, para poner talas en el pasaje y no permitir que los mongoles pasaran por allí. En la aldea se armó un tremendo alboroto. Gritos, órdenes y preguntas, mugidos de bueyes y el crujido de los carros de dos ruedas se oían por doquier, ensordecían, su eco resonaba en las montañas. Los tujoleños se despedían tristemente de sus huertas y sus campos labrados, de sus casas y patios que ese mismo día el horrendo alud mongol se disponía demoler y hacer trizas. Las madres llevaban a sus llorosos niños y los padres arreaban el ganado, llevaban en los carros los bártulos caseiros, sacos con pan y ropa. El aire sobre la aldea estaba saturado de polvo; sólo el agua plateada del torrente corría como de costumbre y el viejo gigante Guardián se hallaba

melancólico, apesadumbrado y afligido, como si se compadeciera de los hijos que abandonaban ese hermoso valle, como si se hubiese inclinado hacia el desfiladero para cerrarles el paso con su enorme cuerpo de piedra. También sintió congojos el viejo tilo en la plaza de las asambleas en las afueras de la aldea; la tronante catarata, destellando en tornasol bajo los rayos carmesí del sol poniente, se elevaba en columna inmóvil y sangrienta sobre la desolada cuenca tujoleña.

La aldea quedó completamente desierta. Las jatas sumergieron en las nieblas vespertinas; el polvo se posó en el camino, callaron las voces y los ruidos, como si el desierto secular se hubiera tragado todo lo vivo de aquel valle. El sol se ponía tras las montañas tujoleñas hundiéndose en las ligeras nubes escarlata; los oscuros bosques de pinabetes que rodeaban a Tujla se susurraban en silencio, misteriosamente, como si se transmitieran alguna novedad siniestra. Sólo la tierra, se ignora el por qué, resonaba y gemía sordamente; el aire, aunque transparente y fresco, se agitaba colmado de cierto zumbido extraño y confundido que hacía temblar hasta a los más intrépidos. A lo lejos del bosque, en los profundos y oscuros barrancos, entre los impenetrables árboles derribados, aullaban los lobos, se oía el entrecortado ladrar de las zorras, el barritar de los ciervos, el mugir de los uros. Mas en la aldea reinaba un silencio mortal y el cielo era transparente e infinito. Pero no. De pronto el sol desapareció tras una viva nube que venía del occidente colmando el aire con gritos salvajes y descendiendo sobre Tujla. Eran chovas y cuervos, los precursores y constantes acompañantes de la horda que volaban en bandos incontables presintiendo un festín. El siniestro averío revoloteaba y se deshacía en jirones que meneaban en el viento como nubes arrasadas por la tormenta. Los pacíficos techos tujoleños en un abrir y cerrar de ojos se cubrieron de negros huéspedes, cuyos gritos se asemejaban al borbotar del agua hirviendo en una enorme caldera. Los tujoleños, parados en silencio, inmóviles, al pie de

las abruptas paredes de su vallejo, miraban a las repugnantes aves y en el fondo maldecían a esos mensajeros de la muerte y la desolación.

Pero el paisaje cambió muy pronto. De la misma forma en que las crecidas aguas otoñales se despeñan a través de un orificio en el dique, se precipitaron al valle los negros monstruos con gritos horrendos. Desbocada e incontenible una fila apretujaba a la otra; al salir del estrecho desfiladero se detenían, como lo hace el agua bajo las cataratas, y se formaban en largas filas avanzando lentamente y llenando sin impedimentos el desolado valle. A la cabeza, montando un caballo blanco, iba por el camino el terrible y gigante begadir Burunda, y junto a él, otro jinete de menor estatura: Tugar Vovk.

Iban con lentitud, como si a cada minuto esperasen ser atacados desde la aldea. Pero no les atacaban; la aldea parecía haberse despoblado por una epidemia de peste. Con gritos frenéticos se abalanzaron las primeras filas contra las jatas para degollar y saquear como siempre, pero no había a quien matar; las casas estaban desoladas. Gritando con furia los mongoles corrían de una jata a otra echando abajo las puertas, rompiendo los setos y portones, haciendo pedazos las cubas y cestos, destrozando los hornos. Pero su ira fue inútil, pues en la aldea no aparecía nadie.

— ¡Perros malditos! — vociferaba Burunda dirigiéndose a Tugar Vovk —. ¡Han olfateado nuestra llegada y se ocultaron!

— ¿Qué te parece si pasamos la noche aquí, begadir? — inquirió Tugar Vovk sin responder al reproche de Burunda.

— Hasta que no nos topemos con estos perros no podemos pernoctar — contestó Burunda —. ¡Llévanos a la salida de este pozo! ¡Tenemos que asegurárnosla!

— La tenemos asegurada — le calmaba Tugar Vovk, aunque él mismo se sentía extrañado de que todos los tujoleños hubiesen abandonado la aldea tan de prisa. A pesar de que Tugar tranquilizaba al begadir, le pidió que ordenara a los guerreros que cesaran la búsqueda de la presa y que se apre-

surasen en dirección a la salida. De mala gana se pusieron en marcha las filas delanteras de la horda mongola, mientras que las traseras se seguían agolpando en el desfiladero, llenando el valle cada vez con mayor densidad.

El destacamento avanzado ya había salido de la aldea y apurado el paso hacia el pasaje abierto en un peñasco. Desde el valle no se veía nada de lo que allí dentro había y los mongoles, sin temor alguno, se acercaron demasiado a la pared de piedra donde dicho pasaje estaba. Pero de pronto cayó una lluvia de enormes piedras mutilando y matando a los mongoles. Los clamores de los invasores heridos y abatidos hicieron eco en las nubes. Las aves de rapiña revolotearon sobre sus víctimas. Los atacantes ya habían empezado a retroceder y a echarse a la desbandada, cuando Burunda y Tugar Vovk con las espadas desenvainadas se lanzaron a atajarles.

— ¿A dónde váis, insensatos? — bramaba Burunda como un uro enfurecido —. ¡Allí, frente a vosotros, tenéis la salida! ¡Adelante, seguidme!

Y apremiando delante suyo a toda una muchedumbre se lanzó hacia la oscura boca del pasaje. Pero allí les esperaba un buen encuentro. Una multitud de piedras cayó sobre sus cabezas y a más de un guerrero de Chinguis-kan los ojos se le llenaron de sangre saltándoseles a otros los sesos de los cráneos desmenuzados contra las paredes de piedra. Como del mismísimo infierno llegaban del oscuro pasaje gritos y gemidos, pero, amortiguándolos, se oía cada vez con mayor fuerza la voz de Burunda: “¡Adelante, so gallinas, adelante, seguidme!” — y otro gentío, a despecho de una nueva lluvia de piedras, se metió en el pasaje.

— ¡Adelante, arriba! — gritaba Burunda, protegiéndose de las piedras con el escudo.

Mientras tanto Tugar Vovk, viendo arriba, delante suyo, a un grupo de jóvenes tujoleños, ordenó a los mongoles que estaban junto al pasaje que les tiraran unos flechazos. Arriba se oyeron gemidos que provocaron en los mongoles enérgicos

aullidos de regocijo. Pero, vengándose de las heridas ocasionadas a sus tres compañeros los jóvenes tujoleños empezaron a arrojar sobre el invasor enormes bloques con redoblada energía. Mas eso no hubiera retenido al testarudo Burunda si en un recodo en medio del pasaje no se les hubiese presentado un obstáculo inesperado: el pasaje estaba obstruido hasta arriba con enormes piedras. Allí los tujoleños empezaron a atacar con mayor brío y los mongoles, debido a la intensa lluvia de piedras, caían uno tras otro, Burunda comprendió, por fin, que su terquedad era inútil y que no lograría pasar hasta que no arrasara con los tujoleños de la altura que ocupaban.



— ¡Atrás! — gritó Burunda, y los pocos sobrevivientes del destacamento mongol atacante salieron del desfiladero como una piedra arrojada con violencia.

— ¡El pasaje está obstruido! — dijo Burunda al boyardo respirando con dificultad y limpiándose el sudor y la sangre del rostro.

— ¡Dejémosles que regocijen por ahora! — replicó Tugar Vovk.

— No — bramó Burunda mirando con arrogancia al boyardo —, los guerreros del gran Chinguis-kan no acostumbran a dejar las cosas para después si pueden hacerlas ahora.

— ¿Y qué podemos hacer hoy? — inquirió pálido Tugar Vovk sin quitar los ojos de la oscura boca del pasaje, desde donde aún llegaban los horribles ayes de los mongoles mortalmente heridos, pero todavía vivos.

— ¡Expulsar a esos perros de arriba! — gritó irritado Burunda señalando a la cima de la rocosa pared —. ¡Traed las escaleras! ¡Los de adelante, a las escaleras; los de atrás, echadles a flechazos! ¡Ya veremos quién cantará victoria!

Las escaleras fueron traídas de las casas cercanas y, siguiendo el consejo de Tugar Vovk, las unieron con largas varas transversales haciendo de ellas algo semejante a una ancha pared. Los tujoleños observaban la faena con tranquilidad. Al terminarla, los mongoles levantaron la escalera combinada exhalando gritos y la arrastraron hacia la pared de piedra. Ellos fueron recibidos con piedras, flechas y jabalinas, pero detener a los mongoles era imposible, porque si uno que otro caía, los demás seguían llevando la escalera; el lugar de los heridos lo ocupaban otros. Simultáneamente los mongoles de las filas de atrás arrojaban sus flechas haciendo retroceder a los tujoleños. La horrible escalera se acercaba a la pared. La alarma se iba apoderando de los tujoleños...

Cerca del lugar de combate Zajar Bérkut, protegido de las flechas por una roca, sentado en la paja, prestaba ayuda a los heridos. Ya les había extraído las flechas, con la asistencia

de Miroslava lavó las heridas y se disponía a vendarlas aplicando una brea hábilmente preparada, cuando de pronto varios combatientes atemorizados acudieron a él comunicándole del peligro.

— ¿Qué puedo aconsejarles, hijos? — dijo el viejo. Miroslava se puso en pie de un salto y corrió a ver con sus propios ojos lo que pasaba.

— No os preocupéis — manifestó a los tujoleños — ¡Pronto les haremos entrar en razón! ¡Dejad que gasten flechas, mientras que vosotros armaos de jabalinas y echad cuerpo a tierra! ¡En cuanto aparezca arriba la mitad de ellos, atacadles! Ellos mismos os defenderán de las flechas. Habiendo derrumbado a los delanteros, podréis derribar a los de atrás. Las penumbras nos son propicias y si esta vez les rechazamos, podremos pazar la noche tranquilos.

Sin objetar palabra los tujoleños se echaron de bruces empujando las jabalinas. El cese de la lluvia de flechas que continuó algún tiempo fué señal de que la fila de adelante empezó a subir la escalera. Los tujoleños, cuerpo a tierra, esperaban al enemigo conteniendo la respiración.

Ya se oía el crujir de los peldaños, los resoplidos de los mongoles, el chocar de sus armas y lenta y tímidamente aparecían ante los tendidos en el suelo sus peludas gorras y, bajo ellas, sus negros, horribles rostros con pequeños ojos brillantes. Esos ojos miraban con alarma a los tujoleños tendidos, fijamente, como encantados, pero seguían subiendo; ya se divisaban sus amplios hombros cubiertos con densa piel de oveja, cuando los tujoleños se levantaron con un grito aterrador y sus jabalinas penetraron profundamente en los pechos de los atacantes. Gritos, lamentos, confusión, breves luchas por aquí y por allá, movimientos convulsivos, maldiciones, quejas y como un pesado alud los enemigos rodaban escalera abajo arrasando las filas inferiores; y sobre ese montón de cuerpos humanos vivos y muertos caóticamente mezclados, ensangrentados, temblorosos y bramantes caían enormes bloques de piedra, y por encima de todo ese infierno semicu-

bierto por el velo de la noche ascendía hasta los cielos el alegre grito de victoria de los tujoleños, el lamento lastimero de los mongoles y las horribles y ensordecedoras maldiciones del begadir Burunda. Éste corría de un lado para otro como un loco, echaba sapos y culebras, hasta que por fin, fuera de sí, se acercó a Tugar Vovk con la espada desenvainada.

— ¡Maldito cara pálida! — gritaba rechinando los dientes — ¡Doble traidor, esto es culpa tuya! ¡Tú nos has traído a la trampa, de la cual no podemos salir!

Tugar Vovk se encendió de cólera. Sin quererlo su mano empuñó la espada, pero en ese mismo momento algo le contrajo el corazón con tanto dolor que la mano cedió, se extendió inanimada a lo largo del cuerpo y, agachando la cabeza y conteniéndose, Tugar dijo con voz apagada:

— Gran begadir, es injusta tu cólera para con el fiel servidor de Chinguis-kan. Yo no tengo culpa de que estos plebeyos se resistan. Manda que el ejército se establezca para la noche y descanse y mañana por la mañana ya verás que nuestras flechas les disiparan como el viento disipa las hojas de otoño.

— ¡Ah, sí! — gritó Burunda —. ¡Para qué por la noche nos ataquen en las jatas y exterminen a todo nuestro ejército!

— ¡Pues ordena que quemem las jatas y duerman a la intemperie!

— ¡Hablas con tanta picardía para apacignar mi ira y deshacerte de la culpa! ¡Pero no! ¡Nos has traído tú y tú debes sacarnos de aquí, mañana mismo, sin víctimas ni pérdida de tiempo! ¡Oyes lo que te digo! Así será o ¡pobre de tí!

Tugar Vovk en vano aseveraba al salvaje begadir que él no era culpable, que había aconsejado lo que mejor le parecía y el consejo mongol había aceptado su proposición, que ningún guía podía garantizar que en el camino no se encontrarían con obstáculos inesperados, pero hablar de todo eso con Burunda era lo mismo que hablarle a una tapia.

— Bien, boyardo — dijo por fin —, haré como tú digas, no obstante, mañana debes abrirnos el paso de esta trampa, de

lo contrario, ¡pobre de tí! He dicho. ¡De parte tuya espero acciones y no palabras!

Con menosprecio dio las espaldas al boyardo y se encaminó hacia sus mongoles ordenando con su potente voz que incendiaran inmediatamente la aldea por todas partes y que limpiaran la planicie de todo lo que pudiera servir de protección al enemigo para un ataque nocturno. Los mongoles vociferaron con alegría, pues hacía tiempo esperaban esa orden. Por todas partes simultáneamente Tujla fue abrazada por las llamas que con lenguas de fuego se abrían paso en las espesas penumbras que envolvían la aldea. Rodaron nubes de humo cubriendo el valle. Los techos de paja chasqueaban, lamidos por las sangrientas llamas. De debajo de los aleros el fuego se levantaba y parecía agacharse y saltar, como queriendo alcanzar el cielo. A veces las ráfagas de viento volvían a extender las llamas por el suelo, despejando chispas doradas, oscilando, agitándolas como a una laguna de fuego. El estrépito de las vigas y paredes al caer rodaba sordamente por el valle; los almiares de paja y heno se asemejaban a montones de carbón candente, de cuyos interiores por aquí y por allá brotaban pálidos mechones de fuego; los árboles ardían como velas, levantando muy alto su achicharrante e ígneo follaje parecido a un enjambre de mariposas de oro. Todo el valle tujoleño se parecía a un infierno; emitiendo chillidos salvajes los mongoles corrían de un lado para otro entre el incendio, arrojando a las llamas todo lo que les caía entre manos. Con un gemido lastimero se desplomó hachado por los mongoles el secular tilo, testigo de las asambleas populares. En la hoya el aire se calentó como en una verdadera olla; muy pronto de las montañas sopló un viento pavoroso que hizo revolotear las chispas, arrasó la paja y los tizones ardientes, arrojándolos como flechas de fuego. El arroyo tujoleño veía por vez primera un resplandor semejante, por vez primera se había calentado en su frío lecho de piedra. El incendio duró, quizás, unas dos horas, durante las cuales los tujoleños lo observaban desde lo alto del despeñadero con expresión de

impotente tristeza. Después los mongoles empezaron a apagar las brazas arrojándolas al torrente y se pusieron a rodear el campamento con una amplia zanja. En un santiamén en medio del campamento se armaron las tiendas para los jefes, los demás guerreros debían dormir a cielo raso, en la tierra calentada por el incendio.

En el valle tujoleño volvieron a reinar las penumbras. Los mongoles habrían encendido hogueras en el campamento, pero era imposible: sólo en esos momentos comprendieron que con el incendio habían devastado todo el valle, que habían quemado todo lo que podía arder y echado al torrente todo lo demás. En penumbras tuvo que dormir el ejército y hacer guardia los centinelas. La zanja tampoco fue cavada hasta la profundidad necesaria, pues ya era completamente de noche. Burunda colérico, disgustado, con cara de pocos amigos, andaba por el campamento inspeccionando las zanjas y la guardia de junto a ellas, cambiando algunas palabras con los jefes e indicando cómo hacer para evitar un ataque nocturno. Ya se acercaba la medianoche cuando en el campamento empezó a imperar la tranquilidad; sólo los gritos de los centinelas y el estridor de las cataratas alteraban el silencio.

En un solo lugar del campamento mongol brillaba una lucécita: en la tienda de Tugar Vovk ardía, temblaba y ahumaba tragándose la brea derretida y echando una luz infiel y lóbrega del interior de la tienda boyardesa. En la tienda, al igual que en el alma de Tugar Vovk, reinaba el vacío y la incomodidad. Aquél caminaba por la tienda pesadamente ensimismado. Las palabras altivas de Burunda le carcomían el espíritu. Ellas fueron para el boyardo como una bofetada que le hizo comprender de una vez por todas cuán arriesgado era el camino que había elegido.

— Peta me había prometido la benevolencia de Chingiskan — musitaba —, pero este cochino me trata como a un perro. ¿Será posible que de veras yo sea un servidor de ellos, el más fútil de los servidores de este esclavo? Peta me prometió la posesión de todas las montañas, el gran ducado

de los Cárpatos, y Burunda me amenaza con vaya uno a saber qué cosas. ¡Y él, maldito sea, puede cumplir su palabral! ¿Qué hacer? ¿Someterme a él? ¡Cómo no! ¡Me tiene en sus manos! ¡Soy un esclavo, como lo dijo ese plebeyo de Maxim! A propósito de Maxim ¿dónde estará? ¿No se podrá hacer con él lo que quiere Burunda? ¿No se podrá, por ejemplo, cambiarlo por la libre salida de esta trampa? ... ¡Es una buena idea!

Llamó a dos mongoles acostados cerca de su tienda y les ordenó que encontraran y trajeran al cautivo. Los mongoles, refunfuñando, salieron de malas ganas; parecía que ni el aire del valle tujoleño favorecía a la severa disciplina mongola ...

¿Mas dónde estaba Maxim? ¿Cómo vivía en el cautiverio?

Maxim se hallaba en medio de la calle tujoleña, encadenado, enfrente mismo de la jata paterna, de cara al patio donde jugaba de niño, donde hasta el día anterior se había dedicado libremente a los quehaceres domésticos y donde en esos momentos iban y venían en grupos los despreciables mongoles. Lo trajeron en un caballo y cuando llegó la orden de hacer alto e incendiar la aldea lo tiraron al suelo. Nadie le prestaba atención, nadie le vigilaba, pero la posibilidad de huir se excluía porque por doquier iban y venían grupos de mongoles en búsquedas de botines. Maxim no sabía lo que estaba ocurriendo en su derredor y se mantenía inmóvil, como una señal de piedra al borde del camino. Tenía la mente libre, no podía hilvanar las ideas, ni las impresiones querían relacionarse en un solo único, centellando ante sus ojos como negras aves asustadas. Lo único que experimentaba distintamente era que las cadenas le oprimían como frías serpientes metálicas, que le exprimían todas las fuerzas de su cuerpo y todos los pensamientos de su cerebro.

De pronto todo enrojeció en los alrededores, nubes de humo rodaron por el camino y envolvieron a Maxim royéndole los ojos, dificultándole la respiración. Ardía Tujla. Maxim se hallaba en medio del lugar siniestrado, pero ni se movió. El viento

le invadía de humo, le cubría de chispas, le bañaba de aire candente, mas Maxim no lo notaba. Se hubiera sentido feliz de desaparecer junto con su aldea natal, de alzar vuelo en forma de una chispa dorada y apagarse allí, en el frío y claro azul celeste de las doradas cercanías estrellares. ¡Pero esas cadenas, las cadenas! ¡Cómo le oprimían! ... Ya había empezado a arder la casa paterna, las llamas golpearon por debajo del techo, se enroscaron como serpientes a la ventana, penetraron por la puerta y expulsaron de la jata una enorme nube de humo para establecerse ellas mismas en la morada de los Bérkut. Pálido como un muerto miraba Maxim el incendio: le parecía que algo se le arrancaba en el pecho, que algo le ardía y dolía. Y cuando zumbó el fuego, se derrumbó el techo, se arrellanaron las brazas de su jata natal y de la candente masa se elevó al cielo todo un mar de chispas, Maxim gritó amargamente, de un salto se puso en pie para correr a alguna parte, para salvar algo, pero, tras hacer nada más que un paso, desfallecido, cayó como segado y perdió el conocimiento.

Después que se hubo apagado el incendio por el valle se expandió un humo cálido y acre, cesaron los gritos guerreros de los mongoles que peleaban contra los tujoleños junto al pasaje bajo el mando de Burunda y Tugar Vovk; el cielo nocturno de Tujla ya se había aclarado y cubierto de estrellas, en el campamento mongol reinaba la calma, pero Maxim seguía yaciendo como sin vida en medio del camino, frente a los restos quemados de su casa. Las estrellas observaban lastimeras su rostro pálido, cubierto de chorreaduras de sangre; su pecho apenas se levantaba y éste era el único indicio de que el yaciente era un hombre vivo y no un cadáver. En esa posición le encontraron los mongoles y al principio se alarmaron en sumo grado, pues pensaron que había muerto asfixiado por el humo. Pero cuando le salpicaron con agua, le lavaron el rostro y le dieron de beber, parpadeó y miró a su alrededor.

— ¡Está vivo! ¡Vivo! — vociferaron con alegría los mongo-

les y, cogiéndolo por los brazos, debilitado y semiinconsciente, lo arrastraron hacia la tienda del boyardo.

Tugar Vovk se atemorizó al ver al detestable joven en un estado tan horrendo y lamentable. El rostro recién lavado estaba palidísimo, casi verde, tenía los labios resecos por la fiebre y la sed, los ojos colorados por el humo y deslucidos, como si se hubieran puesto vidriosos por el cansancio y el tormento espiritual, los pies le temblaban como a un viejo de cien años y, no pudiendo mantenerse más en pie, se sentó en el suelo. Los mongoles se retiraron; el boyardo miró a Maxim en larga y muda meditación. ¿Por qué odiaba a ese hombre? ¿Por qué había motivado tantas desdichas a su joven vida? ¿Por qué no ordenó que lo mataran en seguida y lo condenó a una muerte lenta pero inminente? Claro estaba que los mongoles no le soltarían vivo de sus manos y en cuanto se cansasen de llevarlo consigo lo habrían de degollar como a un animal y lo tirarían en medio del camino. ¿Pero por qué sentía tanto odio por este pobre muchacho? ¿No sería porque le había salvado la vida a su hija? ¿O porque ella se había enamorado de él? ¿O por su verdadera audacia caballeresca y su sinceridad? ¿O, tal vez, por quererle aquél comparar con él? Bueno, ya se compararon: los dos eran esclavos y los dos, desdichados. Tugar Vovk sintió que su irritación contra Maxim se iba apagando como un incendio falto de combustible. Aún antes, cuando apenas Maxim había caído prisionero, él trataba de adularlo, sin embargo Maxim no profirió una sola palabra de respuesta. Claro que el boyardo le daba consejos que Maxim no podía seguir. Tugar Vovk le aconsejaba que ingresara al servicio de los mongoles, que les sirviera de guía en las montañas y le prometió por ello una gran recompensa, de lo contrario, amenazaba, los mongoles le matarían. “¡Que me maten!”, éstas fueron las únicas palabras que oyó el boyardo de boca de Maxim; pero era extraño que ya entonces esas orgullosas palabras que testimoniaban el firme carácter de Maxim y su gran amor a la libertad, no sólo no hubieran enfurecido al boyardo, sino que

fueron muy de su agrado. Ahora lo percibía claramente: algo como el hielo se derritía en su corazón. Ahora, en los rescoldos de la libre Tujla, él empezaba a comprender que los tujoleños procedían de manera completamente razonable y justa y su corazón, aunque enceguecido por las ansias de poder, estaba claro que no podía ignorar la voz de la conciencia y reconocerlo. De todo ello pensó el boyardo y contempló completamente con otros ojos y sentimientos al medio muerto, demacrado Maxim, sentado en la tienda. Se le acercó, le tomó de la mano y quiso levantarlo y sentarlo en un banco.

— ¡Maxim! — dijo con ternura —. ¿Qué te ha pasado?

— ¡Suéltame! — profirió gimiendo débilmente Maxim —. ¡Déjame morir en paz!

— Maxim, muchacho, ¿por qué piensas en la muerte? ¡Yo pienso de cómo salvarle la vida y él habla de morir! Levántate, siéntate aquí, en el banco, y repara tus fuerzas, debo tratar un asunto contigo.

Aunque Maxim no comprendía la mitad de lo que le decía el boyardo y no creía en la mitad de lo que le decía ni en la buena voluntad, la debilidad, el hambre y el cansancio exigían con suma insistencia que él recuperara sus fuerzas y no rechazara la hospitalidad boyardesa. Una copa de vino fogoso le refrescó y pareció despertar en él fuerzas para una nueva vida; un pedazo de carne asada satisfizo su hambre. Mientras comía, el boyardo, sentado en frente, con palabras afectuosas le inculcaba arrojo y voluntad de vivir.

— Torpe joven — decía —, gente como tú debe vivir y no pensar en la muerte. La vida es preciosa y no se la puede comprar con ningún tesoro del mundo.

— La vida en el cautiverio no tiene ningún valor — replicó Maxim —, mejor es morir ...

— Bueno ... sí ... se entiende — articuló el boyardo —, pero yo digo que tú puedes ser libre.

— ¿Traicionando a mi pueblo, guiando a los mongoles por las montañas? ... ¡No, antes de ganarme una libertad así, prefiero morir!

— Ahora no se trata de eso — dijo sonriendo con malicia el boyardo —, sino que incluso sin lo que tú llamas traición puedes ser libre hoy mismo.

— ¿Cómo? — preguntó Maxim.

— Sabía que te interesaría — volvió a sonreír el boyardo. El asunto reside en lo siguiente, querido amigo. Tus tujoleños nos rodearon en este valle, obstruyeron la salida. Se sobreentiende que su resistencia es digna de risa, ya que no podrán detenernos. Pero lo que quisiéramos es no perder el tiempo. Sólo de eso se trata.

La noticia hizo brillar de alegría los ojos de Maxim.

— ¿Dices que os han rodeado los tujoleños? — exclamó —. ¿Y no podéis salir? ¡Bueno, gracias a Dios! ¡Espero que no saldréis! ¡Los tujoleños son muy tenaces: si cazan a alguien, no les gusta que se les escurra de entre las manos!

— ¡Bah, bah, bah! — lo interrumpió el boyardo —. No te alegres de antemano, muchacho. ¡Nada podrá hacer tu puñado de tujoleños con nuestra fuerza! Te vuelvo a repetir: no se trata de que nos atrapen, sino del tiempo, de cada minuto que perdamos. ¡Nosotros tenemos prisa!

— ¿Pues qué queréis de mí?

— Lo siguiente. Hoy pienso ir una vez más a sostener conversaciones con los tujoleños: quiero prometerles tu libertad a cambio de nuestra salida. Por lo tanto, espero que no ocultes de mí las palabras que puedan llegar al corazón de tus compatriotas y de tu padre para que acepten nuestra proposición.

— ¡Es inútil tu empeño, boyardo! Los tujoleños se negarán a tal cambio.

— ¿Se negarán? — exclamó el boyardo —. ¿Por qué habrán de negarse?

— Los tujoleños lucharán hasta el final, con tal de no dejarles pasar por las montañas. ¿Crees tú que a cambio de algo tan insignificante como yo ellos traicionarán a sus hermanos del valle y las montañas, cuyas aldeas se someterían a la misma devastación que nuestra Tujla?

— ¡Y serán devastadas, necio muchacho! — dijo el boyardo —. La fuerza de los tujoleños es demasiado insignificante para detenernos.

— ¡No halagues el día mientras no llegue la noche, boyardo! ¡Qué importancia tienen las grandes fuerzas, donde la naturaleza misma con sus paredes y rocas os detiene!

— No obstante, dime ¿cómo hablar con tu padre y los tujoleños para que las palabras lleguen a sus corazones?

— Habla con sinceridad, di la verdad, éstas serán las únicas palabras mágicas.

— ¡Oh, no, muchacho, no es cierto! — dijo irritado el boyardo —. No es tan simple como tú dices. Tu padre es un viejo hechicero y sabe las palabras que llegan a los corazones de todos, él debió de enseñártelas. Sin esas palabras no habrías podido atraer a tu bando a mis arqueros, quienes lucharon contra los mongoles con tanta bravura, completamente gratis, como no habría luchado por el pago más alto.

Maxim sonrió.

— ¡Qué extraño eres, boyardo! — dijo —. Yo no conozco ninguna palabra semejante, pero te lo subrayo, si la supiera, no te la diría para que no pudieras convencer a los tujoleños a hacer ese cambio.

La cólera se apoderó del arrogante boyardo.

— ¡Chico, no te olvides de quién eres y dónde estás! — exclamó —. Ten en cuenta que eres un prisionero y que tu vida depende del capricho de cualquier mongol.

— ¡Qué es de mi vida! ... — respondió tranquilo Maxim —. ¡Yo no la valoro! Quien haya conocido el cautiverio aunque sea por un instante, aquél habrá conocido algo peor que la muerte.

En ese mismo momento se abrió la cortina de la tienda y a paso acelerado entró Miroslava. La joven echó una mirada rápida en derredor y, sin hacerle caso a su padre, corrió hacia Maxim.

— ¡Oh, estás aquí, aquí! — exclamó ella —. ¡Algo me lo decía! ¡Maxim, amor mío! ¿Qué te ocurre?

Maxim la miraba atónito. Su mano reposaba en la de ella. Sus palabras eran para él como un ángelus de pasenas, como el rocío vivificante para una flor marchita. Y ella, como una paloma, se acurrucó a él, regando con lágrimas las pesadas cadenas y lavando la sangre reseca de las manos de Maxim. ¡Cuánta alegría, cuánto calor invadieron el corazón del joven cuando ella se le acercó y le tocó con su tierna mano! ¡Con qué bríos palpité la sangre en su pecho! ¡Con qué ansias despertó su amor a la vida! Pero las cadenas le oprimían despiadadamente, recordándole que era un cautivo, que sobre su cabeza pendía el sangriento cuchillo mongol. Esos pensamientos se le metieron en aquellos felices momentos como una víbora en el corazón y las lágrimas brotaron de sus ojos.

— Miroslava — dijo volviéndole las espaldas —, ¿para qué has venido? ¿para agravar mis sufrimientos? ¡Yo ya estaba preparado a morir y tú has vuelto a despertar en mí el amor a la vida!

— Querido — dijo Miroslava —, no pierdas las esperanzas. Para eso he venido al campamento enemigo enfrentando todos los peligros, para decirte: ¡No pierdas las esperanzas!

— ¿Para qué me sirven las esperanzas? Ellas no romperán estas cadenas.

— Mi padre las romperá.

— ¡Oh, tu padre! Sí, dice que está dispuesto a hacerlo, pero exige de mí un servicio que yo no puedo hacer.

— ¿Qué servicio?

— Él quiere ir y concluir un acuerdo que prevea la salida de los mongoles del valle a cambio de mi liberación y exige que le diga la palabra mágica que le ayude a conquistar los corazones de los tujoleños.

Al principio Miroslava miraba asombrada a su padre, pero paulatinamente el asombro comenzó a adquirir cada vez mayores rasgos de alegría.

— ¿Es cierto, padre? — preguntó ella.

— ¡Sí, es verdad! — dijo Tugar Vovk.

— ¿Y tú piensas que Maxim sabe esa palabra?

— La tiene que saber, ya que desde el principio mismo incluso a tí te tiene como hechizada. Sin encantos eso no habría ocurrido.

Mirolava miró a Maxim con una sonrisa de infinito amor y después, dirigiéndose a su padre, dijo:

— ¿Ya has obtenido el permiso del jefe para las negociaciones?

— Todavía no, pero eso es cuestión de un minuto. Su tienda está junto a la mía.

— Pues ve entonces. Mientras tanto yo convenceré a Maxim para que te diga esa palabra.

— ¿Le convencerás?

— ¡Ya lo verás! ¡Bueno, ve de una vez!

— ¡Ha hechizado a la muchacha! — refunfuñaba el boyardo saliendo de la tienda —. ¡Seguro que la ha hechizado! ¡Ella misma se le cuelga del pescuezo!

— ¡Corazón mío, Maxim! — dijo Mirolava en cuanto salió el padre, abrazándole y besándole los labios pálidos y resacos — ¡No te aflijas: los mongoles no saldrán, todos habrán de morir aquí!

— ¡Oh, Mirolava, amada! — respondió tristemente Maxim —. Quisiera creerlo, pero sus fuerzas son demasiado grandes en comparación con las débiles de los tujoleños.

— Han venido a ayudarnos los vallistas y montañeses.

— Ellos están mal armados.

— Que ello tampoco te preocupe. Presta oídos: cientos de hachas golpetean en el bosque, al cabo de un minuto centenares de hogueras arderán alrededor del valle y junto a cada una de ellas vuestros armeros harán máquinas capaces de arrojar piedras hasta el centro mismo del campamento mongol.

— ¿Quién lo ha ideado? ¿Quién se lo ha enseñado a nuestros armeros?

— Yo, corazón mío. Más de una vez he observado atentamente máquinas así junto a las paredes de Gálích. Antes de

que el sol asome del Zelemeña, cincuenta máquinas empezarán a arrojar piedras sobre las cabezas de los mongoles.

Maxim, alegre, abrazó a Miroslava y la estrechó con fuerza contra su corazón.

— ¡Vida mía! — dijo él —. ¡La salvadora de nuestra Tujla serás tú!

— ¡No, Maxim! — respondió Miroslava —. No seré yo la salvadora de Tujla, sino tu padre. ¡Qué son mis miserables tirapiedras contra semejante ejército enemigo! Tu padre no llevará contra ellos una fuerza parecida, sino otra, contra la cual ningún ejército es capaz de resistir.

— ¿De qué fuerza hablas? — inquirió Maxim.

— ¡Escucha! — dijo Miroslava. En derredor reinó el silencio, sólo muy lejos en las montañas se oyó el sordo fragor de un trueno.

— Truena — profirió Maxim —. ¿Y qué? ...

— ¿Qué? — dijo animadamente Miroslava —. ¡Ésta es la muerte de los mongoles! Éste es un destructor más poderoso que ellos, pero un destructor que está de parte nuestra... ¡Escucha!

Aunque en la tienda no había nadie, a excepción de ellos, Miroslava miró a su alrededor y, como desconfiando del silencio y el vacío, se inclinó a Maxim y le susurró al oído varias palabras. Él, como arrastrado por una mano poderosa, saltó del lugar con tanto ímpetu que resonaron sus cadenas.

— ¡Muchacha! ¡Visión encantada! — exclamó él mirándola con mezcla de inquietud y profundo respeto —. ¿Quién eres y quién te ha enviado con estas noticias? Ahora veo que tú no puedes ser Miroslava, la hija de Tugar Vovk. No, tú, de cierto, eres el espíritu del Guardián, a quien llaman protector de Tujla.

— No, Maxim, no, mi amor — dijo la sorprendente muchacha —. Soy yo, la Miroslava que tanto te ama, la que gustosa daría su vida por hacerte feliz.

— ¡No podría ser feliz sin ti! ...

— No, Maxim, escucha lo que además te diré: ¡Huye de este campamento ahora mismo!

— ¿Cómo que huir? Pero si la guardia no duerme.

— La guardia te dejará pasar, como me ha dejado pasar a mí. Lo que debes hacer es ponerte mis ropas y coger este anillo que me ha dado su jefe legalizando mi libertad y mi libre desplazamiento por el campamento. Se lo mostrarás a la guardia y te dejarán pasar.

— ¿Y tú?

— No te preocupes por mí. Yo me quedaré con mi padre.

— Los mongoles se enterarán que has sido tú, quien me ha puesto en libertad y no tendrán piedad de ti. ¡Oh, no, no lo permitiré!

— Digo que por mí no te preocupes, yo misma sabré cómo arreglármelas.

— ¡Yo también! — dijo Maxim con terquedad.

En esos momentos entró el boyardo sombrío y purpúreo. Su rostro despedía nubes de cólera y disgusto. Burunda se ha hecho más áspero con él, con reproches recibió el consejo de cambiar a Maxim y consintió a duras penas. El boyardo sentía un creciente entorpecimiento, como si a su alrededor hubieran surgido las rejas de una jaula de hierro que le iba oprimiendo.

— ¿Y qué? — preguntó con brusquedad, sin mirar a su hija ni a Maxim.

A Miroslava se le ocurrió una feliz idea.

— Todo bien, papá — dijo —, pero ...

— ¿Pero qué?

— La palabra de Maxim es impotente en labios ajenos; tiene poder sólo si la pronuncia él mismo ...

— ¡Pues entonces que se vaya al diablo! — gruñó irritado el boyardo.

— No, padre, oye lo que te diré. Ordena que lo desencadenen y ve con él a hablar con los tujoleños. He aquí el anillo de Peta, con este anillo la guardia lo dejará pasar.

— ¡Oh, gracias, hijita, por el consejo! “Llévale a donde

están los tujoleños”, que viene a significar: desembarázate con tus propias manos de la última esperanza de salvación. ¡Los tujoleños se apoderan del cautivo y a mí me echan! No, no será así. Iré solo, sin su palabra.

Miroslava se puso triste. Sus límpidos ojos se llenaron de lágrimas.

— ¡Vida mía! — dijo ella volviéndose a apretar contra Maxim —. ¡Haz como te lo digo: toma este anillo!

— ¡No, Miroslava, no te preocupes por mí! — contestó Maxim —. Ya sé lo que debo hacer. Ve, ayuda a los nuestros y que nuestro Guardián os ayude.

Para Miroslava fue muy penoso despedirse de Maxim, pues le dejaba a una muerte casi segura, pero hizo todo lo posible para no delatar su estado. Tras besarlo furtivamente y estrecharle la mano con pasión ella salió corriendo de la tienda en pos de su padre. Maxim quedó a solas en la tienda boyardesa con el corazón palpitante de inquietud, esperanzas y una vaga alegría.

VII

— ¿Qué son esos golpes en el bosque? — preguntó el boyardo a su hija yendo a su lado por el campamento mongol.

— Están talando árboles — respondió Miroslava con brevedad.

— ¿A estas horas? ¿De noche?

— Pronto despuntará el alba.

En efecto, en cuanto Miroslava pronunciara estas palabras en las altas pendientes de piedra que en pared rodearon la hondonada tujoleña por doquier centellearon chispas: eran los tujoleños que sacaban fuego y prendían hogueras. Pasó uno que otro minuto y alrededor de todo el valle llameó una larga franja de hogueras, que en la oscuridad se asemejaban a los ojos de enormes lobos dispuestos a saltar al valle y de-

vorar al ejército mongol. Junto a cada hoguera iban de un lado para otro grupos de figuras oscuras. Los hachazos se oyeron con fuerza redoblada.

— ¿Qué están haciendo? — preguntó el boyardo a su hija.

— Están descortezando troncos.

— ¿Para qué?

— Ya lo verás.

Ellos seguían su camino por el campamento. A veces la guardia les detenía y ellos mostraban las señas de sus jefes para que les dejaran pasar. Los vigías miraban alarmados las hogueras, despertaban a sus jefes, pero éstos, viendo que los tujoleños se mantenían tranquilos, ordenaban no sembrar el pánico y estar alertas. El hecho de que hubiera tanto fuego favorecía a los mongoles, pues no habría ningún ataque inesperado, mientras ardieran las hogueras se podría dormir apaciblemente, ya que al otro día los guerreros tendrían mucho trabajo.

Mientras tanto, Tugar Vovk y su hija ya habían cruzado el campamento y, después de haber pasado un campo no muy grande, llegaron a una pared de piedra vertical. Largo rato andorrearón buscando una senda, hasta que por fin la halló Miroslava entre unos arbustos y helechos. Con dificultad empezaron a escalar la montaña.

— ¿Quién va? — gritaron arriba, desde las hogueras.

— ¡Amigos! — respondió Miroslava.

— ¿Qué amigos? — exclamaron los tujoleños cerrando el paso. Pero al instante reconocieron a Miroslava que iba adelante.

— ¿Quién va contigo?

— Mi padre. El begadir mongol lo envió para que mantuviera negociaciones pacíficas con nuestros ancianos.

— ¿Para qué demonios negociar? ¡Deja que se levante el sol y ya verás las negociaciones que mantendremos con ellos!

— ¡Mira qué valientes sois! — dijo Tugar sonriendo maliciosamente —. No queda mucho por esperar esa alegría. ¡Pero

no se sabe si vuestras madres se sentirán tan alegres de ver vuestras cabezas en las lanzas mongolas!

— ¡No seas pájaro de mal agüero! — exclamaron los tujoleños cercando al boyardo.

— Bueno, bueno — trataba de lisonjearlos Tugar Vovk —, yo no os deseo eso, sino sólo digo que estaría muy mal. Justamente para salvaros de ese destino quisiera conversar con vuestros ancianos. ¡Porque os tengo lástima, niños jóvenes e imprudentes! Vosotros estáis dispuestos a morir a ciegas, sin reflexionar si eso traería a alguien provecho o no. Pero vuestros ancianos tienen la obligación de pensarlo.

Diciendo esas palabras el boyardo se acercó a la hoguera, junto a la cual los artesanos descortezaban troncos; otros, en los ya descortezados, taladraban orificios, unos terceros les hacían ranuras y ajustaban taponés.

— ¿Qué estáis haciendo? — preguntó el boyardo.

— ¡Adivina, si eres sabio! — le respondían burlonamente mientras acoplaban en forma de portones con fuerte traviesas los troncos descortezados y consolidaban por arriba y abajo cada par de portones con gruesas vigas longitudinales. El boyardo echó un vistazo y hasta se palmoteó los faldones.

— ¡Un lanzapiedras! — exclamó —. Siervos, ¿quién os ha enseñado a hacer estas armas?

— Hubo quien nos lo enseñó — contestaron los artesanos y de un grueso tocón de haya se pusieron a tallar algo parecido a una enorme cuchara, cuyo agarradero se insertaba en una gruesa cuerda tensamente retorcida que se tendía entre los postes del portón delantero y se iba retorciendo con ayuda de dos cabrestantes ajustados a los puntales. En la amplia ranura del extremo opuesto se ponía una piedra; la elasticidad de la cuerda retorcida debía arrojar la piedra de la cuchara lejos contra los mongoles.

Tugar Vovk miró en derredor: junto a cada hoguera los artesanos (y en Tujla cada aldeano era un maestro en el oficio) construían máquinas semejantes y los jóvenes, las mujeres y los niños trenzaban cuerdas.

“Al abrirse camino de este pozo nuestros mongoles se las verán negras con estos proyectiles”, pensó Tugar Vovk cuando iba con su hija por un camino apisonado hacia el fondo del bosque, al claro, en cuyo centro ardía una gran hoguera, alrededor de la cual se habían reunido en consejo los ancianos de Tujla.

— Miroslava — dijo Tugar Vovk tras un minuto de silencio — ¿no has sido tú quien les enseñó a construir dispositivos lanzapiendras?

— Yo — contestó Miroslava y miró atentamente a su padre esperando un ataque de ira. ¡Pero no! Por el rostro del boyardo cruzó una expresión de cierta complacencia.

— ¡Bien, hija! — dijo con brevedad.

Miroslava se extrañó, sin comprender el significado del cambio de talante de su padre ni saber que la convicción de éste en la exitosa campaña de los mongoles, y más aún en el cumplimiento de sus promesas, había vacilado considerablemente y que el boyardo en estas circunstancias debía mantenerse próximo a la comuna y el proceder de su hija era el apoyo deseado para él.

Ellos se acercaron al claro donde los ancianos de Tujla se pasaron toda la noche en vela, deliberando. Era un claro amplio que bajaba en cuesta suave hacia el sur y cerrado al norte por una roca abrupta de blando esquisto cárpato. Hayas seculares rodearon el claro en semicírculo por el este, sur y oeste, por lo tanto el sol podía alumbrar ese lugar sólo estando en el cenit de los mediodías. En tiempos lejanos el claro estaba empedrado y luego cubierto con un blando vellocino de musgo y tallos de helecho de espeso follaje. Sólo un sendero del claro estaba apisonado y llevaba a una profunda gruta en forma de cripta, abierta en el lado sur de la roca. Las paredes de la cripta eran grises, no tenían ninguna decoración; abajo, en la piedra, se habían ahuecado bancos y cavidades; la piedra allí era roja, cocida, y en algunas partes habían quedado aún rastros de fuego; sólo en el cielo raso había una única decoración: una semiesfera convexa tallada

de piedra semejante a una buena hogaza de pan, orlada, como en corona, con un brillante arco de oro.

Ése era el antiguo santuario tujoleño, donde los bisabuelos de la presente generación elevaban plegarias al Dios del Sol, máximo creador de la vida, cuya imagen estaba representada en el cielo raso por la semiesfera coronada en oro.

A pesar de que los monjes cristianos habían bautizado a los tujoleños hacía mucho, éstos, aunque rezaban en la iglesia de Korchín al Dios cristiano, no olvidaban ni mucho menos a los dioses de sus bisabuelos y el camino al Claro Límpido nunca se cubría de hierbas ni se apagaba el fuego eterno en el centro del claro (de allí su nombre "Claro Límpido"), y ante los pequeños altares laterales de Lada y Dida humeada con frecuencia el aromático enebro y se agitaban las palomas que sacrificaban por ellos las muchachas y muchachos tujoleños. Pero de a poco el pueblo se iba olvidando de los antiguos dioses. Los sacerdotes cuidaban cada vez con mayor rigurosidad de que la gente no rezara como en la antigüedad; la juventud dejó de traer dádivas a Lada y Dida; los niños crecían sin oír nada de los antiguos dioses y las antiguas costumbres; sólo algunos de los ancianos conservaron los restos de la antigua y libre religión meramente comunal que permitía a cada comuna tener un dios propio (como lo era el Guardián para Tujla), que no atemorizaba a la gente con castigos y sufrimientos póstumos, sino, al contrario, consideraba de mayor castigo a la misma muerte, a la muerte de cuerpo y alma para los pecadores. La nueva religión nacida lejos en el occidente comenzó a predominar en nuestras tierras, mejor dicho, se mezcló con nuestra antigua religión y sólo esta unión le dio la posibilidad de avenirse con las concepciones del pueblo. Iban muriendo poco a poco los viejos que se atenían a la antigua religión, pero los que aún vivían, ya no osaban profesarla a ojos vistas, no osaban enseñársela a la joven generación, vivían en la soledad, ocultando su creencia en el corazón, con el triste sentimiento de que sería sepultada junto con ellos.

Uno de los últimos adictos indiscutibles a la vieja religión en nuestra Rusia era Zajar Bérkut. ¡Y, oh, prodigio de los prodigios! Esa fidelidad se la inculcó el viejo monje Akinthios en el monasterio de Skit. No se sabe si fue por casualidad que el viejo curandero-taumaturgo le revelara a su alumno la antigua religión, tan próxima a la naturaleza y a sus fuerzas, o, quizás, su corazón también se inclinaba a esa religión, oponiéndose al antiguo cristianismo bizantino, pero, sea como fuera, después de su estancia con el viejo monje Zajar sintió gran impulso hacia la antigua religión y juró serle fiel hasta la muerte. Estando en Tujla ya sabía del Claro Límpido, donde desde hacía mucho se había apagado el fuego eterno y no humeaba el enebro aromático, y al cual los curas de Korchin lo habían difamado de maldito e impuro. Pero por más abandonado que estuviera el Claro Límpido, nadie osó tocar la imagen del sol, mejor dicho, el aro de oro con que estaba guarnecido, y la dorada imagen seguía fulgurando en el cielo raso del santuario en esperas de los rayos solares del mediodía para encenderse con miles de chispas. Por su buena voluntad Zajar Bérkut se comprometi6 a cuidar el antiguo santuario; la senda del centro del claro que llevaba a la gruta se había hecho practicable por él; ya hacía más de cincuenta años que Zajar en primavera, yendo a buscar yerbas, se pasaba solitario en el Claro Límpido una semana de adoración y reflexiones y después de cada estadía regresaba a la aldea moralmente fornido y con ideas preclaras. Más de una vez los tujoleños observaban desde su valle el ondear de las azules nubecitas de humo del aromático enebro sobre las cimas de los pinabetes y se decían: "Es el viejo que está rezando a los dioses antiguos". Y lo decían sin burlas, sin odio, pues Zajar, aunque a nadie inculcaba la antigua religión, tanto más celosamente enseñaba a respetar las convicciones y religiones ajenas.

Precisamente allí, en el Claro Límpido, se reunieron esa terrible noche los ancianos tujoleños. Una gran hoguera ardía en medio del claro; los vetustos pinabetes susurraban mis-

teriosamente, como recordando tiempos de antaño; en los reflejos de la hoguera refulgía con destellos sangrientos la imagen de oro del sol del santuario; ensimismados escuchaban los ancianos el golpeteo de las hachas en el bosque y los relatos del viejo Zajar sobre la remota antigüedad. Cierta espíritu extraño se había apoderado esa noche del viejo. Él, a quien nunca le había gustado hablar de la antigua religión, hablaba de ella con tanta aflicción, como lo hacía cuando trataba de las cosas más apreciadas y queridas. Él relataba de los hechos de Dázhbog, de las victorias de Svitovid, de cómo tres palomas sagradas: Dázhbog, Svitovid y Perún¹ crearon la tierra de un grano de arena, de cómo Dázhbog durante tres días buscó hasta encontrar en el fondo de un precipicio tres granos: uno de trigo, otro de centeno y el tercero de cebada, y se los regaló a Did, el primer hombre de la tierra, y a su mujer Lada; de cómo Perún les concedió una chispa de fuego y Svitovid un pelo, el cual con su bendición se transformó en una vaca y un pastor llamado Volos. Zajar narró, además, de la vida de los primeros habitantes, del gran diluvio que obligó a la gente a buscar refugio en las montañas y cavernas, de los antiguos gigantes y de su rey, el Guardián de Tujla, quien secó el lago tujoleño. Los ancianos tujoleños escuchaban esos relatos como noticias de un mundo nuevo y desconocido; mucho de lo que hablaban y entonaban en sus canciones sin comprender, adquiría coherencia, claridad, y Zajar Bérkut simbolizaba para ellos el último de esos buenos gigantes-guardianes tujoleños, de cuyos hechos generosos relatarían en el futuro las generaciones venideras.

Simultáneamente con el crujir de una rama seca en el sendero, de entre las tinieblas del bosque, surgieron Miroslava y Tugar Vovk. Miroslava se acercó sin vacilación al viejo Zajar, el boyardo se detuvo junto a la hoguera.

¹ Dioses de la mitología eslava. Dázhbog personificó primero al sol, la luz y el fuego y luego se convirtió en dios de la cosecha, la bondad y la abundancia. Svitovid, ídolo con cuatro caras, representaba el bosque, el fuego y, quizás, la guerra. Perún era el dios de la lluvia, el relámpago y el trueno.

— Padre — dijo Miroslava a Zajar —. ¡Yo he visto a tu hijo!

— ¿A mi hijo? — inquirió tranquilamente, como si se tratara de un difunto.

— ¡Sí! Con ayuda de este anillo he pasado al campamento mongol y lo he visto. Esperemos, padre, que pronto vuelva a ser libre.

— ¡Es difícil, hijita, difícil! ¿Quién más ha venido contigo?

— ¡Soy yo, viejo! — articuló Tugar Vovk parándose frente a él — ¿Me reconoces?

— Reconozco tu rostro, tú has sido el boyardo Tugar Vovk. ¿Qué te ha traído a nosotros?

— He venido a vosotros, ancianos tujoleños, en calidad de enviado del gran begadir Burunda, jefe de los mongoles.

— ¿Qué quiere de nosotros el begadir Burunda? — preguntó Zajar.

— El begadir Burunda me ha enviado para que os diga que su fuerza es grande e invencible, que en vano ponéis barreras en los pasos, en vano construís máquinas para lanzar piedras, nada podréis hacer contra su poderío.

— Se ve que tu Burunda empieza a temernos, ya que se le ocurrió asustarnos. Ésta es una buena señal. Continúa.

— No, anciano, tú no debes desechar las palabras del jefe mongol. ¡Su amenaza es la mitad del castigo, y su castigo es peor que el castigo de Dios! Oye que más ha ordenado el begadir Burunda que os diga. El objetivo de su campaña es el país húngaro, los dominios de Arpad, quien fuera súbdito del gran Chinguis-kan y ahora no quiere reconocer su dominación. El gran Chinguis-kan ha enviado a sus tropas hacia el occidente del sol para castigar al indócil. ¿Es cosa vuestra detener la marcha de esas tropas? El begadir Burunda, jefe de una unidad de ese ejército, desea separarse de vosotros por las buenas. En sus manos tiene a un comunero vuestro, a tu hijo, anciano. He aquí lo que manda deciros: destruid vuestras barreras y dejad salir de vuestro valle al ejército mongol

y él, a su vez, está dispuesto a entregaros sano y salvo a su prisionero. ¡Pensadlo detenidamente y veréis cuan ventajosa para vosotros es la benignidad de Burunda! Vuestra resistencia es inútil: de una u otra forma los mongoles arrasarán vuestras barreras y seguirán su camino. Pero ellos no desean perder tiempo en vuestro valle, no desean derramar vuestra sangre y están prontos a daros al cautivo a cambio de dejarles pasar. De lo contrario, se sobreentiende que le espera una muerte segura entre horribles tormentos y a vosotros, una sangrienta matanza en la cual, a pesar de todas vuestras artimañas, seréis derrotados. ¡Pues escoged lo que os convenga!

Los ancianos tujoleños escucharon atentamente las palabras de Tugar Vovk y a algunos les causaron verdadera impresión. Zajar lo notó y dijo:

— Honorables hermanos: ¿queréis intercambiar de opiniones acerca de la proposición de Burunda o, tal vez, os expresaréis ahora mismo?

— ¡Haremos cambio de opiniones! — respondieron los ancianos. Entonces Zajar pidió a Tugar Vovk que se retirara por un minuto. El boyardo se alejó con aire arrogante seguido de su hija.

— Zajar — dijo uno de los comuneros —, es cuestión de vida o muerte para tu hijo. ¿No sería mejor negarnos a la lucha desigual y salvar al joven?

— Aquí no se trata de mi hijo — dijo Zajar con firmeza —. Si de verdad se tratara de él, os diría: “Yo no tengo hijo, mi hijo ha perecido luchando”. Aquí se trata de nuestros vecinos, los montañeses y vallistas, quienes bajaron a defendernos y ahora, no preparados tendrán que morir todos de mano de los mongoles. Por eso os digo: ¡no os preocupéis por mi hijo y resolved el asunto como si él ya estuviese sepultado!

— No obstante, Zajar, luchar con una multitud así de mongoles es entablar a sabiendas una lucha desigual.

— Entonces moriremos luchando hasta el último y después que los mongoles vayan a donde quieran por sobre nuestros

cadáveres. Nosotros habremos cumplido con el deber. Concertar ahora un acuerdo con ellos, un acuerdo que preva la salvación de un joven a cambio de la muerte de nuestros vecinos sería una infamia, una traición. ¿Y quién puede afirmar que la lucha con los mongoles sea tan desigual? Nuestra posición es firme, los mongoles están encerrados en una jaula de piedra. Con pérdidas pequeñas podemos rechazar sus ataques más frenéticos. Pero ni aún eso será necesario. Esta misma noche lanzaremos contra ellos a nuestro aliado, a quien ninguna fuerza humana, ni diez veces mayor que la mongola, podrá resistir.

— ¿Pues nos aconsejas que rechacemos la proposición de Burunda?

— Categóricamente y sin vacilaciones.

— ¿Y entregar a tu hijo a las garras de la muerte?

— ¡No habléis de mi hijo! — prorrumpió dolorosamente Zajar —. Quien me lo recuerde se sublevará en alianza con mi corazón paterno contra mi razón. La razón me dice: ¡Hay que rechazar el acuerdo! Lo que me dice el corazón es cosa mía y a nadie le debe interesar.

— ¡Pues que sea como tú dices! — dijeron los ancianos —. Si Dios le ha presagiado la muerte, nosotros no podemos hacer nada; si no, de una u otra forma huirá de las fauces del cruel enemigo.

Llamaron al boyardo y Zajar se puso en pie para comunicarle la respuesta de la comuna. Con una alarma mortal en el corazón lo miraba Miroslava: la pobre tenía la esperanza de que los tujoleños querrían rescatar a Maxim.

— Con inteligencia, aunque cierto es que con peculiar inteligencia, halagabas, boyardo, el tratado con tu jefe. No nos extraña tu comportamiento: estabas obligado a hablar como lo hacías, cumplir en todo la voluntad de a quien sirves. Escucha ahora la respuesta de nuestra razón de mujiks, de comuneros. Si el asunto fuera nada más que entre tu begadir y yo, le entregaría gustoso todo lo que tengo, incluso mi propia cabeza vieja por la libertad de mi hijo. Pero tú nos propi-

pones un cambio desigual, del cual puedo salir ganando nada más que yo y mi familia y saldría perdiendo no sólo nuestra comuna, sino todas las comunas que se encuentran en vuestro camino. ¿Es posible un cambio así? ¿Qué provecho tendrán los montañeses y vallistas de mi hijo? El dejaros salir de este valle significaría expedir la muerte a esas comunas vecinas que están relacionadas con nosotros. Nos hemos comprometido a defenderlas en caso de vuestro ataque, y respondiendo a nuestra petición nos han enviado su ayuda: quinientos jóvenes selectos. Nuestro deber es mantenernos hasta el último minuto, que es como haremos. Quizás Dios haya decidido concederos la victoria sobre nosotros; pero tened en cuenta que podréis salir del valle sólo por encima del cadáver del último tujoleño. Pero, quién sabe, tal vez la victoria esté predestinada a nosotros. Si es así, sabedlo: al entrar en nuestro valle habéis entrado en la tumba y no saldrán de allí ni vuestros cadáveres. Moriremos nosotros o moriréis todos vosotros, no hay más alternativas. Ésta es nuestra respuesta.

Un ardor extraño se reflejó en el rostro de Zajar al pronunciar esas palabras. Fue así que el boyardo, mirando al alto anciano con la mano tendida, no pudo encontrar respuesta alguna. Él comprendió que toda conversación ulterior sería vana, por lo tanto, dio media vuelta en silencio y volvió a encaminar sus pasos hacia el campamento. Un silencio fatal reinaba en el valle, sólo chisporroteaba el fuego y llegaba el sonido incesante del golpetear de las hachas que elaboraban los dispositivos mortíferos contra los mongoles.

— ¡Papá! — de improviso exclamó dolorosamente Miroslava —. ¡Regresa, papá! —. Y corrió tras él cogiéndolo de la mano: el amor infantil volvió a hablar en su corazón a toda voz —. ¡Regresa, papaíto! ¡Quédate aquí, entre los tuyos! ¡Ponte junto a ellos en la lucha contra el invasor, como un hermano entre hermanos y ellos te perdonarán todo lo pasado! Y allí, ¿qué puedes esperar allí? ¡Ellos te traicionarán, te embriagarán de promesas y te acuchillarán! ¡Papaíto, no vayas más al campamento mongol, allí te espera la muerte!

El boyardo pareció titubear, pero sólo por un instante. Después oprimió a Miroslava contra su pecho y semisevero, semicariñoso, dijo en voz baja:

— ¡Necia muchachita, todavía no ha llegado mi hora! No se han esfumado aún por completo las esperanzas de los mongoles. Hay que aprovechar lo que se posee. Pero si allí no logro ...

— No, papaíto — murmuró entre lágrimas —. ¡Deja esas ideas! ¡Quién sabe, tal vez entonces será demasiado tarde!

— No te aflijas, no será tarde. Quédate aquí y hermánate, si quieres con los tujoleños, pero yo debo regresar. No te olvides, muchacha, que allí está ... ese ... tu Maxim y, quién sabe, quizás nos necesitemos todavía. ¡Que te vaya bien!

Tugar Vovk desapareció en el bosque apurando el paso por el sendero que llevaba a la hoguera que ardía junto al despeñadero, para bajar de allí por la pendiente al campamento mongol. A la luz de la hoguera miró una vez más un lanzapiedras casi terminado, probó la cuerda y, meneando la cabeza, dijo: “Flojo” —, después, acompañado de la guardia tujoleña, bajó al valle por el sendero angosto y serpenteado.

Mientras tanto en el Claro Límpido predominaba el silencio, la gravedad y la angustia, como si en medio de los reunidos yaciera un difunto querido por todos. Sólo Miroslava sollozaba ruidosamente enjugándose las frecuentes lágrimas que rodaban por sus mejillas. Por fin se acercó a Zajar y dijo:

— ¿Qué habéis hecho, padre?

— Lo que debíamos hacer. De lo contrario hubiera sido deshonroso — respondió Zajar.

— ¡Y tu hijo! ¿Qué será de tu hijo?

— Lo que Dios quiera, hija. ¡Pero basta, no llores! Es hora de pensar en la empresa. La Osa Mayor ya declinó y los urogallos gritan en la espesura. Se acerca la alborada. ¡Ea, comuneros, vamos a prepararnos para la defensa! ¡No, para el ataque, para la última lucha con los opresores! ¡Recordad la respuesta que les he dado! Vamos, aquí no se queda nadie.

Todos seréis útiles, jóvenes y viejos. ¡Ya verán esos salvajes de lo que es capaz la comuna!

Los viejos tujoleños se levantaron con alboroto del Claro Límpido, fueron todos hacia el borde del despeñadero para examinar el trabajo de los artesanos: las máquinas arrojadas. Éstas ya estaban listas casi por doquier, armadas rústicamente de troncos verdes y gruesos, taladrados y unidos con pértigas, pues no se habían hecho para mucho tiempo, sino para necesidades muy breves. Pero no fue para hacer inspección que llamó Zajar a los comuneros. Junto a las máquinas se detuvieron sólo un minuto y luego, en grupos, siguieron el camino valle abajo, por el borde del despeñadero,



hacia donde el torrente tujoleño desembocaba del valle a través del desfiladero, y donde al final, inclinado sobre el torrente, se hallaba el gigantesco poste de piedra, grueso, tetraédrico, que llamaban el Guardián tujoleño. Hacia allí, encabezados por Zajar y Miroslava, iba de prisa toda la comuna tujoleña: los muchachos llevaban en los hombros gruesos y largos abetos y escaleras; las jóvenes, enormes coronas de hojas y ramas de pinabetos: los ancianos cargaban con atados de cuerdas y cordeles. En esta parte las hogueras se habían apagado para que el enemigo no notara antes de tiempo lo que allí estaba ocurriendo. Los comuneros bajaban al valle por los abruptos senderos del despeñadero lenta y precavidamente, sin ruido, como el agua mansa. A la cabeza iba un poderoso destacamento de jóvenes armados; en el valle, de cara al campamento mongol que distanciaba, tal vez unos mil pasos, formaron una pared de tres filas. Tras ellos iban jóvenes con escaleras, cuerdas y troncos de abetos: las escaleras se apoyaban contra la pared del despeñadero y por ellos, con cuidado, bajaron los troncos al valle. Las jóvenes dieron sus coronas a los muchachos, pues ellas no podían bajar al valle, donde de un minuto a otro podía acometer el enemigo. En último lugar bajó Zajar Bérkut con los ancianos y, después de examinar la dislocación de los guerreros armados y de todos los dispositivos, apuraron sus pasos hacia el desfiladero, a través del cual rodaban ruidosamente hacia el valle las limpias olas del torrente tujoleño.

Zajar se detuvo frente al Guardián y lo miró atentamente.

En derredor reinaba el silencio. Zajar rezaba.

— ¡Gran Guardián nuestro! ¡Tú, a quien nuestros antepasados tenían de protector, a quien también nosotros hemos venerado hasta hoy anualmente con solemnidades! Ya fueron tres las veces que, noche tras noche, sueño con que tú te caes y me aplastas. Creo en tu bondad y misericordia y si tú me llamas, me alegro de que así sea y te seguiré gustoso. ¡Pero si tú mismo deseas desplazarte de tu eviterna permanencia, aplasta con tu peso, soberano, al vil enemigo, a los hijos de

Morana, quienes han vuelto a cubrir consigo tu bendito claustro, el valle tujoleño! ¡Vuelve a quebrar esa vil potencia, como lo has hecho otrora, cuando rompiste con tu poderosa mano esta pared de piedra, abriste el paso a las aguas y concediste al hombre este magnífico valle! ¡Cierra otra vez el paso y que muera esa despectiva fuerza enemiga que se mofa de nosotros!

En ese momento el fuego de un relámpago dividió el oscuro cielo de sur a norte y lejos en las montañas se oyó el estrépito de un trueno.

— ¡Sí, ésta es tu potente voz! — dijo Zajar con alegría —. ¡A ver, hijos! ¡Coronad por última vez esta sagrada piedra!

Cuatro jóvenes subieron a la piedra por una escalera y enrollaron su cima con coronas verdes. En el sur volvió a tronar.

— ¡Es su voluntad, hijos! — dijo Zajar —. ¡Atadlo con cuerdas! ¡Vosotros, los demás, coged las palas! ¡Cavad por debajo, poned las palancas! De prisa, hijos, de prisa!

Decenas de manos laboraban en silencio, sin hacer ruido, junto al Guardián. Por arriba lo ataron con cuerdas y cordeles, socavaron su base y en la hendidura poco profunda metieron, al sesgo, troncos que debían servir de palancas para derribar la roca y cortar el paso en el desfiladero. Los hábiles jóvenes bien pronto hicieron las preparaciones necesarias, retiraron las escaleras, acomodaron grandes piedras debajo de las palancas.

— ¡Coged las amarras todo el que las alcance! ¡Apretad las palancas, muchachos! — mandaba Zajar y al instante centenas de manos laboraron enérgicamente.

— ¡Una vez más, juntos! — gritó Zajar —. ¡Tirad, apretad!

Del esfuerzo la gente dio ufes, rechinaron las gruesas palancas, pero la roca ni se movió.

— ¡Otra vez! ¡Apretad más fuerte! — gritaba Zajar prendiéndose él mismo de la cuerda. La enorme roca osciló.

— ¡Se movió! ¡Se movió! ¡Está cediendo! — exclamó alegremente la gente.

— ¡Aplicad todas las fuerzas una vez más!

La gente se empeñó una vez más y la tensión de las cuerdas de pronto disminuyó, la enorme roca se desplazó y, tras oscilar un momento, se vino abajo con un horrendo estrépito sordo, atravesando el torrente y el desfiladero. El valle tujoleño gimió y se estremeció del terrible golpe, lejos saltaron las gotas perladas del agua del torrente y los tujoleños inundaron el aire de alegre y estrepitoso vocerío. Empezó a menearse en su campamento el soñoliento ejército mongol, vociferaron los centinelas, gritaron los jefes, sonaron las armas, pero al cabo de un minuto todo quedó en silencio. Los mongoles esperaban un ataque y se habían preparado para la defensa, pero los tujoleños ni pensaban en atacarles. Ellos estaban preparando completamente otro ataque.

Con vivacidad juvenil Zajar corrió a ver como había caído la roca. Ésta cayó tan afortunadamente que en la profundidad de los siglos parecía haber sido preparada para ese fin. Con sus extremos agudos se enganchó de los ángulos salientes de las escarpaduras que formaban el desfiladero y toda su masa cayó atravesando el torrente como un puente. Claro que no ha represado el torrente, pues el nivel del agua estaba más abajo, pero, mientras unos jóvenes tujoleños ya cargaban con enormes bloques de piedra, otros limpiaban el fondo del torrente del limo y las guijas para emparedar por completo el cauce. Los demás en esos momentos elevaban en el desfiladero del otro lado de la roca y de borde a borde una pared de unos tres sázhenes de anchura. Esa pared, de cuya base servía el enorme Guardián, podía resistir fácilmente cualquier presión de agua.

— ¡De prisa, hijos, de prisa! — excitaba Zajar parado por encima del torrente y ayudando con consejos o aplicando sus propias manos —. ¡Cerrad, emparedad el torrente mientras no haya subido el agua! Por lo visto en las montañas ha llovido abundantemente, pronto afluirá la crecida y entonces sí que las pasaremos mal. Pero hay que elevar la pared hasta el ni-

vel de estos despeñaderos y luego veremos si las fuerzas de Chinguis-kan pueden con las fuerzas de las aguas.

El trabajo avanzaba con rapidez. Pronto el torrente quedó herméticamente emparedado. El agua retenida giró coléricamente en un mismo sitio, como si no comprendiera el por qué le habían obstaculizado el paso. Las olas, una tras otra, chocaron furiosamente contra la gigantesca roca y se echaron a picar los bloques acumulados abajo, en el fondo, buscando entre ellos una salida; pero todo era en vano, por todas partes había nada más que piedras densamente amontonadas que formaban una pared inquebrantable. El agua borbotó. Se estremeció en toda su longitud y se detuvo sorprendida, exteriormente tranquila, pero encubriendo la ira en sus cristalinas profundidades. Al igual que los uros, quienes antes de atacar se detienen, inclinan la cabeza hasta casi tocar el suelo con los cuernos, y se sosiegan para momentos seguidos no dejar ni rastros de esa humillante posición y arrojar se con todo su poderío contra el enemigo, el agua del torrente tujoleño, no acostumbrada a las trabas, se sosegó por un momento, como apoltronada, adormecida en sus llanas orillas, mientras acumulaba fuerzas e intrepidez para un nuevo y decisivo ataque y sólo presionaba levemente contra la pared, cual si intentara desplazar el obstáculo que le surgió de manera tan inesperada. Pero no, el obstáculo se mantenía firme, frío, liso, orgulloso de su inmovilidad, invencible. Las rápidas manos de los tujoleños lo seguían fortaleciendo al amontonar piedra sobre piedra, losa sobre losa, y pegarlas con arcilla insoluble. Los tujoleños iban erigiendo el dique de piedra que se asemejaba a una escala nueva establecida por cierta voluntad todopoderosa. Los jóvenes armados que se hallaban de cara al campamento mongol ya habían cambiado sus arcos y hachas por garrotes y martillos para labrar piedras. Zajar miraba satisfecho el resultado del trabajo y sus ojos vislumbraban seguridad en el triunfo.

Mientras tanto en el oriente, sobre el campamento mongol, un resplandor sangriento enrojecía las nubes. Amanecía. Una

aureola rosada bañó la alta cresta del Zelemeña derramando chispas en niveles cada vez más bajos. Después las nubes se abrieron y el sol se asomó lenta y tímidamente para echar una mirada a los tujoleños afanados en su labor. Zajar, colmado de sincera alegría, miró hacia el oriente y tendiendo los brazos dijo solemnemente:

— ¡Sol, soberano del mundo grande y preclaro! ¡Eterno protector de todos los buenos y limpios de alma! ¡Compadécete de nosotros! Como ves, nos hemos sometido a la agresión de un salvaje enemigo que ha destruido nuestras viviendas, ha devastado nuestra patria, ha asesinado a miles de nuestra gente. ¡En tu nombre hemos entablado con él una lucha a muerte y juramos por tu luz que no retrocederemos hasta el final, hasta nuestro último aliento! ¡Ayúdanos en esta espantosa lucha! ¡Concédenos firmeza, habilidad y armonía! ¡No permitas que nos intimide su número e infúndenos la fe en nuestro poderío! ¡Deja que con nuestra amistad, armonía e ingenio venzamos al invasor! ¡Sol, yo te venero como te veneraban nuestros abuelos y te suplico con toda el alma: otórganos la victoria!

El calló. Sus palabras calurosas y potentes se agitaban en el fresco aire matutino. No sólo los tujoleños las oyeron. Las oyeron las montañas que expandieron su eco de sendero en sendero. Las oyeron las encerradas aguas del torrente que, cual si se hubieren decidido, dejaron de golpearse contra el dique de piedra y volvieron hacia atrás.

VIII

Mientras el boyardo no había regresado de su fracasada diputación, Maxim, en la tienda de aquél, reflexionaba, todo oídos, en su futuro proceder. El breve encuentro con Miroslava fue como un rayo de luz en las penumbras de su cautiverio. Sus palabras, su mirada, el roce de sus manos y las nuevas traídas parecieron arrancarle de la lóbrega sepultura

devolviéndole la vida. Sintió que recuperaba la audacia y las esperanzas perdidas. Tranquilo, con la mente esclarecida, esperaba el retorno del boyardo.

— ¿Aún estás aquí? — exclamó el boyardo al entrar —. Pobre de ti. En vano he gestionado por conseguir tu libertad. ¡Tu viejo, aunque canoso, es terco como un niño!

— ¿No te he prevenido acaso, boyardo, que son vanas tus gestiones? — respondió Maxim —. No obstante, ¿qué te ha dicho mi padre?

— ¡Ha dicho que pelearán hasta el último aliento y basta! Todos nosotros caeremos en el combate, ha dicho, o vosotros...

— Mi padre es hombre de palabra, boyardo. Antes de hablar él acostumbra pensarlo bien.

— Ya veo que, aunque de a poco, va diciendo la verdad — profirió a regañadientes el boyardo —. Pero ¿qué hacer? A pesar de todo la lucha de los tujoleños con los mongoles es desigual. ¡Digas lo que digas, pero la fuerza es lo que quiebra la paja!

— ¡Eh, boyardo! ¡Contra la fuerza también hay medios! — contestó Maxim.

— ¡Bueno, bueno, he visto sus medios! Mi hija, mente acalorada — vosotros la habéis hechizado, claro está — les ha enseñado a construir lanzapiedras. Mañana habrá aquí una pequeña lluvia de piedras, pero no muy peligrosa, pues no han trezado como es debido los muelles de cuerda.

— ¿Crees que además de los lanzapiedras no tienen más medios?

— No sé. Por lo visto, no. Aunque ya pronto, por la mañana, lo veremos. Pero no sé qué hacer con Burunda: pide insistentemente que busque la manera de salir de aquí mañana por la mañana sin combates ni pérdida de tiempo. Pero los tujoleños se cerraron a la banda. ¿Y qué puedo hacer yo? ¡Si no se puede, que no se pueda!

— ¡No, boyardo, no digas eso! A pesar de todo tú, al igual que yo, estás en manos de los mongoles. Tienes que cumplir su voluntad.

— ¿Pero qué puedo hacer por ellos?

— Tal vez yo pueda serte de provecho, boyardo. Te estoy agradecido por ser hoy bondadoso conmigo. Si quieres hoy puedo servirte.

— ¿Tú? ¿A mí? — exclamó atónito el boyardo —. ¿En qué puedes serme útil?

— Hay una salida secreta de este vallejo que no ofrece peligro y que en Tujla, a excepción de mi padre y yo, nadie conoce. Ese paso no está vigilado. Por él puede salir el destacamento mongol, subir y rodear el desfiladero, después no será difícil destruir las barreras y salir del valle.

El boyardo permanecía estupefacto frente a Maxim, sin poder dar crédito a sus oídos. “¿Será posible?”, le cruzó la idea como un relámpago, apagándosele al instante. Algo le oprimió el corazón. Por más grande que fuera su reciente enemistad para con Maxim, sentía agrado por su caballeresca firmeza e inflexibilidad. Es por eso que al oír esas palabras pronunciadas por Maxim le pareció que del corazón le arrancaban algo muy profundo y sagrado, que se le rompían los últimos vínculos de su fe en la honradez y la constancia humana.

— ¿Qué es lo que tú dices, joven? — prorrumpió —. ¿Quieres tú hacer eso?

— Bueno, boyardo — contestó Maxim con aire mezcla de tristeza y burla —, tú mismo has dicho que la fuerza quiebra la paja.

— ¿Mas tú, tú, quien hasta hace poco jurabas que preferías morir, antes de traicionar? ...

— Qué le vamos a hacer — dijo Maxim con el mismo tono —, como no es posible cumplir el juramento, no lo cumpliré.

— ¿Y tú, tan falto de voluntad, osas pensar en casarte con mi hija? — exclamó enfadado el boyardo.

— Boyardo — respondió Maxim con amargura —. ¡No me hables de ella!

— ¡Ah, ves como te ofende! — replicó el boyardo —. Se ve que digo la verdad.

— ¡Quién sabe, boyardo, quién sabe! Estamos en tiempos de guerra y la guerra enseña toda clase de artes. ¿Y si...?

— ¿Y si qué? ¿Por qué no concluyes? — vociferó Tugar Vovk.

— ¡Nada, nada! Sólo te vuelvo a preguntar: ¿Aceptas mi proposición?

— ¿Es verdad que quieres llevar a los mongoles a que peleen contra tus tujoleños?

— Sí, si es posible...

— ¿Cómo que si es posible? ¿Si no hay guardia en el sendero?

— No, estoy seguro de que en el sendero no hay guardia y que a la luz del día pasaremos sin ser notados, con tal de que no surjan otros obstáculos.

— ¿Cuales, por ejemplo?

— Yo... no sé.

— ¡Si es así, no perdamos tiempo! ¡Vamos a ver a Burunda!

— Vé tú solo, boyardo, y pásale lo que te acabo de decir. No hace falta mencionar de los posibles obstáculos, ya que te lo vuelvo a asegurar: ni los tujoleños, ni otra gente armada podrán detenernos; otros inconvenientes no habrán de asustar a vuestros valientes.

— Pues que así sea — dijo Tugar Vovk.

— Pídele que ordene me desaherroyen, pues en cadenas me será imposible caminar.

— Se sobreentiende — dijo el boyardo y se fue, pensando todo el camino en muchísimas cosas.

¡Cuán alarmantes, horribles y atormentadores minutos había vivido Maxim, mientras el boyardo informaba a Burunda de sus intenciones! Con la cabeza estrechada entre los brazos se hallaba en un terrible desconcierto, captando con el oído los sonidos más insignificantes, como esperando la llegada del ser más querido. Su cuerpo todo temblaba como de fiebre,

como de frío, no daba diente con diente. Pero los minutos corrían lenta, tranquila y perezosamente, y cada uno de ellos parecía clavársele en el corazón como las agudas zarpas de un oso." ¿Y si no pasa como decía Miroslava y el boyardo empieza a insistir que cumpla con su promesa? Bueno, claro que no podrá eludir la muerte, hace rato que él está dispuesto a morir, pero morir sin cumplir la palabra dada al hombre que te creyó, al hombre cuyo futuro, y tal vez la vida, dependa de esa palabra, morir como un traidor aunque sea sólo para un traidor, jeso es horrible, es un suplicio, es más amargo que la misma muerte! En esos momentos, después de su encuentro con Miroslava, la muerte era para él mucho más horrenda que una hora antes, que cuando se hallaba en medio del camino e inmóvil miraba arder su casa natal, sofocándose por el humo del incendio ... Pero, ¿qué está ocurriendo?" En ese instante se estremeció la tierra y un colosal estruendo conmovió los aires. Se alborotó el campamento: gritos, ruidos de armas, ¿qué ha ocurrido?, Maxim se paró de un salto y empezó a batir sus palmas con tanto brío que retumbaron sus cadenas. ¡Alegría, alegría! ¡Están obrando los tujoleños! Ellos son quienes pondrán el obstáculo que detendrá a los mongoles y que no le permitirá traicionar! Ahora puede morir tranquilo, pues ni ante el enemigo ha faltado a su palabra. Su corazón latía con fuerza, acelerado; no podía permanecer sentado y empezó a medir la tienda a pasos. La perturbación en el campamento comenzó a cesar, en ese momento el boyardo irrumpió en la tienda, su rostro reflejaba regocijo y gozo.

— Joven — dijo animadamente —, tu proposición ha venido muy a propósito. Me ha salvado de una gran desgracia. ¿Has oído ese ruido? Los tujoleños son muy astutos: ponen barreras por detrás de nosotros también. Ve a ver al jefe, ya está escogiendo el destacamento que irá contigo. Hay que desaparecer, pues aquí corremos peligro.

Esas palabras se les clavaron en el corazón de Maxim como el filo de un cuchillo. ¡Costara lo que costase, él tenía

que retener la retirada de los mongoles hasta el minuto en que ésta fuera imposible!

— ¿Desde cuándo, boyardo, os han empezado a asustar las barreras de los mujiks? Yo no pienso que los mongoles estén sometidos, tan de repente, a peligro alguno. Deja que los tujoleños se regocijen con sus barreras, pronto les echaremos de allí. Aún no tenemos por qué darnos prisa, pues tú mismo ves que todavía no ha amanecido. Hasta que no aclare del todo no podremos dar con el sendero del que te he hablado.

— ¿Qué tipo de sendero es que se lo puede ver nada más que de día?

— Escucha, boyardo, cómo es. En nuestro huerto, bajo una gruesa capa de tierra, hay una gran plancha. Hay que encontrar ese lugar, cavar una fosa, apartar la plancha y se descubrirá un paso angosto abierto en una roca subterránea que nos conducirá a la parte más alta, directamente al Claro Límpido, donde has visto hace poco a mi padre.

— ¿Pues qué esperamos? ¡Vamos a buscarlo! — exclamó el boyardo.

— Te es fácil decirlo, boyardo, pero te olvidas de que habéis incendiado la aldea, los cercados y nuestras jatas, el indicio por el cual podía hallar el lugar también se ha quemado, es así que en la oscuridad no lo encuentro por nada del mundo. Mas te lo vuelvo a repetir una vez más: ¿para qué darnos prisa si nuestro paso ni a la luz del día es peligroso?

— Hum... que sea como tú dices — consintió, por fin, el boyardo —. Voy a comunicárselo a Burunda y luego enviaré a la gente que te ha de quitar los hierros. Pero, querido amigo, seguirás bajo guardia porque, a decir verdad, ni Burunda ni yo confiamos en ti, y si resulta que nos engañas, tenlo por seguro que no escaparás de la muerte.

— ¡Lo sé desde hace mucho, boyardo! — dijo despreocupadamente Maxim.

El boyardo volvió a salir y momentos seguidos en la tienda entraron dos herreros mongoles y desaherrojaron a Maxim, liberándolo de las pesadas cadenas. Se sintió como si hubiera

renacido: tal fue el alivio de Maxim al verse libre de las dolorosas trabas que casi todo un día y una noche parecían metersele no sólo en las carnes, sino también en el alma. Dueño de sí y lleno de esperanzas fue, acompañado de los mongoles, a la tienda de Burunda. Con una mirada amenazante, vándala, Burunda lo midió de pies a cabeza y, por intermedio del intérprete — cuyo papel para los dos desempeñaba Tugar Vovk — dijo:

— Esclavo, he oído decir que conoces una salida de este valle.

— Es verdad — respondió Maxim.

— ¿Y estás dispuesto a mostrárnosla?

— Sí.

— ¿Qué recompensa esperas?

— Ninguna.

— ¿Pues por qué lo haces?

— Por buena voluntad.

— ¿Dónde está el paso?

— En el huerto de mi padre.

— ¿Puedes hallarlo ahora?

— No. Todo se ha hecho cenizas y la entrada está bajo una profunda capa de tierra. En cuanto amanezca lo encuentro.

— Ya está amaneciendo. ¡Ve y búscalos! Y escucha lo que te voy a decir: si dices la verdad, si encuentras la salida, serás libre y hasta obtendrás dádivas. Si te burlas de nosotros mintiéndonos, morirás entre horrendos tormentos.

— Yo confío en tu palabra, gran begadir — dijo Maxim —, pues confía tú en la mía.

— ¡Vete cuanto antes y busca el paso! ¡Estos te ayudarán! ¡Yo también voy contigo.

¡Cuan lenta y cautelosamente iba Maxim! ¡Con qué atención observaba cada rincón, cada piedra! Daba la impresión que quería reconstituir en la memoria la disposición de las casas, cambiada por el incendio de ayer. Aunque hasta el huerto de su padre aún quedaba lejos, varias veces se detuvo echándose cuerpo a tierra, golpeando, escarbando y mirando

hacia adelante, hacia el torrente, desde donde debía venir la ayuda. El destacamento avanzaba con la lentitud de una tortuga y Burunda empezaba a dar muestras de disconformidad.

— No te enfades, gran begadir — decía Maxim —. El incendio de ayer borró todos los rastros de las viviendas humanas en este valle. Me es difícil reconocer en seguida el lugar. Ya estamos llegando a la finca de mi padre.

Maxim echó al torrente una mirada llena de impaciencia. ¡Oh, Dios, loado seas! ¡Las aguas ya están bien crecidas, un minuto más y desbordarán por el valle! ¡Vaya, aldea abajo, junto al desfiladero, ya se veían anchos ríos y estanques, rojos como la sangre bajo los rayos del purpúreo sol naciente! ¡Por lo tanto ya es hora! Maxim llevó rápido a los mongoles al huerto de su padre; no tardó en hallar el lugar donde la tierra sonaba sorda bajo los golpes y Burunda, temblando de impaciencia, gritó a los mongoles que empezaran a cavar. Sólo en esos momentos, al mirar hacia atrás vio el desbordamiento.

— ¿¡Eh, y eso! — gritó dominado por una vaga alarma.

Tugar Vovk también se estremeció. Solamente Maxim conservaba la serenidad y la despreocupación.

— ¡No es nada, begadir! Esta noche en las montañas ha llovido y después de cada chaparrón nuestro torrente siempre se desborda. Pero no importa, el agua nunca llega hasta aquí.

— ¡Ah, bueno! — dijo Burunda venciendo su preocupación —. Si es así continuen cavando.

Pero Maxim había mentido. El agua iba ocupando áreas cada vez más amplias y los ingenuos y asustados mongoles no podían comprender que no se trataba de grandes crecidas, que el agua del torrente era completamente transparente, que no era llevada por la corriente y no se agitaba, sino que sólo se hinchaba y desbordaba.

Mientras tanto el trabajo avanzaba con lentitud, a pesar de que los mongoles aplicaban todas sus fuerzas. De pronto las palas chocaron con algo duro. ¡La plancha! Pero ésta resultó ser más ancha que el pozo cavado por los mongoles. Había

que ensanchar la hoya o romper la plancha. Con una mirada inquieta Maxim observaba el nivel del agua. Más abajo de la aldea una parte considerable de la hondonada ya estaba inundada. En inmensa ola corría el agua valle arriba, en dirección opuesta a la que lo hacía desde siempre. De improviso en el campamento mongol se oyó un grito espantoso. El agua salió de sus orillas y se esparcía en el campamento por miles de arroyos.

— ¿Qué significa eso, esclavo? — Burunda preguntó desgañitándose.

— Nuestro arroyito se desborda más de lo acostumbrado — contestó Maxim —, la lluvia de las montañas, por lo visto, ha sido muy intensa. ¿Será posible que temáis al agua que os llega hasta los tobillos? ¡Rompan la plancha! — gritó a los mongoles —. ¡Qué el gran begadir vea que yo no le engañaba!

Las hachas mongolas retunbaron contra la plancha, pero ésta era gruesa, sólida e imposible de partir.

— ¡Golpead más fuerte! — vociferaba Burunda, incapaz de dominar su alarma al ver el agua que había convertido en todo un lago la mayor parte del valle tujoleño y que en ola se les venía encima. Pero la plancha tenía carácter tujoleño y se resistía hasta lo último. Mas de pronto se rajó; un fuerte golpe más y, hecha añicos, se derrumbó junto con los mongoles, parados en ella. A la vista de los aglomerados se abrió la oscura boca del paso subterráneo.

— ¿Ves, begadir? — dijo Maxim —. Dime, ¿te he engañado acaso?

Pero Burunda no demostró gran alegría por el paso encontrado. Una ola se rompió a los pies de los mongoles. Un minuto más tarde el agua, rezongando alegremente, corrió a la hoya recién abierta.

— ¡Retened el agua, retened el agua! — gritaba Burunda y los mongoles se echaron a represar el agua alrededor del hoyo. Pero ya era tarde. El agua había cubierto la tierra, la arcilla se había ablandado y se derramaba entre los dedos

de los mongoles. Una atagüa así no podía detener el agua que, cada vez en mayor cantidad, corría por todas partes al hoyo, rumoreaba desapareciendo en él, hasta que por fin lo llenó hasta los topes. Los mongoles al pie del hoyo observaban petrificados como llenaba el agua el último camino del valle.

— ¡Esclavo! — dijo Burunda a Maxim —. ¿Es éste tu paso?

— Begadir, ¿acaso puedo yo ordenar a las aguas? — contestó Maxim.

Burunda no respondió nada y sólo miraba a las aguas de alrededor que cubrían el valle con una capa cada vez más gruesa. El agua relumbraba en todo el valle al igual que un liso espejo, sólo por acá y por allá asomaban, como pequeñas islas, pedacitos de tierra. A pesar de que el agua llegaba apenas hasta los tobillos, en el campamento mongol se alzó un gran griterío y empezó el desconcierto.

— Begadir — Maxim se dirigió a Burunda, viendo que éste se disponía a regresar a su tienda —, te recuerdo tu promesa. Tú has dicho que cuando te enseñe el paso yo seré libre. El paso te lo he enseñado.

— Y el paso me ha engañado. ¡Serás libre cuando todos salgamos del valle, no antes!

Y Burunda se fue a poner en orden el confundido ejército, su druzhina fue tras él.

El ejército mongol, con el agua hasta los tobillos, estaba formado en largas filas, sombrío y confuso. Si bien la profundidad aún era muy pequeña, lo que atemorizaba a los mongoles era la masa de agua, transparente y centellante como cristal fundido que ya cubría todo el valle, y la catarata, que como una columna luminosa se alzaba sobre la superficie acuática aumentando sin cesar la cantidad de agua en el valle. ¡Había que actuar! La alarma misma, la vista del peligro que se cernía, obligaba a la gente a tomar medidas, a moverse, aunque, quizás, en vano. Había que hacer algo costará lo que costara, había que probar fortuna, de lo contrario — Burunda tenía plena conciencia de ello — toda la multitud de

mongoles se echaría a la desbandada, acosada por su propio temor. Burunda ordenó que se reuniera todo el ejército, que se juntara en una masa compacta.

— ¿Soís hombres o gatos que sentís pánico a varias gotas de agua? ¿Qué es este arroyo en comparación con los que hemos forzado, tales como el Yaika y el Volga, el Don y el Dniéper? ¡No temáis, el agua que llega hasta los tobillos no puede ahogaros! ¡Adelante, hacia el desfiladero! Les atacaremos en masa! ¡No penséis en la muerte! ¡Nosotros debemos vencer!

Así gritó Burunda encabezando la marcha. El ejército mongol le siguió con un chapoteo que hacía retumbar las montañas y gemir los bosques. Pero a cien pasos del camino les recibió una mortífera lluvia de piedras provocada por los artificios lanzadores. Grandes piedras redondas, agudas y cantos rodados caían sobre la compacta multitud de mongoles quebrando huesos y desmenuzando cabezas. A sus pies el agua se tiñó de sangre. Los mongoles corrieron desordenadamente sin prestar atención a los gritos de Burunda. La mayor parte retrocedió hacia donde no alcanzaban las piedras. Por fin Burunda mismo, con el resto de los turcomanos más frenéticos, se vió obligado a recular, pues la lluvia de piedra se hacía más insistente y las flechas mongolas no hacían a los tujoleños ningún daño. Tugar Vovk miró atentamente hacia donde estaba el enemigo y vió que junto al artificio más grande, el cual arrojaba incesantemente ora pesados bloques, ora nubes enteras de pequeñas piedras, rodeada de algunos ancianos tujoleños, se hallaba su hija Miroslava y dirigía todas las maniobras de aquella terrible máquina. Hace mucho que Maxim la había notado y no le quitaba los ojos de encima. ¡Cómo hubiera querido estar junto a Miroslava y castigar al enemigo obedeciendo a sus osadas y racionales órdenes! Pero no, no era eso lo que tenía destinado. Parado entre los enemigos, aunque sin grillos, pero desarmado, cautivo, ansiaba que alguna piedra lanzada por Miroslava pusiera fin a su vida y a sus sufrimientos.

Tugar Vovk le tiró de la manga.

— Basta de mirar, joven — dijo —. ¡Mi hija ha perdido el juicio y ya ves que está haciendo! Pero, a pesar de todo, las estamos pasando mal. ¿Son frecuentes aquí semejantes crecidas?

— Como ésta no hubo nunca.

— ¿Cómo? ¿Nunca?

— No, pues ésta no es una crecida. Mira, el agua está limpia.

— ¿No es una crecida? ¿Pues qué es?

— ¿Todavía no te has dado cuenta, boyardo? Los tujoleños han represado el torrente para llenar el valle de agua.

— ¡Lo han represado! — exclamó el boyardo —. Entonces ...

— Entonces el agua seguirá creciendo hasta ...

— ¿Hasta qué?

— Pues hasta que nos ahogue a todos.

El boyardo se golpeó la frente con el puño.

— ¿Y tú lo sabías?

— Me lo había dicho tu hija. Es un plan de mi padre, boyardo.

— ¡Oh, maldición! ¿Por qué no me lo dijiste antes?

— ¿Para qué?

— ¡Al menos nos hubiéramos salvado los dos!

— Para eso aún tenemos tiempo — dijo Maxim tranquilamente —. Mantengámonos juntos y, por si acaso, no permitas que a mí, desarmado, me ofendan.

— Se sobreentiende — dijo el boyardo. — ¿pero qué vamos a hacer?

— Por ahora no hay peligro — respondió Maxim —. El torrente no es grande, el valle es amplio y el agua crece de una forma muy lenta. Pero esto no durará mucho. Es posible que dentro de media hora de las montañas se precipite una verdadera riada e inunde rápidamente todo el valle. Para la tarde el nivel del agua sobrepasará el tamaño de una persona. Cueste lo que cueste debemos mantenernos hasta entonces.

Mientras los mongoles estén vivos no nos largarán con vida de sus manos.

— ¡Pero hasta esa hora pueden matarnos a hachazos!

— No temas, boyardo. En el peligro el hombre es muy dócil y piensa en sí mismo, no en la muerte de otros. Trátemos de encontrar un lugar seguro, que no sea sumergido cuando haga irrupción la crecida.

Mientras así hablaban el boyardo y Maxim, los mongoles se alejaron de la orilla y se mantenían en pie, rodeados de agua, sin saber qué hacer. El agua ya les llegaba a las rodillas. Burunda miraba con furia a ese enemigo inesperado que no temía ni a su voz irritada, ni a su mano hercúlea. Burunda pisoteaba al enemigo, le escupía, lo difamaba con las palabras más despectivas, mas el enemigo se derramaba tranquilo en el valle, se arrugaba levemente en marejada y crecía a ritmos acelerados. A los mongoles ya le llegaba hasta las rodillas, les dificultaba la marcha, despojándoles del deseo de luchar y debilitando la disciplina militar. ¿Qué podía pasar? ¿Sería posible que la amenaza del agua fuese duradera? Cuando les llegara a la cintura todo movimiento sería dificultoso y los tujoleños con sus piedras les matarían como a perdices. Pero el agua era limpia, transparente; sólo por donde andaban los mongoles había amplios charcos cenagosos.

Tugar Vovk se acercó a Burunda.

— Gran begadir — le dijo —, nos amenaza un gran peligro.

— ¿Por qué? — inquirió amenazadoramente Burunda.

— Estas aguas no bajarán, nuestros enemigos han represado el torrente para ahogar en este valle a todo el ejército mongol.

— ¡Ah! — bramó Burunda —. Esclavo asqueroso, ¿osas decirme eso después de habernos metido tú mismo en esta trampa?

— Compréndelo, begadir, que con la intención de traicio-

nar yo no pude haberos traído aquí, pues la amenaza que se cierne sobre vosotros se cierne también sobre mí.

— ¡Oh, yo sé cómo eres! ¡Incluso esta noche has ido a negociar con la vida de los mongoles!

— ¿Crees, begadir, que si yo hubiese ido con ese fin, sabiendo de la muerte de los mongoles habría regresado para morir junto con ellos?

Burunda se sintió algo tranquilizado.

— ¿Pues qué hacer? — preguntó —. ¿Será posible que muéramos así?

— ¡No, debemos defendernos! Dentro de unos momentos, begadir, de las montañas se precipitará una verdadera crecida que inundará el valle. Ante todo debemos luchar contra ella.

— ¿Pero cómo?

— Ordena a tu ejército que recoja las piedras del fondo, mientras el agua esté transparente, y las acumule en montones hasta más arriba del nivel del agua. Encaramados a ellos a la vez podremos defendernos de los tujoleños, enemigo más débil que nosotros.

Sin pensarlo detenidamente Burunda ordenó a su ejército que recogiera las piedras y que cada destacamento se las acumulase en montones. La orden, que no proporcionaba peligro alguno, fue del agrado de los mongoles y la esperanza de poder hallarse en un lugar seco, sin andar con el agua hasta las rodillas, les animó. Con exclamaciones de alegría ellos se dispersaron por el valle buscando piedras y acumulándolas en montones. Los tujoleños, parados en sus paredes alrededor del lago y viendo ese trabajo, reían a carcajadas.

— ¡Aquí, aquí! — les gritaban a los mongoles.

— ¡Tenemos piedras suficientes, alcanzan para todos vosotros!

Pero si alguien de los mongoles se acercaba demasiado, la máquina rechinaba y sobre los desafortunados que andaban en lugares profundos y trataban de ocultarse, sufrían, pero no podían huir, volaba un desordenado enjambre de piedras. Quisiéranlo o no, pero los mongoles debían mantenerse en el

medio del valle, lo más lejos posible de los aparatos lanzapiedras. Dando crédito de su importancia y oyendo la despectiva burla de los tujoleños, Burunda casi se moría de rabia.

— ¡No, eso no puede ser! — gritó —. ¡Eh, hacia mí, mis fieles turcomanos!

El destacamento más valeroso del ejército mongol se reunió en su alrededor; los guerreros se parecían a robles o a tigres esteparios, cuyas pieles vestían ridículamente. Burunda envió ese destacamento contra una de las posiciones tujoleñas muy avanzada y solitaria en una ladera rocosa y escarpada. Allí, junto a un nuevo aparato lanzapiedras, se hallaba un pequeño grupo de tujoleños.

— ¡Tiradles con flechas envenenadas! — gritó Burunda y las flechas partieron el aire zumbando como abejones. Vociferaron los tujoleños heridos, se desordenaron, y los mongoles avanzaron con gritos de alegría.

— ¡No permitid que se reúnan! — gritaba Burunda —. ¡No permitid que nos arrojen piedras! Aquí podemos fortificarnos.

Él dividió su destacamento en dos partes: una debía tirar sin tregua contra el enemigo y la otra, amontonar las piedras para defenderse del agua. Tugar Vovk y Maxim, a quienes Burunda tenía permanentemente junto a sí, también participaban en el trabajo, cargaban con piedras y las tiraban en el montón. Pero el trabajo se hacía cada vez más dificultoso. El agua llegaba ya hasta la cintura. Faltaban piedras y el montón no alcanzaba todavía la superficie del agua. Burunda ejercía el mando de los arqueros. Ya eran diez los tujoleños heridos; ellos morían a causa del implacable veneno serpentina que había penetrado en la sangre. Contra ese veneno las hierbas de Zajar Bérkut eran ineficaces.

— ¡Abandonad, hijos, ese lugar! — dijo Zajar —. ¡Dejad que el enemigo se mantenga al pie de la abrupta pared! ¡Él no podrá subir, más aún teniendo los pies en el agua!

Los tujoleños abandonaron el lugar. Los mongoles, entusiasmados, seguían caminando por el agua llevando piedras al montón. Pero éstas se acabaron.

— Basta, muchachos, de traer piedras — dijo Burunda a sus guerreros —. ¡Arqueros, paraos sobre el montón de piedras y tirad a esos detestables mujiks! ¡Los demás, seguidme! ¡Debemos conquistar ese lugar, subir a la pared, aunque se nos venga encima el mismísimo cielo! ¡Vosotros, esclavos, seguidme también! ¡Indicad el camino!

— Begadir — le dijo Maxim por intermedio de Tugar Vovk — es inútil intentar la subida, allí no hay sendero que lleve arriba.

— ¡Tiene que haber! — gritó Burunda y se metió al agua; los turcomanos le siguieron. En ese lugar el fondo era quebrado. Los mongoles resbalaban, caían; el agua, agitada por un leve viento, golpeaba con fuerza contra las abruptas rocas dificultando la marcha. Aunque la orilla estaba a no más de doscientos pasos, para llegar hasta allí necesitaron cerca de media hora. Pero al pie mismo de la escala la profundidad era mayor: el agua les llegaba casi hasta debajo de los brazos y no había ninguna senda que llevara hacia arriba. Mientras tanto, las posiciones tujoleñas vecinas arrojaban piedras a los intrépidos y aunque la mayoría de ellas golpeaba infructuosamente sobre la pared o caía al agua, la situación de Burunda allí era despreciable e improductiva.

— ¿Quizá tus valientes sepan trepar bien? — decía maliciosamente Maxim —. Por esta pared se puede encaramar hasta arriba.

Pero ninguno de los esteparios turcomanos podía subir por las abruptas paredes rocosas.

— Si es así — dijo Maxim —, permíteme ser el primero en subir y mostráros el camino.

Mas Burunda, ensimismado en otra idea, ya no le oía. El volvió a dividir su druzhina en dos partes: a una la dejó en el sector conquistado, protegida por el borde saliente de una roca, mientras que con la otra, encabezada por Maxim y Tugar Vovk, fue a buscar un lugar más conveniente. Pero en cuanto ese pequeño grupo de hombres metidos hasta la cintura en el agua se descubrió de la saliente que los ocultaba,

las máquinas tujoleñas les soltaron de arriba una lluvia de piedras. Sucumbió casi la mitad del destacamento, los demás se vieron obligados a regresar.

— Regresemos al lugar de antes, begadir, allí no corremos peligro — propuso Tugar Vovk —. ¿Oyes el bullicio y los gritos en el valle? Ya debe haber empezado la crecida.

Era cierto. El colosal estruendo de la cascada que estremeció la tierra anunció que la cantidad de agua que caía era inmensa.

Unas tras otras rodaban de la catarata olas grandes e inundadas; toda la superficie del amplio lago bulló cubriéndose de espuma. En el lugar de la apaciguada superficie acuática se desencadenaron las frenéticas olas, giraban chitando los remolinos, el mar enturbiado vibraba, golpeaba contra las rocosas orillas. ¡Daba miedo mirar al valle! En uno que otro lado, como islas negras, se divisaban en el agua pequeños grupos de mongoles. Ni rastros quedaron del que fuera orden militar. Al igual que el viento dispersa el salvado, se dispersó el ejército mongol por el valle luchando con las olas, trasladándose dificultosamente hacia cualquier lado, con gritos y maldiciones. Nadie escuchaba a nadie ni por nadie se preocupaba. Unos se hallaban sobre los montones de piedra, dichosos de haberse salvado, aunque fuera por un minuto, de la presión del agua. Otros se ahogaban sumergiéndose hasta los hombros, hasta el cuello, apoyándose en el fondo con las jabalinas o agitando sus arcos sobre las aguas. Pero la mayoría se deshizo de los arcos que, como pajas, circulaban en los remolinos. Deseando aligerarse a cualquier precio, hubo quien se quitó las pieles de oveja, que se llevó la corriente, aunque del frío no daba diente con diente. Otros se pusieron a nadar sin saber a dónde, ni por qué, pues no había salvación en ninguna parte. En los montones de piedra apilados en medio de la planicie acuática podía hallarse un número muy reducido de bienafortunados; éstos eran objeto de una envidia mortal de los que estaban a punto de ahogarse y quienes les llenaban de locas maldiciones. Junto a cada montón de pied-

ras se apretujaban miles de mongoles que habían perdido la razón, que gritaban e intentaban encaramarse también a un lugar seguro. Los que estaban parados en las piedras en vano les aclaraban que allí no cabían todos, que alguien tenía que morir; pero nadie quería morir, todos se encaramaban a las piedras. Los de arriba, para no ser los que debían morir, se veían obligados a defenderse de ese impetuoso ataque. Retumbaron los martillos y hachas mongoles en las manos y cráneos de los propios mongoles. En ese espantoso minuto cercano a la muerte el hermano no reconocía al hermano; el amigo hachaba al amigo con mayor furia que al enemigo. Los condenados a una muerte segura y cercana que estaban en



el agua más lejos que los demás trataban de abrirse paso hacia adelante; los parados al pie mismo del montón retrocedían gimiendo bajo los golpes de sus compañeros; los del medio clamaban del dolor y el miedo, estrechados por todas partes, hundidos en el agua por los de adelante y los de atrás. Algunos, ahogándose ya, se agarraban convulsivamente de las piedras y las arrancaban del montón. Cinco montones de piedra se derrumbaron y todos los que estaban parados en ellos cayeron al agua igualándose con aquellos, de los que se defendían. Ellos, enloquecidos por el mortal terror, armaban un regocijante alboroto cuando se derrumbaba un nuevo montón de piedras y nuevas víctimas caían en las fauces del siniestro e implacable enemigo. Otros eran dominados por una verdadera manía de matar y destrozarse. He allí a uno de gigante estatura, amoratado, con los dientes apretados y los labios ensangrentados por los mordiscos, enceguecido por la ira repartía hachazos sobre las cabezas de todo el que le caía a mano, y si no le caía nadie, zurraba las olas ensangrentadas, borbotantes y espumosas. Otro, con risa histérica, arrojaba al agua a todo el que había logrado subir a alguna eminencia, ya fuera a una piedra o al cadáver de su amigo. Un tercero bramaba como un buey y topetaba por atrás, como corneando, a los que se estaban por ahogar. Había quien, cruzándose los brazos encima de la cabeza, sollozaba, gemía, chillaba como un niño. Otros, no viendo nada, a excepción de su propia muerte inminente, montaban en los hombros de sus amigos, se prendían de los pelos, tiraban para abajo y se ahogaban junto con ellos. Al igual que los peces durante el desove, quienes presionados por la impetuosa corriente se amontonan, chapotean, asoman las cabezas y vuelven a sumergirse en el agua, la enturbian y tragan el aire con las bocas ampliamente abiertas, allí, en medio de un lago enorme, turbio y enfurecido bullían, agotaban sus fuerzas, se hundían y volvían a aparecer por un instante, agitaban las manos y se ahogaban cientos, miles de mongoles. Los tujoleños, inmóviles, como plantados, se hallaban a las orillas del lago guardando

un mudo silencio; ni los más templados podían mirar sin escalofríos, sin lamentos, sin lágrimas la muerte de semejante cantidad de gente.

El begadir Burunda, observaba estupefacto ese horrendo cuadro. Aunque no era inferior el peligro que se cernía sobre él, aunque a su gente el agua también ya le llegaba hasta los hombros y la impetuosa corriente los derribaba y les hacía tener presente la imperiosa necesidad de regresar al seguro lugar de antes, Burunda largo tiempo aún permaneció quedo, echando fuego por los ojos y emitiendo gritos espantosos e incoherentes al ver el naufragio de su ejército. En ese minuto aterrador nadie osó dirigirle la palabra; todos estaban a su alrededor trepidando, luchando con el invencible enemigo: el agua.

— ¡Vamos! — articuló por fin Burunda y se encaminaron hacia el montón de piedras acumulado por los turcomanos frente al despeñadero abandonado por los tujoleños. No podían perder más tiempo. El agua seguía creciendo. Entre ellos y el lugar donde habían estado antes se formó un gran remolino que podían superar yendo todos tomados de las manos. Nada más que Burunda iba solo a la cabeza, hendiendo con su potente pecho las desencadenadas olas. Como isleta en medio del mar se detuvo el puñado de guerreros en ese montón de piedras, con el agua hasta la cintura, empuñando aún los arcos y apuntando a la escala abandonada por los tujoleños. El peligro no quebrantó su disciplina militar. Felizmente ese montón era más grande que otros y lo formaban enormes bloques y planchas que pudieron haber sido desplazados con tanta facilidad sólo en el agua. A cien llegaba el número de hombres que podía instalarse allí fácilmente en pie de guerra; tal era justamente la cantidad de guerreros de que disponía Burunda, sin contar a los que había dejado al pie de la roca. Al encaramarse a ese cúmulo los guerreros de Burunda respiraron con cierto alivio. Ante todo ellos echaron una mirada hacia el pie de la roca, donde habían quedado sus cuarenta compañeros. Allí se desencadenaron olas feroces

que se estrellaban contra las almenas de las rocas, salpicando a gran distancia su plateada espuma. De los turcomanos no había quedado ni rastro, sólo a veces, cuando las olas se apaciguaban por un instante, en el fondo gris de las piedras se veía algo negro: era el único hombre de todo el destacamento que hasta entonces había sobrevivido; por más que los sacudían y desgarraban las enfurecidas olas se mantenía agarrado de la roca con sus entumecidas manos. No gritaba ni pedía socorro, cada ola lo arrojaba hacia arriba y abajo, hasta que desapareció arrastrado por el agua como una hoja.

Burunda, mudo, azulado por la tensión y la ira, echó una mirada al valle. Los horribles gritos y clamores ya habían cesado. En los remolinos a montones circulaban cadáveres que, ora por aquí, ora por allá extraían del agua puños crispados, piernas o cabezas. Sólo diez grupitos de gente, como diez islitas negras, se hallaban aún vivos en sus torres de piedra, pero eso ya no era un ejército, sino agonizantes restos atemorizados, impotentes y jadeantes vencidos por la desesperación.

Aunque todavía podían intercambiar palabras, ya no podían ayudarse y, a solas o todos juntos, eran igualmente incapaces de evitar el irremediable final.

IX

— ¿Qué opinas? — preguntó de improviso Burunda a Tugar Vovk. — ¿Qué será de nosotros?

— Moriremos todos — respondió tranquilamente Tugar.

— Yo también pienso lo mismo — confirmó Burunda —. ¡Lo que más me irrita es que moriremos sin combate ni gloria, como gatos en un estanque!

El boyardo no contestó. Un nuevo acontecimiento llamó la atención general. Los tujoleños, evidentemente, se aburrieron de esperar que el agua creciera lo suficientemente como para sepultar en ella los miserables restos del ejército mongol.

Ellos se impacientaban por acabar cuanto antes con el enemigo. En el bosque, algo más allá del torrente, los jóvenes tujoleños hachaban gruesos abetos, los aguzaban en ambos extremos y a los troncos sin ramas ataban piedras pesadas para que esos inéditos arietes pudiesen desplazarse bajo el agua; con la ola oportuna, cuando en medio del lago se formó una rápida corriente en dirección a los paraderos mongoles, empezaron a bajar esos troncos corriente abajo. Bien pronto el primer tronco chocó de punta con extraordinaria fuerza contra uno de los montones de piedra donde se encontraban los mongoles. Las piedras retumbaron bajo el agua y, presionadas por los mongoles, desalojadas, se desparramaron. Los mongoles cayeron al agua desgañitándose. Dos o tres de ellos tropezaron en el agua con el pérfido tronco y se agarraron a él. La corriente se apoderó de ellos y del tronco y los arrastró al medio del lago, hacia el remolino, donde empezó a darles vueltas y puso al tronco de pie. Los mongoles cayeron al agua y ya no aparecieron más. Los demás, quienes perdieron su refugio tan inesperadamente, continuaban forcejeando en un mismo lugar ahogándose el uno al otro o clamando socorro. Dos o tres, por lo visto buenos nadadores, bracearon hacia la orilla, aunque tampoco lograron escapar de la muerte: varias piedras arrojadas desde la orilla pusieron fin a su natación. Sólo a pocos recibieron sus compañeros en los paraderos vecinos. Pero el peligro no tardó en llegar hasta allí también. Los tujoleños, viendo el éxito de su primer tentativa, empezaron a lanzar ariete tras ariete. Mas éstos ya no causaban a los mongoles ningún daño: la corriente los arrastraba a un lado.

Entonces Miroslava sugirió a los tujoleños una nueva idea: unir varios troncos y bajar las balsas atadas a una cuerda por la catarata; después, atrayéndolas hacia la orilla, embarcar en cada una de ellas una decena de jóvenes fuertes y bien armados mientras que dos de ellos debían encauzar la balsa con largas pértigas hacia los paraderos mongoles. Poco tiempo después prepararon dos balsas y las bajaron por la catarata,

que tenía la mitad de la altura comparada con la de cuando el agua estaba baja. Veinte jóvenes valientes subieron a las balsas y navegaron a combatir contra los mongoles. Ese fue un combate fácil, aunque decisivo. El primer grupo de mongoles que atacaron estaba casi desarmado, atemorizado y sin fuerzas. Los tujoleños empujaron a los desdichados al agua con las pértigas y los que se resistían fueron derribados con flechas y jabalinas. Los mongoles de otras islitas, previendo una muerte inevitable, bramaron lastimeramente. Burunda, viendo ese nuevo ataque del enemigo, hasta rechinó los dientes y empuñó las armas, pero su ira era vana: las flechas envenenadas de sus turcomanos no podían alcanzar a los audaces tujoleños. El frenético begadir, con el agua hasta el pecho, se veía obligado a observar inactivo como los tujoleños en isla por isla exterminaban los restos del ejército mongol. Mientras tanto, los tujoleños en el agua hacían estragos. Apretando los dientes, acuclillados en sus balsas, se acercaban a los mongoles. En algunas partes les oponían una resistencia desesperada; la sangre corría, se percibían gemidos de ambas partes, los cadáveres caían de las balsas y de las torres de piedra, pero la potencia de los mongoles ya había cedido, su resistencia fue breve. Al igual que el fuego se arrastra de banda a banda de tierra segada por los rastrojos y se lame tresnal tras tresnal de heno seco, los tujoleños limpiaban las islitas una tras otra, arrojando a los mongoles al agua, a los abrazos de la muerte. ¡Pecieron todos, hasta el último! Del grupo de islitas negras en medio del lago no quedó nada. Solamente a lo lejos, a un lado cerca de la orilla, había un montón de piedras que se erguía en medio del torrente como una intacta roca negra. Era el destacamento de Burunda. Unos cien turcomanos y Tugar Vovk era todo lo que quedaba del gran ejército mongol que por el camino tujoleño se disponía ir a conquistar Hungría, hallando entre las montañas, allí en esas aguas, su fría sepultura, no obstante haber forzado el Yaik y el Volga, el Don y el Dniéper. La última víctima de la muerte, ese puñado de audaces, se hallaba en

medio de esa planicie acuática sin esperanzas de salvarse, con el único deseo de vender cara su vida en la lucha.

Toda la comunidad tujoleña se reunió en la orilla, frente a ese último refugio enemigo. Bajaron dos balsas más con el fin de rodear al enemigo y acosarlo a flechazos; pero también por delante y desde la orilla caía sobre el enemigo una verdadera lluvia de piedras y flechas. Por otra parte, la mayoría de esas flechas ni llegaban hasta el paradero de Burunda, y las que llegaban no podían provocar daño alguno. Los tujoleños, temiendo las flechas envenenadas, no se decidían a acercarse más. Pronto, al ver que gastaban flechas en vano, dejaron de tirar. Zajar se hallaba en lo alto de un peñasco y no quitaba los ojos de encima de su hijo, quien, estando entre los enemigos, esquivaba hábilmente las flechas y piedras. Algo más lejos, entre los tiradores, estaba Miroslava; sus miradas volaban más rápido que las flechas que tiraban contra el agolpamiento de enemigos, entre los cuales se encontraban sus seres más queridos: su padre y Maxim. Con cada flecha tujoleña se le helaba el corazón.

Los jóvenes de las balsas se cansaron de tirar en vano de lejos. Se armaron de coraje y se acercaron. Los mongoles les recibieron a flechazos e hirieron a varios; pero pronto los tujoleños notaron que el enemigo había agotado las reservas de sus armas temibles y con un grito amenazante arremetieron contra ellos. Los sentenciados esperaban el ataque en silencio, amontonados, resistiéndose a los tujoleños y a las violentas olas. Pero los tujoleños, deteniéndose a dos sázhenes de ellos, lanzaron las jabalinas que cada uno tenía atada a las manos con largas correas. Diez mongoles gritaron simultáneamente; diez cuerpos rodaron al agua. Los jóvenes volvieron a arrojar las jabalina derribando a varios enemigos más.

— ¡Malditos séais! — gritaba Burunda —. ¡Así nos sacarán a picotazos a todos, villanos asquerosos!

Pero su ira ya era como un viento estéril que hace nada más que estrépito, sin dañar a nadie. Los jóvenes tujoleños,

gritando, daban vueltas como cuervos alrededor del campo enemigo, asestando aquí y allá certeros golpes de jabalina. La defensa para los mongoles se hizo imposible. Ellos se vieron obligados a mantenerse inmóviles, como atados, y esperar la muerte.

— Begadir — se dirigió Tugar Vovk a Burunda —. ¿Y si tratamos de salvarnos la vida de alguna manera?

— ¿Para qué? — dijo Burunda con aire sombrío.

— Sea como fuera, pero la vida es mejor que la muerte.

— Tienes razón — profirió Burunda y sus ojos brillaron, pero no con ansias de vivir, sino, más bien, con ansias de vengar. ¿Pero qué hacer? ¿Cómo salvarnos?

— ¿Tal vez ahora a cambio del cautivo nos perdonen la vida y nos dejen salir de aquí?

— ¡Probemos! — dijo Burunda y, cogiendo a Maxim por la pechera, lo atrajo de la multitud y lo detuvo frente a sí. Al lado se paró Tugar Vovk y agitó un pañuelo blanco.

— ¡Tujoleños! — gritó volviéndose hacia la orilla.

En derredor reinó el silencio.

— ¡Diles que si quieren recibir vivo a este esclavo, que nos perdonen la vida y nos dejen salir de aquí! ¡De lo contrario, nosotros sabremos morir, pero él también morirá, aquí, a la vista de ellos!

— ¡Tujoleños! — gritaba Tugar Vovk —. ¡El jefe de los mongoles os promete entregaros al cautivo sano y salvo y exige que en cambio dejéis en libertad a todos los que quedamos, y sanos y salvos nos dejéis salir del valle! Si no a vuestro hijo le espera una muerte segura.

Como queriendo demostrar lo serio de sus intenciones, Burunda alzó su terrible hacha sobre la cabeza del desarmado Maxim.

Toda la comunidad quedó helada. El viejo Zajar se estremeció y desvió la mirada del espectáculo que le desgarraba el corazón.

— Zajar — dijeron los ancianos rodeándole —, creemos que podemos aceptar la proposición. El ejército mongol ha sido

aniquilado y este puñado de gente no representa para nosotros ningún peligro.

— No conocéis, hermanos, a los mongoles. Entre esta gente está el más feroz de sus jefes militares y él nunca perdonará la muerte de su ejército, organizará otro que llevará a nuestras montañas y no hay ninguna garantía de que los volveremos a derrotar una vez más.

— ¡Pero tu hijo, Zajar, tu hijo! ¡Ten presente que le espera la muerte! ¡Mira, sobre su cabeza pende un hacha!

— ¡Es preferible que muera mi hijo, a que por él salga vivo de nuestras tierras aunque sea un solo enemigo!

Mirolava se acercó llorando al viejo Zajar.

— ¡Padre! — dijo entre sollozos —. ¿Qué te propones hacer? ¿Por qué quieres llevar a tu hijo y... y a mí al altar del sacrificio? ¡Yo amo a tu hijo y he jurado compartir la vida con él y estar a su servicio! ¡Su muerte será también la mía!

— Pobre muchacha — dijo Zajar —, ¿en qué puedo ayudarte? Para ti sólo existen los negros ojos y el flexible talle, yo pienso en el bienestar de todos. ¡Aquí no hay alternativas, hija!

— ¡Zajar, Zajar! — decían los comuneros —. Todos consideramos que ya es suficiente matar, que el enemigo ha sucumbido y la comuna no quiere la muerte de estos últimos. A tus manos entregamos su destino y el destino de tu hijo. ¡Ten piedad de la sangre de tu propia sangre!

— ¡Apiádate de nuestra juventud, de nuestro amor! — sollozaba Mirolava.

— En palabras puedes prometerle todo, con tal de que devuelvan a tu hijo — dijo uno de los jóvenes vallistas —. En cuanto Maxim esté en libertad, tú no haces más que darnos una señal y nosotros enviamos a todos los mongoles al fondo a nutrir cangrejos.

— ¡No! — dijo indignado Zajar —. Eso sería indigno. Los Bérkut son fieles hasta a las palabras dadas al enemigo o a traidores. ¡Los Bérkut nunca se mancharán las manos ni el corazón con la sangre derramada traidoramente! ¡Basta, hijos,

de deliberar! ¡Aguardad, con mis propias manos he de enviarles la respuesta!

Y, volviéndose, se acercó al aparato en cuya cuchara yacía una enorme piedra. Con mano firme, intrépida, se agarró de la cuerda que mantenía la cuchara en posición horizontal.

— ¡Padre, padre! — gritaba Miroslava intentando acercársele —. ¿Qué quieres hacer?

Pero Zajar, como si no oyera sus gritos, apuntaba imper turbablemente el aparato lanzapiedras al enemigo.

Mientras tanto Burunda y Tugar Vovk esperaban en vano la respuesta de los tujoleños. Maxim, tranquilo, con la cabeza inclinada y dispuesto a todo, se hallaba bajo el hacha levantada de Burunda. Sólo Tugar Vovk, no se sabe por qué, temblaba de pies a cabeza.

— ¡Eh, que nos hacen esperar tanto! — gritó al fin Burunda —. ¡La madre pare una vez y una vez hemos de morir! ¡Pero antes de que muera yo has de morir tú, esclavo asqueroso!

Y con fuerza brutal levantó el hacha para partir de un golpe la cabeza de Maxim.

Pero en ese momento sobre la cabeza de Maxim brilló la espada de Tugar Vovk y la amenazante y mortífera mano de Burunda junto con el hacha, amputada de un golpe a la altura del hombro, bañada de sangre, cayó al agua como un leño seco.

Burunda bramó de ira y dolor y con la mano izquierda se prendió del pecho de Maxim; sus ojos, expresando un odio mortal, se clavaron en el boyardo que lo traicionara.

Pero en ese mismo instante Maxim se encorvó y con todas sus fuerzas asestó con la cabeza y los hombros un golpe al costado izquierdo de tal manera que Burunda perdió el equilibrio y rodó al agua arrastrando tras sí a Maxim.

Momentos seguidos el aire se llenó de rumores y una enorme piedra arrojada desde el aparato tujoleño por Zajar Bérkut cayó estrepitosamente sobre el grupo de enemigos. El agua salpicó hasta las mismas nubes, retumbaron las piedras, de la

orilla se oyó un clamor desgarrador; al cabo de algunos momentos la superficie del lago volvió a hacerse llana y tranquila y del destacamento de Burunda no quedó nada.

Conteniendo la respiración, como muerta, se hallaba en la orilla la comunidad tujoleña. El viejo Zajar, tan fuerte e inquebrantable hasta esos momentos, temblaba como un niño y, ocultándose el rostro con las manos, sollozaba amargamente. Miroslava yacía inmóvil, sin sentido, a sus pies.

De pronto se oyeron gritos de alegría emitidos de abajo. Al acercarse al lugar donde habían caído al agua Maxim y Burunda, los jóvenes que navegaban en las balsas de improviso vieron emerger a Maxim, sano y fuerte como siempre, y lo saludaron con regocijadas exclamaciones. Su alegría bien pronto se transmitió a toda la comuna. Hasta los que habían perdido a sus hijos, hermanos y esposos se alegraron por la salvación de Maxim, como si junto con él hubieran regresado todos los seres queridos que perecieron en la lucha.

— ¡Maxim está vivo! ¡Maxim está vivo! ¡Hurra, Maxim! — se esparcieron los atronadores gritos lejos en los bosques y montañas —. ¡Padre Zajar, tu hijo está vivo! ¡Tu hijo ha regresado a ti!

Zajar se levantó temblando de la profunda emoción, con los seniles ojos llenos de lágrimas.

— ¿Dónde está? ¿Dónde está mi hijo? — preguntó con voz queda.

Maxim, completamente mojado, pero con el rostro radiante de alegría, saltó de la balsa y se arrojó a los pies de su padre.

— ¡Padre mío!

— ¡Hijo! ¡Maxim!

Ninguno de los dos pudo pronunciar nada más. Zajar tambaleó y cayó entre los poderosos brazos de Maxim.

— ¿Qué te pasa, papá? — exclamó viendo una palidez mortal en el rostro del anciano y experimentando el temblor indomable que estremecía su cuerpo.

— Nada, hijo, nada — dijo Zajar en voz baja, sonriendo —. El Guardián me está llamando. Yo oigo su voz, hijo. Me está diciendo: “¡Zajar, has cumplido con tu deber y es hora de descansar!”

— ¡Papá, papá, no hables así! — sollozaba Maxim apretándose contra él. El viejo Zajar, tranquilo, sonriente, yacía en la hierba con el rostro radiante dirigido hacia el sol del mediodía. Él quitó fácilmente de su pecho la mano de Maxim y dijo:

— ¡No, hijo, no llores por mí, yo soy feliz! Mira, allí hay alguien que necesita de tu ayuda.

Maxim miró en derredor y quedó pasmado. En el suelo yacía Miroslava, pálida, con la desesperación dibujada en su hermoso rostro. Unos jóvenes trajeron agua y Maxim trató de volver en sí a su amada. Ella suspiró, abrió los ojos y los volvió a cerrar.

— ¡Miroslava, Miroslava! ¡Corazón mío! — llamaba Maxim besando sus manos —. ¡Recóbrate!

Miroslava, como despertándose de un sueño, atónita, fijó su mirada en el rostro de Maxim.

— ¿Dónde estoy? ¿Qué me ha ocurrido? — preguntó con una voz que apenas se oía.

— ¡Aquí, aquí, entre nosotros! ¡Junto a tu Maxim!

— ¿Maxim? — exclamó ella incorporándose.

— ¡Sí, sí! ¡Ves, estoy vivo, soy libre!

Fue largo el silencio que guardó Miroslava, sin poder recuperarse del atolondramiento. Súbitamente se arrojó a los brazos de Maxim y lloró a lágrima viva.

— ¡Maxim, corazón mío! ...

No pudo decir nada más.

— ¿Dónde está mi padre? — preguntó Miroslava momentos seguidos.

Maxim volvió la mirada.

— ¡No hables de él, corazón mío! El que sopesa la verdad y la mentira sopesa sus acciones buenas y malas. Recemos que las buenas pesen más.

Miroslava se enjugó las lágrimas y dirigió a Maxim una mirada llena de amor.

— Acércate a mí, Miroslava — dijo Maxim —. He aquí nuestro padre, pero él también nos abandona.

Zajar miraba con satisfacción y cariño a la joven pareja.

— ¡Arrodillaos junto a mí, hijos! — dijo en voz baja, debilitada ya —. Hija mía, Miroslava, tu padre ha muerto y no seremos nosotros, quienes juzguemos si ha sido culpable o no. Ha muerto como murieron otros miles. ¡No te atormentes, hija mía! En lugar de tu padre el destino te manda un hermano...

— ¡Y un marido! — añadió Maxim estrechando una mano de Miroslava.



— ¡Qué os bendigan los dioses de nuestros antepasados, hijos! — dijo Zajar —. El destino ha unido vuestros corazones en días difíciles, os habéis mantenido firmes en la tempestad más grande y salido con dignidad. ¡Qué vuestra unión en este día triunfal sea garantía de que nuestro pueblo también superará las penosas adversidades y no romperá su franca unión con la honradez y la conciencia humana!

Y con los labios ya fríos besó las frentes de Miroslava y Maxim.

— ¡Ahora paraos, hijos, y levantadme un poco! Además, antes de irme quisiera decir algo a la comuna que traté de servir fielmente toda mi vida. ¡Padres y hermanos! La victoria es una gran cosa para nosotros. ¿Con qué hemos triunfado? ¿Sólo con las armas? No. ¿Sólo con nuestra astucia? No. Hemos triunfado con nuestro régimen comunal, con nuestra concordia y amistad. ¡Tenedlo bien presente! Mientras viváis bajo el régimen comunal, mientras os mantengáis juntos y luchéis siempre uno para todos y todos para uno, ninguna fuerza enemiga será capaz de venceros. Pero yo sé, hermanos, lo presiento, que éste no ha sido el último golpe asestado a nuestra ciudadela comunal, que asestarán otros y al fin y al cabo derrotarán a nuestra comuna. Tiempos malos vendrán para nuestro pueblo. Renunciará el hermano del hermano y se alejará el hijo del padre, comenzarán grandes discrepancias y discordias en la tierra rusa, y se tragarán ellas las fuerzas del pueblo, y caerá todo el pueblo en la esclavitud de los opresores extranjeros y propios, y lo convertirán en dócil servidor de sus caprichos y en su buey de carga. Pero entre esos tormentos el pueblo volverá a recordar las libertades de otrora y bien si lo hace pronto y claramente: eso le evitará todo un mar de lágrimas y de sangre, milenios enteros de esclavitud. Pero tarde o temprano recordará la vida de sus antepasados y deseará seguir sus pasos. ¡Feliz del que viva en esos días! ¡Esos serán días maravillosos, días de primavera, días del reconocimiento popular! Contad a vuestros hijos y nietos de la vida y las costumbres de otrora. ¡Qué en los días de

infortunios venideros ello viva en su memoria como una chispa ardiente entre las cenizas! ¡A su debido tiempo la chispa se convertirá en una nueva llama! ¡Adiós!

Zajar suspiró pesadamente, miró al sol, sonrió y al cabo de un minuto murió.

Por él no derramaron lágrimas ni sus hijos, ni sus vecinos, ni sus conciudadanos, pues sabían perfectamente que era pecado llorar cuando había felicidad. Lavaron su cuerpo cantando alegres canciones y lo llevaron al Claro Límpido, a la antigua morada de los dioses de sus antepasados y, después de haberlo puesto en el santuario de piedra de cara a la imagen dorada del sol en el cielo raso, obstruyeron la entrada con una enorme roca y la emparedaron. Así se durmió para siempre el viejo Zajar Bérkut en el seno de los dioses que vivieron en su corazón y toda su vida le inspiraban ideas nobles dictadas en pro del bien de la comunidad.

Mucho ha cambiado desde aquel entonces. Hasta con demasiada certeza se cumplieron las predicciones del viejo comunero. Grandes reveses pasaron como lluvias de granizo por la tierra rusa.

El antiguo régimen comunal hace mucho que se ha borrado de la memoria y parecía habérselo sepultado. ¡Pero no! ¿No está destinado a revivir en nuestros días? ¿No somos nosotros, quienes vivimos en ese feliz período de renacimiento o, por lo menos, en la alborada de ese feliz período, del cual hablara Zajar al morir?

ИВАН ЯКОВЛЕВИЧ ФРАНКО

ЗАХАР БЕРКУТ

Картина общественной жизни Карпатской Руси
в XIII столетии

Перевод с украинского С. А. Рызванюка

Иллюстрации В. В. Руденко

Киев,
издательство художественной литературы
«Дніпро», 1982

(На испанском языке)

Відповідальний за випуск В. С. Ружицький
Редактор М. П. Приходько
Художнє оформлення А. П. Відоняка
Художній редактор Т. О. Ковальова
Технічні редактори О. Г. Тализіна,
Л. І. Ільченко
Коректор С. І. Носова

ІБ № 1652

Здано до складання 29.05.81. Підписано до друку 11.01.82.

Формат 70×100^{1/32}.

Папір ілюстраційний. Гарнітура звичайна нова. Друк високий.

Ум. друк. арк. 8,062. Ум. фарб. відб. 8,062. Обл.-вид. арк. 10,408.

Тираж 1000. Зам. 1—1439. Ціна 1 крб. 30 к.

Видавництво художньої літератури «Дніпро».
252601, Київ-МСП, вул. Володимирська, 42.

Головне підприємство
республіканського виробничого
об'єднання «Поліграфкнига».
252057, Київ, вул. Довженка, 3.

Франко І. Я.

Ф83 Захар Беркут: Повість / Перекл. з укр. С. Ризванюк; Іл. худож. В. Руденко.— К.: Дніпро, 1982.— 199 с., іл.

У повісті великого українського письменника Івана Франка (1856—1916) зображено боротьбу населення Карпатської Русі проти татаро-монгольської навали 1241 р.

Ф 70303—232 232.82. 4702590100
М205(04)—82

У1

84.44up1
F85